

NOTICIAS DE LIBROS

INDICE

| | |
|---|--|
| Ciencia política.—Pág. 305. | Temas del mundo hispánico. — Página 334. |
| Sociología.—Pág. 310. | Historia.—Pág. 338. |
| Relaciones internacionales.—Pág. 317. | Derecho.—Pág. 345. |
| Pensamiento político.—Pág. 321. | Economía.—Pág. 354. |
| Temas europeos.—Pág. 322. | Filosofía.—Pág. 355. |
| Temas del marxismo y comunismo.—Página 328. | Varios.—Pág. 365. |

CIENCIA POLITICA

FREDERICK C. MOSHER: *Democracy and the Public Service*. Oxford University Press. Nueva York, Londres y Toronto, 1968; 220 págs.

La Administración es seguramente el más claro denominador común de todos los sistemas y regímenes políticos. Si a ello sumamos el peso creciente que tiene en el mundo moderno, comprenderemos por qué ha merecido la atención de las ciencias sociales.

El libro de Mosher enfoca los problemas de la Administración desde el punto de vista de la filosofía democrática. No es menester decir las razones que justifican este modo de abordar el asunto. En la medida en que implica por necesidad una cierta concentración de poder, todo artefacto administrativo está potencialmente en pugna con el ideal democrático. El conflicto debe ser paliado de alguna manera, ya que, por otra parte, la Administración es absolutamente indispensable. El problema, por tanto, no debe plantear-

se en términos excesivamente abstractos. De hecho, si algún defecto tiene el libro que nos ocupa es más bien su excesiva concreción. El autor no se ha apoyado, en general, sobre más base histórica que la norteamericana. Sólo por analogía pueden hacerse extensivas sus conclusiones y sugerencias a otros casos.

Mosher hace en su primer capítulo un inventario apresurado de los problemas y exigencias que democracia y Administración se plantean mutuamente. Responsabilidad, «representación y representatividad», movilidad y participación son los requisitos esenciales de una Administración democrática. Por otro lado, la democracia no puede ignorar los derechos de los funcionarios.

El autor, sin embargo, no ha ajustado el desarrollo de su libro a ese ambicioso programa de investigación, sino

que ha escogido una serie de puntos más especiales. La extracción, selección y promoción del personal le han interesado más que el funcionamiento de la Administración propiamente dicha.

Las conexiones —siempre bilaterales e intrincadas— entre la Administración y el sistema educativo se configuran de manera muy diversas en las sociedades modernas. Como la variedad de casos es muy grande, Mosher se limita a comparar los Estados Unidos con la Europa continental. Aunque el contraste es grande, no faltan las coincidencias esenciales. Por ejemplo, el sistema educativo canaliza —y mediatiza— en gran medida la movilidad social. Además, la reciente «explosión de los conocimientos» (= *knowledge explosion*) y el consiguiente fraccionamiento en especialidades obligan, tanto a la Administración como a la sociedad en general, a un inabarcable reajuste.

Mosher pasa en seguida revista a la evolución real e ideológica de la Administración norteamericana a partir de la independencia, y distingue en ella cinco períodos: 1) 1789-1829: gobierno de los caballeros (= *by the Gentlemen*). 2) 1829-83: gobierno del hombre común (= *by the Common Man*). 3) 1883-1906: gobierno de los buenos (= *by the Good*). 4) 1906-37: gobierno de los eficaces (= *by the Efficient*); y 5) Gobierno de los administradores (= *by Administrators*). No entraremos a discutir hasta qué punto la periodificación propuesta por Mosher está bien fundada; pero el método nos parece interesante, porque dentro de cada etapa permite poner en relación al modelo (= *standard*) de funcionario, implícito en el modo de selección y promoción, con la composición y organización interna del artefacto administrativo y sus relaciones con el resto de la sociedad.

La periodificación perfilada por Mosher

se detiene en 1955. ¿Cuáles son las tendencias actuales? Al parecer, la más poderosa es la profesionalización, cuyas implicaciones y repercusiones eventuales han sido denunciadas ya por D. K. Price en *The scientific State* (1965). A esta tendencia habrá que atribuir la homogeneización de las burocracias públicas y privadas, que cada vez se ajustan más a unos mismos patrones. Al esquematizar la composición típica de las actuales entidades públicas (= *public agencies*) norteamericanas, Mosher hace hincapié en el volumen e importancia de los niveles técnicos y profesionales que se interponen entre la dirección política y la rutina burocrática. El contraste entre los técnicos y profesionales (= *career system*) y la tradicional plantilla administrativa (= *general civil service*) consiste en la manera diferente de evaluar el mérito y de canalizar la promoción. A diferencia del Cuerpo tradicional de funcionarios, organizados según una jerarquía de puestos adquiridos (= *positions*), las funciones técnicas dependen sobre todo de los conocimientos especiales de cada individuo.

El individualismo ha sido una característica de los funcionarios y de las clases medias en general. La competición basada en el mérito excluía prácticamente las reivindicaciones colectivas. Pero hoy día existen ya en los Estados Unidos Sindicatos de funcionarios (= *public employees organizations*), que actúan como grupos de presión y ponen en entredicho la presunta neutralidad administrativa. De todo modos, es perfectamente comprensible que la tendencia a la sindicación (= *organized labour* y *collective bargaining*) se haya extendido del sector privado al público. Y, en el fondo, ninguna razón sería prohibe que un sistema pluralista que reconoce los grupos de presión incluya también asociaciones de empleados públicos. Por lo demás, el fenómeno es muy general. Recordemos, si

no, que la Constitución vigente en Yugoslavia ha extendido el régimen de autogestión a los servicios públicos.

Mosher reconsidera en el capítulo final las relaciones entre Administración y democracia. Las paradojas abundan. Incluso el mérito, neutral en apariencia, puede ser en ocasiones una forma insidiosa de privilegio. Michael Young ha hecho ver, en *The rise of the meritocracy*, hasta qué punto el conflicto entre

igualdad y mérito puede ser una *impasse* del socialismo. Mosher, sin embargo, no llega tan lejos.

En suma: el libro no contiene tanto como su título promete. En vez de enfocar globalmente el problema, Mosher ha preferido espigar una serie de puntos polémicos. Por añadidura, las consideraciones que hace tocan muy raramente el fondo de las cuestiones.—LUIS V. ARACIL.

RICARDO F. RAFFAINI: *Reforma de la Constitución*. Separata de la «Enciclopedia Jurídica Omeba». Buenos Aires, 1968.

El gran jurisconsulto Ricardo F. Raffaini, autor de magníficos estudios jurídicos sobre «indulto», «Junta electoral», etcétera ha realizado un valioso trabajo para una reforma de la Constitución de la República Argentina.

Comienza con un estudio general sobre la diversidad de procedimientos para poder reformar, tanto las leyes ordinarias como las Constituciones, y que siguen tres etapas principales: «iniciativa» (decisión de emprender la reforma), «reforma» (redacción y discusión del caso y aprobación de los nuevos textos) y «ratificación» (atribuida al pueblo por medio de un referéndum).

Estudia a continuación las llamadas «prohibiciones», que pueden clasificarse en «temporales» (prohibición por cierto tiempo de realizar ninguna reforma), «materiales» (inmutabilidad permanente de ciertas y determinadas cláusulas) y la «mixta» (inmutabilidad transitoria de determinada cláusula).

Todo este primer capítulo es magnífico, tanto en la exposición como en el valioso contenido, y apoyándose en sus claros y precisos razonamientos, en autores como Esmein, Bryce, Jéze, Duverger, Siéyès, Burdeau, Sampay, Cueto

Rúa, etc. Es una lección magistral de Derecho constitucional.

El capítulo II es un texto exhaustivo sobre la Constitución de la Confederación Argentina en lo relativo a los procedimientos para reformar dicha Constitución y apoyándose en la famosa frase de Alberdi, «la originalidad constitucional... no consiste en una novedad superior a todas las perfecciones conocidas, sino en la idoneidad para el caso especial en que deba tener aplicación». El análisis del artículo 30 de la Constitución de 1853 (que trata de cómo puede reformarse dicha Constitución) es un prodigio de profundidad jurídica.

«Necesidad de la reforma» es el título del capítulo III, donde explica cómo la reforma debe ser declarada por ley y no como «declaración», y que requiere un trabajo de investigación previo, muy general, muy profundo y muy amplio, debiendo pasar por las distintas etapas que la Constitución ha establecido en busca de la coincidencia de las Cámaras.

El capítulo IV es un estudio sobre la Asamblea representativa y transitoria o Convención elegida por el pueblo de la nación para reformar en todo o

en parte la ley fundamental. Analiza el número y elección de los miembros de dicha Asamblea, la duración de su mandato, sus facultades implícitas e inmunidades; su competencia y poder de revisión, etc.

Lleva este importante estudio un apéndice, donde presenta el autor, y en forma sinóptica, los 35 proyectos de reforma constitucional, que contienen disposiciones sobre la Convención, especificando los que estudian el número de

convencionales, los requisitos para ser convencional, las compatibilidades del cargo, la duración del mandato, las inmunidades, su retribución y disposiciones diversas.

La Enciclopedia Jurídica Omeba se apunta un destacado éxito con la publicación del magnífico trabajo de Ricardo F. Raffaini, que servirá de base fundamental, a no dudarlo, de una reforma de la Constitución de la República Argentina.—TOMÁS ZAMORA.

RAFAEL GAMBRA: *El silencio de Dios*. Editorial Prensa Española. Madrid, 1968; 196 págs.

Hacer el diagnóstico de nuestro tiempo es tarea tentadora y difícil, que Rafael Gamba no ha rehuído. Gamba quiere ver y, porque tiene sed de verdad, se encara con nuestra época para mirarla de hito en hito, fijamente, con mirada de médico.

¿Cuáles son los rasgos de los años «sesenta» que vivimos? Por un lado, ese proceso de descolonización, apoyado por las grandes potencias. Por otro, el Concilio «ecumenista», que ha desencadenado una ola de reformas, y todo ello motivado por lo que se podría llamar choque de dos tensiones históricas: el racionalismo y el catolicismo, con la inevitable secuela de unos efectos psicológicos en nuestro horizonte temporal, caracterizados por «una pérdida general de lo que nos es propio», una actitud de abandono y una entrega a la evolución incontenible llevada por el «viento de la Historia».

En la lucha sempiterna entre Heráclito y Parménides, entre la evolución y lo estable, estos días presencian el triunfo del primero, cuando, arraigados en una cultura más que milenaria, este triunfo parecía imposible. ¿Cómo se ha hecho posible este imposible? ¿Cómo se ha podido llegar a dejar sin cimientos a

la autoridad en medio de la rebeldía del individuo y de la masa? «Nunca como hoy el genio de una época se ha aplicado a la destrucción minuciosa de su propia *Ciudad humana* —de sus valores y de su sentido— hasta el extremo paradjico de que el conformismo ambiental se expresa hoy por la actitud revolucionaria, y que la posición insostenible, heroica, ha llegado a ser la conservación y la fidelidad.» Quizá tuviéramos que preguntarnos cómo se puede llegar a la «insensatez» ilógica de que habló San Anselmo y a la «insensatez» logicista de que habla Saint-Exupéry.

Y he aquí que salta la paradoja: en medio de este clima abandonista surge el *engagement*, el compromiso o entrega a las cosas; por eso ha hecho fortuna la palabra compromiso. Es una reacción contra el racionalismo y el liberalismo, para quienes el individuo se des-hacía entre las cosas. En cambio, entre ellas el existencialista se hace, porque libérrimamente a ellas se entrega. Para el racionalismo las cosas son trabas; para el existencialismo las cosas son la materia en que su personalidad se despliega y hace libremente. La libertad existencialista, sin embargo, es tan absoluta con respecto a las cosas que desemboca en

un nihilismo. ¿Qué hay en las cosas que exija nuestro compromiso y entrega a ellas? Ellas pueden ser domesticadas —*apprivoisement*, de que habla Saint-Exupéry—, ya que en ellas, familia, profesión, municipio, hay un sentido. «Compromiso, domesticación (*apprivoisement*) y corporativismo histórico vienen a ser los correlatos dialécticos de lo que en el siglo racional fueron el individualismo, la actitud estética y el liberalismo», dice Gamba.

Esto quiere decir que la *Tierra de los hombres*, la comunidad humana, objeto de la obra de Saint-Exupéry, no puede prescindir de lo concreto o histórico, que es el terreno donde se realiza el compromiso y la domesticación, creadora de lazos vivos que unen al hombre con las cosas y van constituyendo la sociedad, como proyección de la naturaleza humana concreta y producto de la «sociabilidad natural del hombre». La sociedad no es «una realidad exterior al hombre mismo, sea posterior a él y convencional (pacto o contrato social), sea anterior como protorealidad originaria (universalismo social o totalitarismo)». «Individuo y sociedad son, para esa (aristotélica) teoría, aspectos de un solo ser», constituido no sólo por decisiones y proyectos racionales que le deparan su dinamismo y renovación, sino también por costumbres y creencias que le proporcionan su estabilidad y carácter profundo. Por esta concretez no se da una sociedad humana que sea una sociedad puramente esencial, abstractamente humana; toda sociedad tiene características concretas, históricas y diferenciadas, nacidas del fervor de las generaciones comprometidas en un quehacer común y perdurante, donde tradición y evolución no son incompatibles. Si lo concreto aislado es incoherente, también es verdad que «el hombre, aunque razone, no vive en lo universal, sino que

habita en lo concreto, y sólo a partir de lo concreto razona».

El *juglar de las ideas*, el *insensato*, no comprenderá nunca la concretez de las cosas en que el hombre se transfigura; tierra y tiempo que penetran en el alma del hombre y dan sentido a su existir comunitario. «Todos viven unidos por unos lazos misteriosos formados de compromiso y de domesticación, que son las costumbres y los usos, las leyes que brotan de los hábitos, el temor y el amor.» El insensato «combatirá con la argumentación lógico-racional de una razón desvinculada de los asideros existencial y humano, con la razón abstracta desentendida de las cosas, alejada de la realidad». Su obra será la destrucción.

El insensato revolucionario descubre síntomas de vejez y de morbosidad al perder el sentido de la realidad, al divorciar lo real de lo ideal. Es víctima de las repercusiones que en él han operado sistemas filosóficos, racionalismo, sensismo, nominalismo, que han vaciado a las cosas de su íntima esencia y que le han hundido en el escepticismo. Se ha visto en la necesidad de crearse mitos: Democracia, Igualdad, Progreso, Evolución, Historia... A la Historia se está entregando con un talante muy distinto del de la tragedia griega y del estoicismo. No sólo no se opone al acontecer y fluir del tiempo, como si no estuviera en manos del hombre hacer la Historia, sino que, convencido de la inexorabilidad del fluir, él mismo se entrega a la tarea de acelerar la Historia.

Pero la obra cumbre del juglar de las ideas es la juglarización de la fe; haber ingerido el mito de la Historia en el *progresismo católico*. Como si estuviera cansado de luchar, un sector del catolicismo parece decidido a pactar con el mundo circundante, a atenuar el rigor de los dogmas, ritos y preceptos del cristianismo auténtico y a considerar el mensaje cristiano no como algo estable

y permanente, sino como producto de la Historia en continuo flujo.

En fin, generaciones enteras de «apóstoles de la libertad individual» se han encarnizado con las costumbres y las creencias, con el fervor y el deber, con las leyes y los ritos, contra la estructura y el orden mismo de la ciudad. Es el espíritu de rebelión, de apostasía, de sacrilegio del juglar de las ideas, del

sofista de nuestros días. Sólo un espíritu heroico, «en que la fe y tradición se funden en el sentimiento de lo sagrado (es) donde pueden recuperar su interno sentido, tanto la lealtad humana como la sana rebelión o impulso de reforma y renovación».

Esta es la breve silueta del libro profundo, bellísimo, de Gamba. — LUCAS GARCÍA BORRIGUERO.

SOCIOLOGIA

ANTONIO FLORES: *La sociedad de 1850*. Alianza Editorial. 1968; 275 págs.

No deja de ser acusadora, si no se acude a documentos de primera mano, la carencia de personas que en épocas pasadas hayan sido capaces de escribir objetivamente sobre nuestra sociedad. Si esto es lo que pretende hacer la sociología actual, sólo unos cuantos escritores han sido capaces de actuar como verdaderos espectadores de la realidad, dejando al margen el enorme contenido sociológico de la literatura y la importancia de su análisis científico. La razón puede ser la dinámica viva de la sociedad, que, a diferencia del cadáver, no se deja, con sus muchos controles, hacer una disección: los inquisidores de la verdad no han permitido en nuestra España diferente que se oreen nuestros muchos trapos sucios, lo que tanta falta hace siempre, sobre todo si se hace a tiempo. Larra, tan frecuentemente evocado para explicar una época, es casi una mutación genética de esta inexistencia de hombres testimonio.

Nos parece interesante e importante la labor de Alianza Editorial de ponernos en contacto con escritores que, aun relegados al olvido, nos describen su tiempo y nos acercan a una sociedad que si en cierta medida nos parece anecdótica y lejana, no es otra que el trasfondo

cierto de nuestra realidad presente, donde ella pesa y domina con más fuerza que los innovadores actuales. El libro de Antonio Flores, *La sociedad de 1850*, es una obra que nos pone en contacto con el nacimiento tardío y mediocre de la burguesía madrileña, que de una forma tan clara había de influir en la evolución social española. A través de una serie de capítulos teñidos de ironía e indudable buen humor, nos vamos adelantando en un mundo que desde nuestra perspectiva nos parece pequeño y gachoso, pero que aún está a la espera de un estudio profundo; no en balde, y pese a haberse presentado como la retorta donde se han fundido todos los males de nuestro país, ha sido quizá el siglo XIX el menos inmovilista de nuestra pobre imaginación española: en él se pudieron poner los pilares de una sociedad más avanzada y más de acuerdo con los vientos de su momento. Los intentos no faltaron; la reacción, desgraciadamente, tampoco.

El que Antonio Flores nos describa muchas de las relaciones sociales —los hábitos de la convivencia social— no resta interés al libro, sino, por el contrario, lo aumenta, pues lo que a primera vista nos pudiera parecer una crónica

de lo anecdótico, de lo puramente epidérmico, tiene en sí una importancia incuestionable: la idiotez y mediocridad humanas han gozado de una unión y estrechez de filas más coherentes que muchos de los francotiradores de la inteligencia. A su vez, por esas formas y modos de vida —hablamos genéricamente— se ha llegado a sacrificar al hombre, fin último de lo social, siempre que lo social esté abierto a unos horizontes

que ni nuestro mundo, ni el de Antonio Flores, quiere vislumbrar, perdido eternamente en «la vida privada», «el sí de las madres», la «centralización y la especialidad», «los escaparates», «el cuarto poder del Estado», «el diputado silabario» y tantos y tantos hábitos sociales no periclitados en 1850. No hay duda; se hace una labor pedagógica importante volviendo a editar libros como el comentado.—FRANCISCO DE LA PUERTA.

GEORGE H. MEAD: *Espíritu, persona y sociedad*. Paidós. Buenos Aires, s. f.; 393 págs.

Hombre y sociedad comenzaron a estudiarse desde ángulos marcadamente dispares. Hasta tal punto es así que Comte, y de aquí el abandono claro del estudio de la problemática de lo individual que ha tenido la Sociología, pontificó que el individuo, como tal, no tenía realidad para la sociología. Si es evidente que la sociedad no puede ser vista ni comprendida como una suma de individualidades, ya que restaría perspectiva para su análisis como algo con entidad propia, no lo es tanto que no se tenga en cuenta al individuo como ser social y la necesidad de buscar las pautas más adecuadas para conseguir que su medio —la sociedad— sea cada vez más apto para su plena realización. Las tendencias actuales, tanto en el campo de la psicología, psicología social y sociología, han comprendido que éste es el único camino para un progreso más profundo de estas ciencias; la colaboración y unión metodológica en los distintos campos es cada vez más estrecha.

El yo y el nosotros, como nos dice Mead, citando a Gurvitch, permanecen siempre en reciprocidad de perspectivas, puesto que si se pueden distinguir diferentes grados de profundidad del yo, lo mismo es dable hacer con el nosotros. En frase de Gurvitch: «La tensión entre

los tres polos del yo, del otro y del nosotros debe considerarse, cada vez más, como uno de los aspectos fundamentales de toda conciencia... Estos tres polos se hallan indisolublemente ligados y están siempre presentes cuando se trata de la vida psíquica. Separarlos equivale a destruir la conciencia misma.» Esto precisamente es lo que trata de poner en claro Mead con este libro, haciendo su aportación con ello a una corriente cada vez más actual y fuerte, cuyo último exponente es Marcuse. Pero si hacemos notar que el olvidado, el gran olvidado de la sociología, que planteó en toda profundidad esta problemática, fue Sorokin. Pero Sorokin, no llegamos a descubrir la razón, ha sido calificado de sermonero —algo que él personalmente temía— y relegado del mundo científico. Su pensamiento, profundo y construido con un armazón científico indudable, se verá sometido, dentro del campo de la sociología, a una revisión justa y necesaria. Los trabajos de Mead apoyan indirectamente a este autor, que no dudamos fue incluido por el propio Mead para su construcción de la teoría de la sociedad.

El libro, uno de los más importantes de la psicología social, trata de sistema-

tizar el pensamiento de Mead, ya que éste no lo hizo, perdiéndose así el conocimiento ordenado de su pensamiento. Ahora, con este volumen se quiere llenar este vacío. La forma y estructuración del mismo son de indudable interés,

por lo que no dudamos de calificarlo de básico para aquellos que quieren adentrarse en el conocimiento de la psicología social y en la problemática del pensamiento más actual de las ciencias sociales.—FRANCISCO DE LA PUERTA.

JUAN CARLOS AGULLA: *Sociología de la educación*. Paidós. Buenos Aires, 1967; 212 págs.

Si hay algo que pueda influir en la dinámica y proceso social es la educación. Su difusión no es otra que la difusión de la cultura, la puesta en contacto con los conocimientos adquiridos y decantados a través de los siglos. Así, Juan Carlos Agulla, en la introducción del libro, dice que al realizar un análisis detallado de la historia de la educación y de la pedagogía, desde la actual perspectiva histórico-teórica, se pone de manifiesto con claridad que, tanto el estudio del fenómeno educativo como el pensamiento pedagógico —sea en forma consciente o inconsciente—, se sirvieron siempre de categorías del pensamiento social o, en su defecto, las presupusieron cuando trataron de explicar y acercarse al fenómeno educativo en su totalidad.

La finalidad de este libro se centra fundamentalmente en el deseo de crear unas bases teóricas válidas para una sociología de la educación. Teniendo siempre presente esta idea, el libro se estructura de una forma racionalmente armónica a lo largo de cinco partes: I) La pedagogía y la sociología en su historia. II) Las relaciones entre la pedagogía y la sociología. III) La sociología de la educación. IV) El marco teórico de la sociología y V) La educación como objeto de la sociología.

Es la última parte la que está en relación más estrecha con el título de la obra. En ella se presenta la sociología

de la educación como conocimiento de la «socialización» y de la «educación» como fenómenos y procesos sociales. Pero pese a su importancia y a considerar que el desarrollo humano necesita de unas líneas generales de lo que debe ser una auténtica sociología de la educación se encuentra en el momento actual con dos claras limitaciones: la primera, la del hecho ya destacado de la escasa evolución teórica de la sociología de la educación en el momento actual, no obstante su larga tradición como disciplina independiente, y la segunda surge por el hecho de la falta de claridad analítica con respecto al campo de actuación y los límites de la sociología de la educación. Por lo que es conveniente, aunque sólo sea para fijar unas bases para una sistematización del material sociológico sobre la educación, dejar claro lo que se entiende por tal. Agulla lo hace: «Sociología especial que estudia, analiza y explica los fenómenos y procesos de socialización y de educación como fenómenos y procesos sociales y las relaciones entre la educación y la sociedad, tanto en el pasado como en el presente.»

Creemos que el solo hecho de que este libro venga de un país de lengua castellana merece que se le preste atención, pero si, además, encontramos en él muchas de las preguntas que se hace hoy día el sociólogo, con el intento de dar respuestas estructuradas y válidas a

un tema tan importante y de incuestionable influencia en la dinámica social, nuestra gratitud al autor por su aporte

al mundo científico que comparable una misma lengua será doble.—FRANCISCO DE LA PUERTA.

ANTONIO PERPIÑÁ RODRÍGUEZ: *Nueva y vieja Sociología*. Discurso de recepción en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Madrid, 1967; 91 págs.

El profesor Perpiñá Rodríguez (Antonio) viene dedicando muchas y muy notables aportaciones a la sociología, problemas sociales, la Seguridad Social, algunas de cuyas publicaciones han sido merecidamente galardonadas con premios españoles y extranjeros. Al estudio y la investigación que practica con brillantez en el Instituto Social León XIII, del que es profesor, y en el Instituto Balmes de Sociología, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, se añade el quehacer diario de su dedicación a los problemas vividos de la Seguridad en el Instituto Nacional de Previsión. Buenos avales son todos éstos de la seriedad científica y de la solvencia intelectual de sus publicaciones.

El libro que presentamos es su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, y en él plantea un problema muy interesante y debatido entre los sociólogos. El tono polémico en que lo desarrolla no merece de la altura del caso, porque sabe caracterizar a la nueva y a la vieja sociología, y con ello precisar su concepto y contenido.

El propósito del autor es «oponer convenientemente dos maneras muy distintas de entender la ciencia sociológica: la que imperaba en España al comienzo de los años 1940 y la que casi con total tiranía quiere imponerse hoy como única dirección propiamente científica». La primera estaba «ampliamente dominada» por la influencia alemana —Tönnies, Simmel, Wiese, Max Weber, Spann, Spen-

gler—; en grado menor, por la influencia francesa y su escuela —E. Durkheim—, y menos aún, por la americana, pudiendo asegurar que la sociología conocida y seguida en España era una ciencia específicamente *européa*. La segunda posición sociológica, representada principalmente por los Estados Unidos, cuyos «primeros brotes» surgieron en España hacia 1948-1950, con la *Sociología de lo concreto*, descansa en el uso continuo de «encuestas», de «estadísticas» y de «técnicas interrelativas», que tratan de descubrir la realidad social interpellando a los hombres que viven de ella. Allí «se imponían las construcciones sistemáticas o la teoría abstracta, en conexión inescindible con la Filosofía». Al otro lado, «el pensamiento empirista, pragmático y concretista iba ocupando sin cesar nuevas y nuevas posiciones». *Teoría versus técnica*.

Así se acostumbra a presentar el pleito entre ambas concepciones y así lo hace con precisión Perpiñá Rodríguez. Una es la sociología «filosófica» alemana y otra es la vigente sociología «empírica» norteamericana.

En nuestro trabajo *Filosofía y Sociología* (Instituto de Cultura Hispánica, Madrid, 1967) exponemos las distintas tendencias «separatistas» y «confusionistas» respecto a las relaciones entre Filosofía y Sociología y entre Filosofía del Derecho y Sociología jurídica. Y allí afirmamos que la Sociología no es Filosofía ni la Sociología jurídica es Filosofía del Derecho. No por ello enten-

demostramos que sus respectivos contenidos sean campos separados, aunque el objeto forma *quo* sea distintivo. Pero no es nuestra opinión lo que vamos a exponer aquí, sino la del autor.

Con aguda crítica, Perpiñá achaca a las «nuevas sociologías» o «nuevas posiciones sociológicas» los mismos vicios y defectos que se imputaron a la sociología «filosófica» o «vieja» sociología: la *metodologitis*, la *pedantería* y el *academicismo*. La Neosociología, la «ciencia social de moda», significa muy poco para la solución de los grandes problemas políticos y sociales y se ha aislado del gran público y de las masas. Ciertamente que en la nueva sociología se encuentran aportaciones positivas y conclusiones más o menos definitivas, pero no es menos cierto que el valor positivo de esa Neosociología «depende sustancialmente de las aportaciones que ha recibido de anteriores escuelas y de precedentes modos de pensar; en una palabra, que ha venido al mundo después de la «vieja» sociología, y en fin de cuentas, después de veintitrés siglos de cultura occidental» (pág. 15). No pueden, pues, presumir del que llama Perpiñá el *complejo de Adán*, que lleva a los autores de la nueva sociología a «sentirse los primeros pobladores de este campo de investigación, como si antes sólo hubiera existido la nada doctrinal».

Después de matizar, certera y a veces cáusticamente —es aguda y punzante la crítica— las diferencias de fondo entre la teoría de la vieja y de la nueva sociología, el nuevo académico estudia, *more philosophico*, los supuestos filosóficos que prejuzgan y predeterminan la postura científica de los neosociólogos: el *naturalismo social* o *fisicismo*, cuyo punto de partida está en un *monismo ontológico*, según el cual no hay diferencia entre los fenómenos físico-naturales y los sociales o de cultura, con

lo que no se pretende precisamente «espiritualizar» la naturaleza, sino «física-lizar» la sociedad. En este sentido, la nueva sociología, de inspiración naturalista, «no ha aportado ningún beneficio a las ciencias del espíritu» (pág. 33). Además, en su reacción contra el exceso de especulación y abstracción, la nueva sociología ha llevado a mayores defectos de los que pretendía combatir: un rabioso *empirismo*, a la experiencia, a lo *concreto*, con lo que convierte a la percepción sensible en fuente única del conocimiento (en esto está, precisamente, el error del empirismo), y que «quiere detener la marcha del saber científico en la aportación de los sentidos». El viejo antagonismo, ya presentado por Bacon y renovado ahora por la nueva sociología, entre la *inducción* y la *deducción*, ha sido desmentido por las más importantes teorías históricas del conocimiento y por las aportaciones de la moderna epistemología.

Hace seguidamente Perpiñá la crítica del empirismo sociológico, haciendo ver que para ese antirracionalismo lo único que merece «generalidad teórica» es la forma de obtener datos concretos; es decir, las famosas técnicas de investigación. La *tecnología*, que conduce así a la *tecnocracia*. Pero —desmiente el autor— la teoría general se construye con «métodos lógicos», no con técnicas de manipulación de hechos, por lo que rechaza de plano las «pretensiones imperialistas del tecnicismo» (pág. 47). Y nosotros con él.

Pero, en definitiva, todo esto, como la cuantificación, la estadística y las técnicas interrelativas del empirismo sociológico llevan a lo que es mucho peor: a la deshumanización de la ciencia social, a deshumanizar los hechos sociales porque «contemplan la sociedad *in vitro*, que no *in vivo*. Se quiere coger la vida racional espiritual en un tubo de en-

sayo o en una regla graduada; y eso, lo que salga de ahí, no es la vida» (página 51).

Y no es la vida —añadimos nosotros para terminar y echando nuestro cuarto a espadas—, porque la vida social es

sobre todo *vida humana*, en la que no pueden olvidarse los supuestos morales, jurídicos y políticos, ni tampoco filosóficos, que son algo más que empirie, hechos o mero tecnicismo.—EMILIO SERRANO VILLAFANE.

J. P. NETTL: *Political Mobilization. A Sociological Analysis of Methods and Concepts*. Faber & Faber, Ltd. Londres, 1967; 442 págs.

El profesor Nettl, lector de política en la Universidad de Leeds, que recientemente ha publicado un documentado estudio sobre «Rosa Luxemburg», nos ofrece en el libro que comentamos un análisis sociológico de métodos y conceptos, especialmente referido al campo de la política. Estudia con el máximo rigor y objetividad ese multiforme panorama que nos ofrece el mundo contemporáneo, en cambio continuo y acelerado, que incide y conmueve todas las parcelas de la vida, de la ciencia y de la técnica, con la pretensión de dar respuesta a esa gran interrogante que tiene planteada la Humanidad ante las transformaciones que sufre la sociedad de nuestro tiempo.

Afirma el autor que toda área social está vinculada directa o indirectamente con todas las demás, y que, consecuentemente, las instituciones socio-políticas, pese a su enfrentamiento ideológico, son interdependientes. Y considera que la movilización de todos los resortes que la política proporciona es ese proceso por medio del cual toda colectividad toma conciencia de los factores universales o comunes a todos los pueblos, y al mismo tiempo considera, supervalorándolos, aquellos otros que le son peculiares, con los que se matizan sus características diferenciadoras. Hace constar que si hoy todos los pueblos pretenden alcanzar un cierto nivel en su desarrollo, ello es obligado para poder subsistir y asegu-

rar la propia soberanía, aun cuando el método que se siga para conseguirlo esté pautado por la cultura, la Historia y la idiosincrasia nacional de cada país.

Partiendo de esa triple perspectiva, que engloba esos tres grandes bloques en que aparecen diferenciados los Estados de nuestro tiempo: El Oeste, capitalista; el Este, socialista, y el subdesarrollado Sur, o tercer mundo, el autor señala como carácter diferenciador de cada uno de ellos los peculiares enfoques de su movilización política. Afirma que la experiencia del Oeste es, por su falta de proyección social y estrechez de miras, inadecuada para favorecer el desarrollo ecuménico, y que del mismo modo tampoco las experiencias del Este son idóneas, aun cuando a primera vista se nos aparezcan de más sugestiva realización. Destaca el interés que encierra ese tercer mundo subdesarrollado, que aparece como fenómeno único en la Historia de la Humanidad, en cuanto que se esfuerza en potenciar sus propias técnicas con arreglo a unos módulos inéditos, tendentes a resolver los imperiosos problemas que su desarrollo reclama.

El autor, con un gran espíritu crítico, intenta superar ese gran número de factores negativos que han hecho que el Oeste se inhiba de la misión rectora que ha venido desempeñando a lo largo de la Historia, y nos ofrece, como

contrapartida, las oportunidades que también desaprovecha el *Este*, por su gran lastre ideológico.

En conclusión, hemos de señalar que nos encontramos ante un texto elabo-

rado con verdadero rigor, de plena actualidad, y que ha de ser valioso para quienes pretendan comprender la actual coyuntura histórica de la Humanidad.—

LUIS MENDIZÁBAL OSES.

DEMETRIO CASADO: *Perfiles del hambre*. Editorial Cuadernos para el Diálogo. S. A. Madrid, 1967; 218 págs.

En la presentación del libro que hace el autor se razonan los dos motivos que le llevaron a escribirlo: por una parte, difundir el conocimiento de los problemas sociales de nuestra alimentación, y por otra, promover el interés por la lucha contra el hambre en el mundo.

El segundo aspecto lo trata a modo de introducción del libro, en una nota larga en que intenta mostrar un panorama histórico y espacial del hombre, examinando los efectos de la pobreza, el crecimiento demográfico y el nacionalismo, que, junto con otros factores, han influido decisivamente en crear un estado de inquietud mundial en torno al problema. El autor cree que el mayor obstáculo para el desarrollo de una auténtica solidaridad internacional frente al hambre es la falta de un conocimiento vivo del problema y la falta de costumbre de enfrentarse con él.

¿Qué posición ocupa España en el conjunto de naciones, en cuanto a situación alimentaria, teniendo en cuenta su grado de desarrollo? La F. A. O. ha definido dos grandes conjuntos: el de los países de alto nivel calórico y el de los de bajo nivel calórico. En relación con esto, España está en una situación intermedia, en que, no padeciendo problemas alimentarios agudos, presenta una problemática más grave que la que suele darse en los países desarrollados. Casado examina el problema de la hipoalimentación en España, y llega a la conclusión de que los problemas alimentarios de tipo cuantitativo

calórico no son muy frecuentes, si bien existen disparidades en cuanto a la estructura del consumo calórico por estratos, y dentro de cada estrato, como se pone de manifiesto al efectuar un análisis de la distribución personal del consumo. El problema no es tanto de tipo cuantitativo como de orden cualitativo, o lo que es lo mismo, de comer mucho como de alimentarse bien. La alimentación carencial no depende de la cantidad de alimentos que se ingieren, sino del contenido nutricional de los mismos, y es ahí, en la carencia de sustancias nutritivas, donde falta la dieta alimentaria española.

La influencia de los hábitos alimentarios en las carencias de sustancias nutritivas es uno de los factores de persistencia de las mismas, a pesar del nivel de desarrollo económico alcanzado. Casado valora algunos aspectos negativos de la cultura alimentaria española, como el escaso prestigio social de la leche, la fría acogida a los alimentos congelados, el esnobismo y mimetismo alimentarios o los derechos de la mujer española en relación con nuestras pautas culinarias. Estos y otros aspectos, derivados de factores socioeconómicos que resultan al observar las encuestas de presupuestos familiares, condicionan de modo sustancial la mejora de la dieta española.

A la hora de situar el problema de la deficiente alimentación en España en relación con las tendencias que se pre-

vén, el autor estima que el débil crecimiento del consumo de un alimento tan esencial como la leche, la conocida rigidez de la estructura social de cara a la corrección de las disparidades, el empobrecimiento relativo que pueden experimentar ciertos sectores si se quedan descolgados en la carrera del desarrollo y otros fenómenos, han de condicionar

la persistencia de los problemas objetivos de mala alimentación. Para solventar esto sienta algunas consideraciones sobre las medidas y programas que se deben aplicar a la corrección de los problemas alimentarios, así como sobre ciertas lagunas que se aprecian en este campo en España. — TOMÁS NAVARRO CALAMA.

RELACIONES INTERNACIONALES

PIERRE MILZA: *Les relations internationales de 1871 à 1914*. Librairie Armand Colin. París, 1968; 233 págs.

Pierre Milza nos divide en tres períodos significativos la historia de las relaciones internacionales en Europa, desde 1871 hasta el año de la Gran Guerra en 1914.

El primero tiene su comienzo en el año 1871, con la paz de Francfort, con la cual acaba la guerra franco-alemana. Aquí se aseguró la supremacía alemana en Europa, y su gran artífice, el mariscal Bismarck, se convierte en el político más importante de finales de siglo. El dominio alemán en el Viejo Mundo, conseguido después del esfuerzo de su unificación, se extenderá durante veinte años. El canciller Bismarck pretenderá sostener el *statu quo* europeo de aislamiento diplomático a Francia, organizando una serie de Alianzas con las potencias europeas como el Imperio austro-húngaro, la Rusia de los Zares y la Italia de Víctor Manuel; habrá realizado unas fuerzas defensivas conjuntas.

Pero todo este sistema tan centralizado no podía durar mucho tiempo; la política autárquica desarrollada por el canciller cae por su base al llegar en 1888 a Emperador de Alemania el joven Guillermo II, quien desea asumir por sí mismo todas las responsabilida-

des del gobierno. El viejo canciller presenta su dimisión en 1890; es la liquidación de la política bismarckiana.

Guillermo II, abandonando la política anterior, inaugura una política de apertura hacia las demás naciones, ya en el plano económico, o en la conquista colonial. Es el segundo período y la génesis del Weltpolitik. Alemania aumenta sus armamentos, y Gran Bretaña, temerosa del progreso alemán en el Continente y en las colonias, firma con Francia e Italia (en secreto) el Triple Entente; es el comienzo de la hecatombe de la política bismarckiana en Europa.

A partir de la firma del Triple Entente se dan una serie de aproximaciones entre los países firmantes, e incluso los franceses llegan a firmar con Rusia en 1894 un Tratado por el cual se comprometen a la defensa mutua en caso de ataque por parte de los Imperios Centrales. Ya estaba formado todo un frente de reacción a las medidas de revancha de Alemania al acabar la guerra franco-alemana.

Pierre Milza, llegado a este punto, nos da una visión de las ambiciones colonialistas en África por parte de los Im-

perios Centrales y de los firmantes del Triple Entente y de cómo se enfrentarán allí y en Asia sus intereses económicos. También nos hace ver cómo no solamente cuentan en la política mundial los países europeos, sino que surgen otras dos potencias que jugarán un gran papel en las relaciones económicas mundiales; serán Estados Unidos y Japón. Estas dos potencias, con desarrollos espectaculares, comienzan a inquietar a los europeos, e incluso entran en guerra con ellos, y serán España con Estados Unidos y Rusia con Japón los que conozcan la humillación de la derrota en las colonias. Aquí se empieza el reparto del mundo entre los viejos Estados y las nuevas potencias, que han adquirido una supremacía demográfica y económica difícil de deshacer.

Según Milza, existe un tercer período, en el que Europa se vuelve el centro de rivalidades insospechadas y fuertes nacionalismos. Las diferencias son producidas, unas veces, por los armamentos navales y la supremacía en el mar, como en el caso de Gran Bretaña y Ale-

mania; otras, por la supremacía en una región, los Balcanes, entre Rusia y el Imperio austro-húngaro, y todo, en fin, hace peligrar la paz europea al producirse diversos conflictos como «la crisis de Bosnia», «la segunda crisis marroquí», «las guerras balcánicas» y «el conflicto austro-servio», que desencadenará la primera guerra mundial en 1914.

Este conflicto parece la culminación de todas estas guerras parciales entre Estados y regiones, pero es, y con mucho, una guerra económica. Fue una guerra surgida de la necesidad por parte de Alemania de introducir en el mundo los grandes *stocks* que se le estaban almacenando, debido a un crecimiento elefantiaco de toda su industria. La rivalidad con Gran Bretaña en introducir los productos favoreció la situación conflictiva. Por fin, a lo que deseaba el diablo de las ambiciones se llegó, y durante más de cuatro años las mesas de negociaciones serán los campos de batalla de Europa.—MARIANO NAVA.

JOHN G. HADWEN y JOHAN KAUFMANN: *Cómo decide la O. N. U.* Estudios Internacionales. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1967; 357 págs.

Las grandes instituciones, como las personas y como las cosas, cambian, se transforman y adquieren nueva fisonomía. Es evidente que la metamorfosis, al menos en las personas y en las cosas, se realiza lenta y moderadamente, como, por ejemplo, un «andante» de una sinfonía de Mozart.

Acontece, pues, que al leer este libro y volver retrospectivamente la mirada hacia el año 1946, quíerase o no, brota, surge y se hace palpable el contraste entre lo que constituyeron los primeros fines de la alta Organización y los que ahora, en este momento y en este instante justifican su razón de ser.

Por otra parte, la oportunidad de la edición de este trabajo es grande, pues, aunque recientemente acabamos de conmemorar los veinte años de vida de la institución y, por supuesto, se ha hecho un minucioso y detalladísimo análisis de todo lo que de positivo y negativo se ha producido a lo largo de ese considerable período de tiempo —plazo en el que la institución ha alcanzado su mayoría de edad—, lo cierto es que, en parte, excepción hecha de los especialistas, no se conoce con profundidad lo que, en realidad es la O. N. U. Flota en el ambiente, no obstante, la idea de que la O. N. U. es

un instrumento para la paz mundial, y en algunos casos se sabe que una de las misiones esenciales del alto Organismo es la de lograr un reparto más equitativo, equilibrado y justo de la riqueza a escala mundial. ¿Es esto solamente la O. N. U.?

Hadwen y Kaufmann han elegido como tema de su libro, precisamente, el aspecto más complejo, arduo y difícil, entre otras razones, por ser el menos estudiado por los autores y, claro está, el que más exigua bibliografía ha producido.

De todos los programas que la O. N. U. lleva adelante, el político y el económico, ciertamente, son los más importantes. Del primero apenas si cabe decir algo, pues conocido es de todos que el postulado esencial de la creación de la O. N. U. está fundamentado por el mantenimiento de la paz colectiva: en este sentido la popularidad que goza el Consejo de Seguridad es inmensa. Ahora bien: desde la perspectiva económica el panorama no es tan afortunado. Quizá por ello los autores de este libro han querido destacar la difícil facilidad con la que, dentro de la institución, se trata y se establece la coordinación entre los objetivos políticos y los estrictamente económicos.

No escapa al profundo análisis que

Hadwen y Kaufmann realizan ninguno de los propósitos generales que animan la actividad burocrática de las Naciones Unidas: cooperación internacional, arreglo de conflictos entre los países miembros, la cooperación financiera y técnica, y sobre todo la tarea puramente informativa y orientadora de la política, pues es preciso reconocer, como señalan los autores de este libro, que «cuando los países del mundo reconocen la existencia de un objetivo común de cierta categoría específica, las Naciones Unidas constituyen un útil foro y marco de acción para la realización práctica de este objetivo».

Por último, sería conveniente destacar dos cosas: el libro no va dirigido al gran público, sino, por el contrario, al estudioso y al especialista, y acaso el título tiene un carácter excesivamente amplio, dado lo específico y concreto de su contenido. Por otra parte, la obra viene a confirmar la tesis del profesor Figueroa Martínez, a saber: que el desarrollo económico se ha convertido en el tema esencial del pensamiento económico y político actual. A ello ha contribuido, sin duda, la Organización de las Naciones Unidas al hacerse eco de los deseos y aspiraciones de los países subdesarrollados a partir de la segunda guerra mundial.—J. M. N. DE C.

LEANDRO RUBIO GARCÍA: *Hacia un nuevo Orden internacional*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1968; un vol. de 744 págs.

El profesor Leandro Rubio es, sin duda, uno de los más documentados expertos españoles en materia de relaciones internacionales. Este libro, que fue su tesis doctoral, dirigida por el ilustre internacionalista don Luis García Arias y galardonada con las máximas recompensas académicas en la Universidad de Zaragoza, afronta el problema de la

búsqueda de los fundamentos de un nuevo orden internacional.

Para realizar su ambicioso empeño, Rubio escoge los temas más significativos, en lo internacional, de la escena mundial de la posguerra y los analiza minuciosamente con un enfoque plural: jurídico, político, social y económico. A las páginas del extenso volumen —que

se pudo tal vez podar para alivio del lector no especialista— van así asomando las más graves cuestiones de la hora presente.

Se contempla como primera de aquéllas la cuestión bélica, considerada, por su obvia seriedad, como una de las primordiales y que podría conducir al holocausto de la Humanidad; a través de páginas sugestivas, Leandro Rubio relaciona la tecnología y la guerra y expone el problema de la difusión de las armas nucleares, estudiando luego la actualidad de la guerra revolucionaria y de la guerra psicológica; temas que le dan ocasión de poner de relieve algunos perfiles de la politización contemporánea y de denunciar el peligro de amasamiento de las masas.

Dirige su atención luego Rubio hacia las superpotencias, cuya posición —en la teoría y en las realidades— observa, analizando los elementos de la «guerra fría» y los ingredientes e implicaciones de la «coexistencia»; también expone en esta zona de la obra la problemática de los Estados pequeños y el tema de las Alianzas regionales.

El mundo de los nacionalismos es materia de la tercera parte del libro, donde se hace la historia del movimiento mundial en pos de la autodeterminación y se estudia la dinámica del neonacionalismo, profundizándose en el examen de la trabazón Estado-Patria.

La cuestión mundial del subdesarrollo es, finalmente, expuesta con algún determinimiento por Leandro Rubio, quien nos muestra la fundamentación ideológica del problema del subdesarrollo (indagando

sus razones morales, políticas, económicas y culturales) y apunta sus soluciones a escala nacional y mundial.

Por tan compleja temática se mueve con soltura Rubio García, con apoyo de una amplia documentación, que abarca desde la monografía a la Prensa e incide, tanto sobre el Derecho internacional público como sobre la literatura política. Un noble propósito inspira visiblemente todo el libro, pródigo en reflexiones serenas. Fruto último de ellas es la deducción de que estamos en presencia de una situación de confusión generalizada, donde la crisis del Derecho internacional es, como Kunz la ha valorado, una secuela de la crisis de la vida occidental.

¿Caben, sin embargo, esperanzas dentro de este *estado crítico*? Según Leandro Rubio, existen, en efecto, algunas «para el que cree en la existencia de una Ley natural, participación de la criatura racional en la Ley eterna», porque, «a fin de cuentas, si la crisis es espiritual, de las fuerzas espirituales ha de venir la salvación». Y a este respecto recuerda las palabras de Su Santidad Pío XII de que «el bien espiritual de la Humanidad es una condición de la paz mundial y de la seguridad general». La conclusión de Rubio, tras la realista exposición de tanto grave problema de los que han trocado la faz del orden internacional, no es enteramente pesimista: «El hombre —afirma— no debe sufrir *fatalmente* la Historia. Puede trabajar en hacerla. *Esa es la misión del espíritu europeo.*»—JOSÉ MARÍA CASTÁN VÁZQUEZ.

MARIO TOSCANO: *Storia diplomatica della questione dell'Alto Adige*. Editori Laterza. Bari, 1967; XXIII-745 págs.

Como su título indica, se trata de una obra de historia diplomática y no de Historia general. Por tanto, no cons-

tituye ningún análisis profundo de las consecuencias que produjo el cambio de límites territoriales en la frontera italo-

austríaca, el Tratado de Versalles que puso fin a la primera guerra mundial de 1914-1918, aunque sí es sumamente útil para que se comprenda, en su total dimensión, la posición italiana ante el problema, de plena actualidad, que representa su frontera septentrional.

En este apretado tomo nos presenta el autor un inventario y una valoración de los acontecimientos históricos que motivaron la anexión por Italia de territorios que hubieron de cederse por una Austria, vencida en la Gran Guerra, a través de los documentos diplomáticos cursados y subsiguiente Tratado de paz (capítulo I). Analiza los períodos de ocupación por Italia de los nuevos territorios, a la luz de los acontecimientos de su tiempo, desde la terminación de la guerra hasta el *Anschluss*, y la repercusión que este hecho tuvo para las relaciones de la Italia de Mussolini con la Alemania de Hitler (capítulo II), y desde el *Anschluss* hasta el final de la segunda guerra mundial, con las repercusiones que se motivaron, respecto a estos territorios, por la firma del armisticio del 8 de septiembre de 1943, posterior anexión de Italia por la Alemania nazi, hasta que, concluida la guerra, se celebra la Conferencia de la paz, en París, el año 1946 (capítulo III). Estudia con el mayor rigor los anteceden-

tes que, tras la Conferencia de paz, dieron como resultado el Acuerdo De Gasperi-Gruber el 5 de septiembre de 1946 y las implicaciones internacionales que se originaron (capítulo IV), para proporcionar al lector los elementos necesarios de juicio, para que pueda valorar, en su aspecto diplomático, las consecuencia que produjo en el ámbito internacional la ejecución del Acuerdo De Gasperi-Gruber (capítulo V), que darían lugar a la reclamación de Austria ante la XV Asamblea de la O. N. U. (capítulo VI). Planteada la controversia entre Italia y Austria, y como consecuencia de la resolución votada por la Asamblea General de las Naciones Unidas, se inician las negociaciones italo-austríacas, sin resultado positivo, que originan una nueva intervención de las XVI, XVII y XVIII Asamblea General de las Naciones Unidas (capítulo VII), para concluir (capítulo VIII) ante la controversia no resuelta, en la fecha tope del 30 de marzo de 1965, en que el Gobierno de Viena rechaza la fórmula del Acuerdo De Gasperi-Gruber.

Aspectos todos no bien conocidos y de los que la historia diplomática se ha enriquecido al proporcionarnos, dentro de la máxima objetividad, elementos de juicio básicos para posteriores estudios.—

LUIS MENDIZÁBAL OSES.

PENSAMIENTO POLITICO

JEAN-JACQUES CHEVALIER: *Les grandes oeuvres politiques de Machiavel à non jours*. Armand Colin. París, 1966; 406 págs.

Las obras elegidas y su distribución sistemática es la siguiente:

Al servicio del absolutismo se sitúan los tres grandes clásicos: *El Príncipe*, de Maquiavelo; los *Seis libros sobre la República*, de Bodino, y el *Leviathan*,

de Hobbes, completados con la *Política según la Santa Escritura*, de Bossuet.

Al "asalto" del absolutismo se aprestan el *Segundo tratado sobre el gobierno civil*, de Locke; *El espíritu de las leyes*, de Montesquieu; el *Contrato so-*

cial, de Rousseau, y *Qué es el tercer estado*, de Sieyès.

Los corolarios de la Revolución francesa están representados por las *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, de Burke; los *Discursos a la nación alemana*, de Fichte, y la *Democracia en América*, de Tocqueville.

Socialismo y nacionalismo, a partir de 1848, se concentran sobre el *Manifiesto*, de Marx y Engels; a él se añaden la *Encuesta sobre la Monarquía*, de Maurras; las *Reflexiones sobre la violencia*, de Sorel; *El Estado y la revolución*, de Lenin, y *Mi lucha*, de Hitler.

Si se disculpa la poco explicable ausencia de Augusto Comte y la importancia probablemente excesiva que se concede a Charles Maurras, pocas son las observaciones que hay que hacer a esta lista. Con toda seguridad la incorporación de Hegel hubiera completado el sentido de los dos últimos capítulos aun en su dimensión estrictamente política, especialmente el capítulo final, y no hubiera estado de más alguna referencia a los grandes economistas clásicos, sobre todo a Adam Smith, y a los socialistas «utópicos». Pero con todo y con esto, y un algo vencido hacia el pensamiento francés, el libro es, efectivamente, un buen exponente de, como su título reza, las grandes obras políticas de Maquiavelo a nuestro días.

El análisis que de estas obras se hace, dentro de un tono elevado general, es desigual. Quizá hubiera sido conve-

niente, dentro de la estructura y dimensión del libro, un estudio más a fondo de Hobbes, en donde, aparte de la robustez de la estructura del *Leviathan*, se encuentran muchos de los gérmenes de la filosofía política posterior, tema sobre el que J. J. Chevalier insiste una y otra vez. Las partes dedicadas a Montesquieu y a Tocqueville son, a mi juicio, las más conseguidas, particularmente la relativa al *Espíritu de las leyes*, aunque muy justamente se señale, en cuanto a la *Democracia en América*, cómo lo que se explaya en ella es una doctrina general de las tensiones entre la igualdad y la libertad políticas, un análisis de cómo, yendo más allá de la mera «complacencia en el bienestar, que acaba por ser degradante», pueden ponerse los medios para que la gran revolución democrática e igualitaria sea provechosa para la Humanidad (pág. 243).

Una nota pesimista preside todo el libro, especialmente sus páginas finales; los «mitos liberadores —Clase, Raza, Estado, Nación— no hacen sino aportar aguas nuevas para seguir moviendo el molino del Poder» (pág. 393) y el *Leviathan* «puede acentuar el sarcasmo de su sonrisa» (pág. 399); para develar el futuro político habría que conocer el sentido de la Historia, y no es ni siquiera seguro que la Historia tenga ningún sentido. Ultimamente, no hay utopía a la que se tienda, lo que casi es un consuelo en una era de utopías de signo muy otro de la de Tomás Moro.—
M. ALONSO OLEA.

TEMAS EUROPEOS

ROBERT F. BYRNES (Ed.): *The United States and Eastern Europe*. Prentice-Hall. Englewood Cliffs. Nueva Jersey, 1967; 176 págs.

El volumen recoge siete ensayos complementarios, que aspiran a reducir la «colosal ignorancia» que existe en los

Estados Unidos acerca de la llamada Europa del Este. Pero la brevedad de las aportaciones y la omisión de referencias

bibliográficas nos advierten que el intento es modesto. Además, otra limitación importante es que —si exceptuamos el preámbulo histórico, que se remonta al año 395— los autores se han centrado en la época más inmediata, a partir de la segunda guerra mundial. Sólo con esa restricción puede justificarse el concepto mismo de «Europa del Este», que, según el volumen que nos ocupa, comprende exactamente «Polonia, Alemania oriental, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria, Yugoslavia y Albania», es decir, los países que desde hace veinte años son democracias populares.

Tanto la coherencia histórica como la uniformidad cultural de esa Europa del Este son muy dudosas, como se desprende del artículo preliminar de S. D. Kertesz, «La tierra y los pueblos en la Historia» (págs. 5-27). En primer lugar, la divergencia lingüística es muy considerable. El idioma húngaro no es indoeuropeo, sino fino-ugrio (aglutinante). Y los idiomas indoeuropeos, a su vez, son parte occidentales (el alemán, germánico, y el rumano, románico) y parte orientales. Entre estos últimos hay uno ilírico (albanés), y el resto son eslavos, bien occidentales (polaco y checoslovaco), bien del Sur (esloveno, croata-servio, macedonio y búlgaro).

Por encima de la fragmentación en nacionalidades, salta a la vista la frontera milenaria entre dos civilizaciones: la occidental y la ortodoxa, ligadas en su origen a la Iglesia romana y a Bizancio, respectivamente. A la primera —y con el mismo derecho que los fineses, irlandeses y portugueses— pertenecen alemanes, polacos, checos, eslovacos, húngaros, eslovenos y croatas. En cambio, albaneses, rumanos, búlgaros, macedonios y servios forman parte de la segunda, más o menos igual que los griegos, ucranianos y georgianos. El contraste entre ambas áreas culturales se

manifiesta inequívocamente en la antigua arquitectura —románica, gótica y barroca, en un caso; bizantina, en el otro—, así como en los alfabetos —latino y cirílico, respectivamente—, que llegan a dividirse un mismo idioma: el croata-servio o servo-croata. Por supuesto, el hecho decisivo de mayor envergadura es la religión: católicos con protestantes, a un lado, y ortodoxos con musulmanes, al otro. Y no hay que perder de vista que la religión anima y atestigua nada menos que una larga tradición cultural que abarca casi todos los aspectos de la vida. Con todo, la creciente occidentalización de los ortodoxos —iniciada en el siglo XVII bajo los Imperios otomano y ruso, y proseguida hasta hoy— ha atenuado bastante las diferencias entre las dos mitades de Europa.

De todas maneras, un posible denominador común de la Europa del Este es, hasta cierto punto, el hecho de que los pueblos que la forman han tenido que sufrir —aunque en grados y formas muy dispares— dominaciones extranjeras como la otomana, la alemana y la rusa. Este hecho y su contrario —nos referimos a la lucha encarnizada de cada nacionalidad por construir su propio Estado soberano y promover autónomamente su propia cultura— han dejado una huella muy profunda en los pueblos de la Europa del Este, como subraya R. V. Burks en su ensayo «Fuerzas sociales y cambio cultural» (págs. 81-100).

En el terreno económico, sin embargo, son patentes los desequilibrios. Al lado de países más industrializados y que han tenido verdaderas burguesías —el caso de Polonia, Bohemia y Hungría—, también los hay que han tenido que esforzarse por superar el estadio de una agricultura atrasada —caso de Albania, Bulgaria, Servia, etcétera—. El ensayo «La modernización económica»

(páginas 57-80) nos convence de que ese profundo desfasamiento está lejos de haber sido superado.

Incluso en el campo político, queda fuera de dudas que la cohesión actual del bloque de las democracias populares deja mucho que desear. La Yugoslavia de Tito y su vecina la Albania maoísta son casos singulares y extremos. Lugares intermedios ocupan los países en vías de liberalización —como Checoslovaquia— y aquellos otros —como la Alemania oriental— en que aún se hacen fuertes las oligarquías estalinistas. Los alegatos en favor del policentrismo comunista tienen de hecho una profunda justificación histórica. A. Z. Rubinstein, en «La política y el cambio político» (páginas 29-55), y K. L. London en «La Europa del Este dentro del mundo comunista» (págs. 101-23), nos ayudan a

explicarnos unas discrepancias, de las que nos informa la Prensa cotidiana.

El volumen contiene, además, un artículo de J. C. Campbell («La Europa del Este y la del Oeste», pág. 125-50) y otro del compilador, R. F. Byrnes («Oportunidades y dilemas de los Estados Unidos», págs. 151-68).

Repetimos que, pese al gran interés de los temas expuestos, la estrechez del espacio disponible ha obligado a los autores a condensar drásticamente sus aportaciones, hasta el extremo de esquematizar los planteamientos. El panorama de conjunto es aceptable. Pero opinamos que el lector español no debe contentarse con eso, sino intentar un conocimiento más especial y matizado de los países y problemas que este volumen reúne bajo el rótulo de «la Europa del Este».—LUIS V. ARACIL.

Le droit des sociétés dans ses rapports avec la concentration. Bruselas, 1967; 101 páginas (francés, alemán, italiano, holandés).

La publicación del informe establecido para la Comisión por el profesor Rodière, director del Instituto de Derecho Comparado, de la Universidad de París, sobre el derecho de Sociedades en sus relaciones con la concentración, es lógica consecuencia de la del memorándum relativo al problema de la concentración en el Mercado Común, enfocado bajo sus aspectos generales.

Desde el punto de vista jurídico, la realización de concentración encuentra sucesivamente dos categorías de problemas, cuya solución depende del Derecho de Sociedades: primero, concentración del control; después, concentración de las Empresas. «La concentración del poder económico en manos de determinados hombres o grupos de hombres» debe ocurrir primero en el seno

de la Empresa; es el proceso de la concentración del control, al que el profesor Rodière dedica la primera parte de su informe. En él se puede comprobar que, partiendo de diferentes esquemas de distribución de poderes dentro de la sociedad, la ley, la jurisprudencia y la práctica han elaborado progresivamente, en los diversos Estados de la Comunidad, los procedimientos necesarios para el apoyo y la estabilidad del poder de decisión.

La segunda parte del estudio se refiere a los procedimientos jurídicos de reagrupación de varias Empresas distintas. Las técnicas de esta concentración de Empresas son diversas: pueden ser de orden financiero, contractual o estructural. El informe pone de relieve que de la elección que se haga depen-

derá la eficacia de la concentración y la extensión de sus incidencias respecto a terceros y asociados.

De este modo el estudio del profesor Rodière ofrece un conjunto de informa-

ciones indispensables para profundizar en el fenómeno de la concentración y para toda búsqueda de nuevos medios de acción en este campo.—HENRI MANZANARÈS.

Exposé annuel sur les activités d'orientation professionnelle dans la Communauté.
Bruselas, 1967; 98 págs. (francés, alemán, italiano, holandés).

Esta relación anual ha sido establecida por los servicios de la Comisión de Comunidades Europeas, en colaboración con las Administraciones nacionales interesadas (Ministerios de Educación Nacional y Ministerio de Trabajo o de Asuntos Sociales), según el párrafo cuarto de la recomendación que con fecha 18 de julio de 1966 dirigió la Comisión a los Estados miembros con el fin de desarrollar la orientación profesional.

Este párrafo, destinado a reforzar la colaboración comunitaria en esta materia, prevé que en el marco de información y experiencias se establecerá especialmente y se difundirá cada año una relación de síntesis sobre las actividades de orientación profesional y sobre los progresos y experiencias realizados en

este aspecto durante el año transcurrido.

La síntesis reúne los principales datos que caracterizan la evolución de las actividades de orientación ejercidas, tanto en provecho de los jóvenes como de los adultos, la evolución de las disposiciones legislativas y reglamentarias, la organización, el presupuesto y el personal de los servicios de orientación. Además, contiene indicaciones sobre el perfeccionamiento de los métodos de funcionamiento, los estudios y las investigaciones en curso, así como sobre las perspectivas de evolución de las actividades de orientación.

Esta relación anual, que es la primera de la serie, va a permitir de este modo que se rellene una importante laguna en la documentación disponible hasta el momento.—HENRI MANZANARÈS.

Evolution et tendances des systèmes de sécurité sociale des pays membres des Communautés européennes et de la Grande Bretagne. Bruselas, 1966; 170 páginas (francés, alemán).

A petición de la Alta Autoridad, M. Dupeyroux, profesor de las Facultades de Derecho y Ciencias Económicas, director de estudios de la Escuela Nacional de Administración de Francia, ha redactado un informe sobre «La evolución y tendencias de los sistemas de Seguridad Social de los países miembros de las Comunidades europeas y de Inglaterra».

El profesor Dupeyroux, que sigue las

huellas del llorado profesor Durand, es en Francia, en el plano universitario, un especialista de la Seguridad Social. Sus obras, sobre todo su tratado de Seguridad Social, garantizan la importancia de este estudio de síntesis.

Sin pretender hacer suyas las ideas y los conceptos expresados por el profesor Dupeyroux, la Alta Autoridad ha advertido la importancia de publicar este estudio original que expresa la vo-

luntad de volver a considerar toda la evolución de esos sistemas en el contexto jurídico-sociológico y económico que constituye la razón misma de esta evolución.

El estudio considera en una primera parte el nacimiento de los diversos sistemas de Seguridad Social. Una segunda parte trata de la renovación de los conceptos durante un período de transición señalado por los años de guerra, mientras que la última parte abarca un período enteramente contemporáneo. Co-

mo conclusión, el autor extrae las características y el sentido de esta evolución.

Tanto por la amplitud de los problemas que plantea el rápido desarrollo de la Seguridad Social como por la originalidad de la perspectiva elegida y la preocupación por explicar el fenómeno remontándose a sus causas antes que por describirlo, este estudio de sociología jurídica responderá sin duda alguna al deseo de todos aquellos a quienes interesa el porvenir de esta institución.—
HENRI MANZANARÈS.

Répertoire du Droit des Communautés européennes (1952-1966). Librairies Techniques. París, 1967; 744 págs.

Con un prólogo del profesor Charles Rousseau, de la Facultad de Derecho y Ciencias Económicas de París y director del Instituto de Altos Estudios Internacionales, este libro, dirigido en particular a los especialistas del Derecho comunitario, permitirá conocer fácil y rápidamente lo esencial del Derecho europeo, en todos los sectores del Derecho y la economía interesados por la acción comunitaria. Su autor, encargado de estudios de la Comisión jurídica del Parlamento europeo, estaba especialmente calificado para superar las dificultades que generalmente presenta una obra semejante, que no es ni una árida nomenclatura de palabras ni una enumeración impersonal de disposiciones convencionales y de precedentes de jurisprudencia. Los textos relativos a las disposiciones

comunitarias no están reproducidos *in extenso* —puesto que no se trata aquí de un Código—, sino que son objeto de una exposición comentada, referente, tanto a su disposición como a sus motivos. Cada título está presentado en forma de párrafos, cuya numeración se recoge en un sumario. Se indican también, a la cabeza de cada título, los artículos de los tratados en cuestión, así como la referencia exacta a los *Diarios Oficiales* en los que han sido publicados los textos de aplicación. Cita también los extractos más importantes de la jurisprudencia del Tribunal Supremo de las Comunidades. La consulta de la obra es sencilla y práctica. Finalmente, un cuadro analítico contiene numerosas remisiones a los títulos particulares.—
HENRI MANZANARÈS.

COMISIÓN ECONÓMICA EUROPEA: *Décima relación anual de la Comunidad Económica Europea*. Service de publications de la Communauté. 430 págs.

Con motivo del décimo aniversario de la firma del Tratado de Roma, la Comisión Económica Europea sugiere, junto con la relación general anual, una serie

de orientaciones para el futuro desarrollo de la Comunidad. Estas orientaciones o premisas pueden resumirse en dos principales: la consumación de la unión

económica y la definición de orientaciones de la política comunitaria.

Actualmente la Comunidad Económica Europea es un germen de lo que un día puede llegar a ser (una comunidad económica dentro de una unidad política); pero se sabe, y este informe de la Comisión nos lo demuestra, que mientras no se consigan una serie de objetivos, la C. E. E. no dejará de estar sobre el papel. Estos objetivos económicos, como la libre circulación de personas y mercancías, tienen un fondo político por el que aún no se ha realizado: divergencias en materia de política económica, fronteras fiscales, existencia de monopolios nacionales, legislaciones aduaneras... La C. E. E. es susceptible de perecer mientras lo anterior continúe. Como remedio a largo plazo a esta difícil situación existe algo en proyecto; es la premisa antes enunciada: necesidad de definir las orientaciones de la política comunitaria, que supone la creación de una política económica a término medio, cuyo objetivo será la constante mejora de las condiciones de vida y empleo de las poblaciones de los Estados miembros. Esta política tendría diversas facetas, según las diferentes ramas de la industria y enmarcada toda ella en el denominador común de la política social.

Conscientes del destino que pueda tener la C. E. E., los representantes en la Comisión de los países miembros planearon una serie de perspectivas en los años 1966-67 que este año y los próximos se realizarán, y entre las que destacan: la eliminación de los derechos de Aduanas intracomunitarios y la puesta en marcha de la tarifa aduanera común; la supresión de obstáculos a los intercambios; en política agrícola tomaron tres acuerdos: nuevas organizaciones comunitarias de mercados, puesta en marcha del financiamiento común y fijación de un nivel común de precios, y en

cuanto a relaciones exteriores, la decisión de negociar con la Kennedy Round.

El informe de la Comisión, más que un estudio de la situación de la Comunidad en estos diez años, es una visión de las perspectivas que pueda ir alcanzando la C. E. E. en los próximos años tomando como base la estructura económica del momento presente.

Para que la C. E. E. tenga un valor efectivo mayor cada año, es preciso realizar un estudio coyuntural de los diversos países que la componen, y en base a estos datos, desarrollar una política coyuntural conjunta, e introducir mejoras en los instrumentos que intervengan en las diferentes coyunturas.

Tiene especial interés la coordinación de las políticas financiera y monetaria, y dentro de ellas las presiones que se ejercen en los diversos países para promover la libre circulación de capitales; esto supondría una búsqueda exhaustiva de nuevos centros de inversión y un aumento progresivo de capitalización en los diversos sectores.

Todo el conjunto económico de interrelaciones nacionales e internacionales, necesita de una coordinación por la que trabajan algunos artífices de la C. E. E.; es la conformación de un Derecho europeo común por aproximaciones sucesivas de las diversas legislaciones nacionales.

La actividad de la C. E. E. no se reduce exclusivamente a los países europeos, sino que existen relaciones con Estados africanos y malgaches, encontrándose algunos de ellos, como otros europeos, en calidad de asociados. Pero más que todo esto, más que vayan inscribiéndose países y más países a la C. E. E. con carácter exclusivamente económico, es necesario que los gobernantes de cada uno de ellos comprendan que la C. E. E. es una comunidad económica pero en vías de un desarrollo político.

Existe una serie de instituciones que promueven objetivos económicos conjuntos y, por lo tanto, existe ya una política conjunta.

Para terminar podemos decir que mien-

tras no se consiga unas mínimas seguridades políticas, todo el sistema económico es susceptible de perecer, pues la unión económica no se habrá realizado plenamente.—MARIANO NAVA CALVO.

TEMAS DEL MARXISMO Y COMUNISMO

ROY MAC GREGOR-HASTIE: *Mao Tse-tung*. Editorial Labor. Madrid, 1967; 238 páginas.

Mao Tse-tung es una figura que interesa, por consiguiente, todo cuanto se diga sobre este inquieto y enigmático político no deja de ser importante. Escribir una biografía sobre alguien que existe y que, por lo tanto, puede cambiar de ideología o ser objeto de acontecimientos imprecisos es, claro está, peligroso. No obstante, creemos, es esto, precisamente, uno de los más destacados atractivos del libro que comentamos.

Roy Mac Gregor ha escrito un libro ágil, sobrio y, científicamente, muy bien construido. Ha buscado la «verdad histórica» y, evidentemente, se ha alejado, afortunadamente, de ese estilo periodístico, tan de moda hoy, que da en buscar, por encima de cualquier otro aspecto, la intimidad del gran hombre olvidado, en cambio, que, salvo rarísimas excepciones, no suele ser la intimidad lo que eleva a los hombres al pedestal eterno de la Historia.

El autor ha sido fiel al suceder político de la carrera, quíerese o no, extraordinaria, enhiesta y firme del hombre llamado Mao Tse-tung, sin juzgar el acierto, o el desacierto, de su ideología. Sabido es, por otra parte, que la dificultad mayor con que el biógrafo del gran hombre tropieza no es, como pudiera pensarse, la rigurosidad de la cronología de los hechos de su vida sino, por el contrario, la distinción delicada y sutil en-

tre lo que es latente realidad, anécdota y leyenda. Roy Mac Gregor apenas si al estudiar la infancia y juventud de Mao Tse-tung ha descendido al enjuiciamiento del matiz o del dato pintoresco, lírico o humano, pues, hay tanta gravedad, hermetismo y mudez espiritual en el político chino que, en efecto, toda desviación al campo sentimental queda, al momento, yugulada por la frialdad casi técnica que define cada gesto, cada hecho, cada decisión de este insólito caudillo de nuestro tiempo.

Es importante, desde luego, este libro para el estudioso porque el autor ha tenido el acierto de explicar con todo lujo de detalles los puntos en los que, efectivamente, Mao Tse-tung se ha apoyado para conseguir, como alguien ha dicho, la «conquista de China».

No duda, pues, el autor, en reconocer al enigmático caudillo algo ciertamente importante por su trascendencia y singularidad, a saber: la fe en su pueblo: la fe de extremado nacionalismo que le ha llevado a creer que lo propio, sea cual fuere el campo de referencia, es lo mejor. Mao Tse-tung, independientemente de sus defectos, ha enseñado a su pueblo a no dudar. Gran pena, sin embargo, es que la base central de esa panacea o piedra filosofal consiste, según el propio Mao Tse-tung, en evitar, a cualquier precio, el contacto con los

hombres, el pensamiento o las instituciones occidentales.

He aquí, pues, una biografía sobre Mao Tse-tung documentada, veraz y, sobre todo, prudente. Una biografía que, por supuesto, más que la narración de la vida de un hombre es, sin duda, la historia de una transformación mundial,

cuya importancia es, según el general Chassin, todavía difícil de apreciar, aunque sí puede decirse que, en breve plazo, ha de jugar un eminente papel de dirección en Asia; por consiguiente, queda justificado el interés que este libro despierta en el político, el jurista y, naturalmente, el sociólogo.—J. M. N. DE C.

GEORGE N. PATTERSON: *The unquiet frontier: border tensions in the Sino-Soviet conflict*. International Studies Group. Hong Kong, 1966; 120 págs.

El actual conflicto chino-soviético es un fenómeno muy complejo. Salta a la vista que la discrepancia doctrinal entre «dogmáticos» y «revisionistas» refleja la acusada desigualdad económica entre la China roja y la U. R. S. S., a la vez que da pábulo a la rivalidad internacional de ambas de cara al Tercer Mundo. La querrela territorial es un factor adicional que hay que tener en cuenta. El libro de G. N. Patterson sitúa las tensiones fronterizas chino-soviéticas en una perspectiva geográfica e histórica que las hace inteligibles.

Para empezar, la frontera chino-soviética (de unos 7.200 km.) se cuenta entre las más largas del mundo. Las tensiones que se producen en ella obedecen, sobre todo, al enorme desequilibrio demográfico entre uno y otro lado. Mientras que la extensión de los territorios asiáticos de la U. R. S. S. que vagamente llamamos «Siberia» es mucho mayor (16,5 millones de kilómetros cuadrados) que la de la China roja (9,5); su población (unos 45 millones) resulta irrisoria al lado de la china (647). Esos datos son más convincentes que los argumentos históricos y diplomáticos en que la China roja apoya sus reivindicaciones.

Pero las ideas equivocadas acerca de China dificultan la comprensión del conflicto. Proyectando nuestras propias categorías, los occidentales imaginamos gra-

uitamente que lo que llamamos China es una «nación». Con mejor acuerdo, historiadores como O. Spengler y A. J. Toynbee han considerado que China ha sido en realidad el núcleo de una civilización autónoma que abarca una área todavía más extensa. Los habitantes de la China propia forma el pueblo *han*, cuyo solar fue el gran arco meridional del Hwang Ho. Los *han* forman hoy el 94 por 100 de la población de la China roja, pero entre ellos hay fuertes diferencias regionales. El idioma mayoritario y oficial de la China roja es el septentrional o mandarín (= *kuan-hua*), hablado por 450 millones en una zona que comprende Pekín y se extiende hasta el Yangtsé. En cambio, en el Sudeste —asimilado en época ya histórica— se hablan dialectos muy divergentes: *wu*, *yue* (= cantonés), *min* (oficial en la China nacionalista), *hakka*, etc. Tampoco hay que perder de vista que en períodos sucesivos la China propia ha estado unida y dividida políticamente.

En torno a los *han*, hay un número considerable de pueblos periféricos. Al nordeste, coreanos y japoneses son naciones populosas, cultas y muy caracterizadas. El Norte, en cambio, está habitado por pueblos de lenguas altaicas —tunguses (= manchúe), mongoles (buriatos y kalkhas), uigures, kázhaks, etcétera—, nómadas y bárbaros hasta ha-

ce bien poco, contra los que el Imperio chino levantó en una época la famosa muralla. Aunque inhóspita, esa zona del Norte ha canalizado, por la secular ruta de la seda, diversas corrientes culturales: budismo, cristianismo nestoriano, Islam, etc. Los confines del Sur han sido zona de encuentro de la civilización china con la india, y están habitados por pueblos de lenguas chino-tibetanas y religión budista: tibetanos, birmanos, *niao-tse*, *lolo*, *thai* (Siam), laosianos, *shan*, annamitas (Vietnam), *lai* (Hainan), etc. Finalmente, hacia el Sudeste, y a través del mar, China ha entrado en contacto con el mundo malayo, al que pertenece Formosa.

En sus períodos de unidad y poder, el Imperio chino estableció una *suzeraineté* nominal e intermitente sobre bastantes pueblos periféricos. Pero, a la inversa, el Imperio mismo estuvo mucho tiempo en manos de dominadores —mongoles, en la época de Marco Polo; manchúes, en tiempos aún recientes. Añadamos que la expansión colonial europea, que obligó al Japón a occidentalizarse, no afectó a China de manera profunda. De hecho, la modernización acelerada de este siglo ha sido en buena parte una respuesta a los ataques japoneses (1894-95, 1931-32 y 1937-45).

Patterson pone de relieve que el pleito fronterizo chino-soviético es una herencia de la Historia. Fue la expansión del Imperio ruso hacia el Este —iniciada en 1558 y proseguida hasta Alaska— la que puso en contacto a los rusos con el Imperio chino. A diferencia de la aventura colonial de Occidente, la expansión rusa fue terrestre y siguió una larga ruta (= *track*) hasta el Pacífico, bordeando por el Norte las cordilleras que marcaban el límite de la *suzeraineté* china. En 1656, el Imperio ruso intentó en vano establecer contacto diplomático con el chino. Pero los primeros choques fronterizos (1667-89) dieron

lugar a un Tratado (1689), al que siguió la primera expedición comercial (1693).

Intercambios e incidentes menudearon luego, y ambos Imperios establecieron sucesivos Tratados (1727, 1851, 1858, 1860, 1867, 1879, 1881, 1896 y 1913). Mientras tanto, el Imperio ruso fue consolidando su dominio sobre el Norte de Asia, donde estableció colonias y explotaciones. El ferrocarril transiberiano (1891-1904) fue la culminación de ese proceso. Pero la expansión rusa tropezó entonces con un serio rival: el Japón. Manchuria fue escenario de una guerra (1904-05), poco después de la cual el Imperio japonés se anexionó Corea (1910).

En seguida, la caída de la dinastía manchú, la guerra europea y la revolución rusa crearon un período de confusión en las fronteras (1911-23), y volvió a intervenir el Japón. La parte «exterior» de Mongolia escapó entonces al poder chino para convertirse en el primer satélite de la Unión Soviética (1925).

Los años posteriores fueron los del ascenso del poder japonés, que dominó Manchuria (desde 1931) y ocupó buena parte de China (1937-45). Al acabar la guerra, la U. R. S. S. había ocupado Manchuria y extendido su influencia al Sinkiang (= Turkestán oriental). China hubo de reconocer entonces la independencia de la Mongolia Exterior (1945). Después, la revolución maoísta (1946-49) aumentó el caos en las fronteras y dio pie a una mayor penetración soviética. Con todo, el nuevo poder chino se cuidó mucho de plantear por el momento reivindicaciones agresivas, y prefirió arreglar lenta y pacíficamente sus diferencias territoriales con la U. R. S. S.

La pugna chino-soviética subsiguiente a la muerte de Stalin (1953) alcanzó el punto crítico en 1963. Se reiteraron los choques fronterizos, acompañados de reivindicaciones territoriales chinas cada vez más audaces. La tensión fronteriza

se ha agravado todavía en los últimos años.

Verbalmente al menos, los actuales gobernantes maoístas reclaman todos los dominios periféricos del Imperio chino bajo la dinastía manchú, incluyendo Formosa, Corea, toda la península indochina, la vertiente meridional del Himalaya, etc. Según eso, las agresiones chinas en algunos sectores —por ejemplo, contra la India, al sur del Himalaya— formarían parte de un plan más ambicioso. De todas formas, no cabe duda de que la presión demográfica es más poderosa que los argumentos retrospectivos. Hay que advertir que por lo que se refiere a la U. R. S. S., las reivindicaciones chinas apuntan a la isla de Sakhalin, la Manchuria soviética, la Mongolia Exterior y una extensa zona del Turkestan occidental (= Asia central).

Patterson da informaciones de interés acerca de las nacionalidades que habitan los confines chino-soviéticos. La política china y la rusa para con esos pueblos es una parte del conflicto fronterizo. En términos generales, la U. R. S. S. ha respetado y modernizado las culturas de

las nacionalidades del Norte y centro de Asia y les reconoce una discreta autonomía política. El poder chino, en cambio, es rigurosamente centralista e intenta diluir las minorías periféricas —que sólo suman 35,5 millones— mediante una descarada invasión demográfica. En Sinkiang y en la Mongolia Interior —por no hablar de Manchuria—, el número de habitantes *han* es ya mucho mayor que el de nativos. Lógicamente, el comportamiento más respetuoso de la Unión Soviética le gana simpatías entre los pueblos dominados por China. Y la tensión es tanto más aguda cuanto que muchas de esas nacionalidades se encuentran partidas por la frontera.

El conflicto fronterizo chino-soviético tiene, además, una importante dimensión estratégica. No debe olvidarse que hasta ahora la U. R. S. S. ha llevado a cabo sus experiencias nucleares en Siberia y en Asia central. Pues bien; la China roja los viene realizando (desde octubre de 1964) en Sinkiang.

El libro de Patterson incluye nueve mapas, y cada capítulo va acompañado de notas bibliográficas.—LUIS V. ARACIL.

HENRI CHAMBRE: *Union Soviétique et Développement Economique*. Préface de François PERROUX. Collection «Recherches Economiques et Sociales». Editions Aubier-Montaigne. París, 1967; 430 págs.

Con numerosas notas a pie de página, cuadros estadísticos, mapas y cuadros sinópticos, este valioso libro de Henri Chambre, ingeniero de Minas, miembro del Centro de Investigaciones y de Acciones Sociales, director de Estudios de la Escuela Práctica de Altos Estudios, director de Investigaciones en el Instituto de Ciencias Económicas Aplicadas, etcétera, sobre un tema tan fascinante como el desarrollo económico en la Unión Soviética, ha colmado todas las esperanzas que se tenían sobre él.

La enorme experiencia que sobre el

tema tiene el autor, que ha consagrado muchos y diversos estudios a la economía soviética en colaboraciones de revistas tan prestigiosas como *Project, Economie Appliquée, Etudes, Esprit, Economie et Humanisme, Revue Française de Science Politique, Soviet Studies, Slavic Review*, etc., se refleja en este enjundioso libro, completísimo en todos los diversos temas que en relación con el desarrollo económico del mundo soviético plantea.

Perfila el libro dos series de problemas; los que conciernen al desarrollo

económico de la U. R. S. S. y los que conciernen a las concepciones y métodos adoptados por la Unión Soviética en materia de desarrollo para los países del Tercer Mundo.

La primera de las tres partes en que se divide el texto trata de una manera exhaustiva del desarrollo económico de la U. R. S. S., de las bases de su desarrollo, de la dirección de los bloques económicos que forman y sus efectos (el crecimiento de la producción industrial, los bloques económicos y la formación de capitales); los polos de crecimiento, tomando como base los diques famosos de Kuznetsk; los planes de desarrollo y su aplicación al comercio (formación de los planes y de los especialistas y comercio interior y exterior); la dinámica del encuadramiento económico (acumulación y factores ideológicos, sistema político y encuadramiento; el pueblo y el crecimiento económico); los frenazos en el crecimiento (estructurales, institucionales y sobre todo el frenazo permanente: la agricultura), etc. Todos estos temas están expuestos con claridad, aun teniendo en cuenta su profundidad.

La segunda parte gira alrededor de «El Kazakhstán: ¿tercer mundo soviético?», donde analiza minuciosamente esta gran zona soviética, su industria, su agricultura, sus polos de crecimiento (sobre todo la región de Alma-Ata y la provincia de Karaganda), la formación de una economía «integrada», demografía y empleo; instituciones y servicios; pro-

gresos técnicos, etc., con perfecto conocimiento del tema.

Finalmente, la tercera parte, «La Unión Soviética y los países en vías de crecimiento», donde el autor explica los métodos puestos en órbita por la Unión Soviética para asegurar su propio desenvolvimiento económico.

Están pensados para los países socialistas de la Europa oriental y aun para la misma China Popular, ampliándolos a los países del Tercer Mundo. Explica las ayudas de tipo comercial desinteresadas, la cooperación científica y técnica, etc., teniendo en cuenta que el mundo tiende a unificarse. Igualmente se plantea los enfrentamientos políticos, sociales, económicos, y sobre todo los enfrentamientos de las diversas civilizaciones.

La obra lleva un magnífico prólogo de François Perroux, profesor en el Collège de France y director de I. S. E. A., donde hace un elogio de la labor de Henri Chambre, pues dice que Chambre es un ingeniero que sabe Historia y al mismo tiempo comprende perfectamente la Economía. Este libro es extraordinario —sigue diciendo— porque hace en él tres cosas fundamentales: Historia razonada, interpretaciones generales correctísimas y análisis económicos perfectos. Y lleva razón el prologuista.

Un gran éxito de la Colección «Investigaciones económicas y sociales».—TOMÁS ZAMORA.

ROGER GARAUDY: *Karl Marx: The Evolution of his Thought*. International Publishers. Nueva York, 1967; 223 págs.

La edición norteamericana ha seguido rápidamente al original francés (1964, de cuya edición se hizo un comentario en el número 137 de esta REVISTA) del estudio y libro de propaganda de Roger

Garaudy. Sobre la progenie francesa del libro, por lo demás, no cabría duda alguna, aunque no se hiciera constar por los editores; en la primera página del libro se nos dice que la juventud de

Marx «llevó la estampa épica de la Revolución francesa», que su padre fue «un verdadero francés del siglo XVIII, que el director del Instituto en que cursó sus estudios «pertenecía a un grupo de kantianos inspirados por el concepto de libertad francesa», y hasta que su suegro le inculcó el amor «no sólo por Shakespeare y Homero, sino también por Saint-Simon» (de la pág. 15 todas las citas precedentes).

Este nacionalismo, sin embargo, no llega tan lejos como para alcanzar a la defensa o a la disculpa de Proudhon, respecto del cual se dice que su *Teoría de la propiedad* es es realidad «una eulogía de la propiedad en su forma burguesa», que sus frases revolucionarias «enmascaran un espíritu de conciliación con el poder», que «las contradicciones se multiplican en sus obras», que tenía una «manía moralizadora» y que, en el fondo, no era sino un «pequeño burgués reformista» (todas las citas de la página 174).

Por lo demás, como es sabido, el libro quiere ser un rejuvenecimiento del marxismo cuando éste se siente liberado a sí propio, se nos dice, «del período

durante el cual Stalin dio a la economía un papel puramente pragmático o apolo-gético y durante el cual estaba enervado por el dogmatismo y la ideología de justificación» (pág. 166); cuando el propio Stalin quiso someter «el desarrollo de la Historia a una especie de necesidad externa [en] un vano intento de forzar a toda costa que [la realidad] se adecuara al concepto» (pág. 72); pasada ya la era «del culto a la personalidad, burocracia, esclerosis dogmática del pensamiento y aislamiento intelectual que en el plano ideológico, durante la época dominada por la personalidad de Stalin... llevó a una regresión hacia formas pre-marxistas de materialismo, a concepciones especulativas de la dialéctica y a una concepción mecanicista de las relaciones entre la base y la superestructura, y a la ruptura con la práctica viva de las ciencias y de las artes» (página 202).

La edición que se comenta es buena, aunque está perjudicada por la existencia de más de una errata, cosa realmente extraña en las normalmente cuidadas ediciones norteamericanas.—M. ALONSO OLEA.

G. PISMENNY (Ed.): *Problèmes soviétiques* 14. Institut d'Etudes sur l'U. R. S. S. Munich, 1967; 95 págs.

H. SCHULZ (Red. en jefe): *Sowjetstudien* 23. Institut zur Erforschung der UdSSR. Munich, 1967; 128 págs.

Han pasado los primeros cincuenta años desde la creación del Estado soviético y de su régimen; sin embargo, no han desaparecido las crónicas contradicciones que dieron origen a su nacimiento y que constituyen hasta ahora su razón de ser. Porque hay una contradicción fundamental, según parece, insalvable, que es la existente entre la teoría y la práctica. En todo caso, la última palabra corresponde a los propios soviéti-

cos. Sólo que dudamos que puedan aportar algo nuevo a lo ya conocido en líneas generales, incluso entre los círculos menos interesados en soviología. Los detalles pueden variar de un soviólogo a otro, pero hábilmente manejados y tergiversados por los Soviets. Intentando salir de la contradicción fundamental entre teoría y práctica, los Soviets recurren a medios propagandísticos para presentar su régimen en términos

que siempre pueden encontrar adeptos entre idealistas, sentimentales y las masas en formación, que no han tenido aún tiempo para confrontar los hechos. Y ya son muchos, precisamente, los que ofrecen la realidad soviética a lo largo de estos últimos cincuenta años.

En las dos publicaciones se abordan problemas relacionados con esa realidad soviética. Una vez se trata de cuestiones político-internas, económicas, científicas o culturales, otra vez de la política exterior en general y de las relaciones conflictivas con Pekín en particular. Cabe destacar los siguientes trabajos: «Utopía y realidad en cuanto a la realización del Programa del PCUS de 1919», de A. Avtorkhanov; «Cuestiones económicas, enfermedad crónica para los Soviets; diferentes aspectos históricos», de K. A. Krylov y P. Urban, respectivamente; «Comercio internacional entre Oeste y Este», de Th. D. Zotschew; «La revolución cultural china», de B. Litvinoff; «La Unión Soviética y el mundo árabe», de S. Tekinère, o «La bomba atómica de Mao y la postura soviética», de H. F. Achminow.

Efectivamente, existe una enorme diferencia entre las promesas de hace cin-

cuenta años y la realidad soviética de hoy. No es una casualidad que los yugoslavos, los rumanos y últimamente los eslovacos de Dubchek en Praga busquen nuevos caminos de desarrollo para salvar el abismo entre utopía y realidad. Los magiares no han definido todavía con exactitud su camino socialista, aunque sí han conseguido notables mejoras desde los trágicos acontecimientos de 1956. En cambio, y por el momento, los polacos, parece como si se resignasen ya por completo ante la fuerza exterior soviética. A pesar de ello es imposible hablar de un abismo en el régimen soviético, según pretenden probar algunos «soviétólogos» occidentales, pero tampoco es tan humano como apareciera a primera vista, no obstante los cambios en algunos sectores de la vida soviética. Como realidad, el régimen soviético tiene como el principal enemigo a sí mismo. No tienen gran fuerza los *slogans* lanzados sistemáticamente por los propagandistas del Kremlin de que el peligro para la Unión Soviética procede desde el exterior. Porque éste se encuentra dentro, debido a su propia naturaleza.—S. GLEJ-DURA.

TEMAS DEL MUNDO HISPANICO

CHARLES WAGLEY: *The Latin American tradition*. Columbia University Press. Nueva York y Londres, 1968; 242 págs.

Los siete ensayos de que consta el volumen enfocan la cultura latinoamericana (1), destacando en ella «la perduración de pautas tradicionales de pensamiento y de conducta, y su resistencia al cam-

bio de la base socioeconómica». El esbozo histórico desemboca así en los problemas actuales. Y el punto de vista del autor es el de un antropólogo angloamericano, aunque Wagley tiene motivos para confiar que su exposición descubrirá, quizá, «un panorama que a menudo escapa a los propios latinoamericanos».

Como la cultura latinoamericana es muy compleja, el autor busca su clave en lo

(1) No hemos podido traducir *Latin America* por «Iberoamérica», ya que el autor se sirve de este último término para designar especialmente la zona del Plata.

que R. Linton llamó «pautas ideales» (=ideal patterns). En el sentido en que éstas son un *ethos* o estilo, se parecen a las *patterns of culture* (R. Benedict) y, todavía más, a las *Bildungen* o experiencias paradigmáticas (K. Mannheim). Aún no «existiendo» realmente en ninguna parte, las pautas en cuestión son modelos que presionan sobre el comportamiento y lo constriñen. Por eso hubiera sido acaso más exacto hablar de orientaciones o referencias. Las personas no llegan quizá a «realizar» los valores implícitos en ellas, pero tratan de estar a su altura (=to live up to them).

Sea como fuere, la comprensión de una cultura se simplifica mucho si consideramos las pautas ideales como el foco en que convergen una serie de relaciones y de situaciones importantes. Por otra parte, las pautas ideales no son por anticuadas (=honoured in the breach) menos eficaces. La familia, la Iglesia y las relaciones entre las clases las refuerzan casi constantemente. Son tradición en la medida en que, a través de ellas, el pasado condiciona el presente.

Abundando en su tesis, Wagley trata de explicar en función de las pautas ideales una serie de características de la cultura latinoamericana que contrastan vivamente con la angloamericana. Por ejemplo: 1. La lealtad personal, incluyendo el familismo, el compadrazgo y la estructura de amistad (=patronage networks). 2. La ansiedad por el prestigio, abarcando la etiqueta, la susceptibilidad (=puntillo) y los rasgos de generosidad y hospitalidad de carácter emuladorio —en el sentido en que P. Bourdieu ha hablado de una «ética del honor»—. 3. El llamado *double standard* (=duplicidad o dimorfismo moral), que supone la sumisión e idealización de la mujer y el «machismo». 4. Una religiosidad extrovertida y colectiva.

No cabe duda de que todo ello se explica fácilmente por el hecho de que la

cultura latinoamericana es un trasplante de la llamada «cultura barroca». De ahí precisamente su violento contraste con la cultura angloamericana, que procede de la «ética protestante». Ahora bien: mientras que esta última ha sido objeto de estudios ya clásicos (W. Sombart, M. Weber y R. H. Tawney), la cultura barroca permanece aún casi inexplorada. Por eso lamentamos que Wagley no haya ni siquiera aludido a las aportaciones, sugestivas y dispares, de autores como C. Dawson y P. Vilar.

Entre la cultura barroca y la decadencia española hay una conexión muy estrecha. Ello nos da ocasión para advertir que Wagley hace en realidad muy pocas referencias a la historia y cultura españolas. Es el lector quien ha de descubrir por su cuenta qué pautas presentadas como «latinoamericanas» le resultan a él familiares. Tal ocurre, por no ir más lejos, con lo que S. Greenfield, a propósito de la sociedad brasileña, ha llamado *patronage networks*, y que no se distingue de la «estructura de la amistad» estudiada por J. A. Pitt-Rivers en *The people of Sierra*. Wagley no parece haber tenido en cuenta las semejanzas más palmarias entre la cultura latinoamericana y la peninsular. A nuestro modo de ver, ésta es la deficiencia menos justificable de su obra.

Eso sí: el autor aclara que las pautas ideales proceden en última instancia de un tipo singular de hidalgo-colonizador, profundamente distinto de los *Pilgrim Fathers*, y que ha sido el núcleo inicial de la clase superior (=landed gentry) latinoamericana. Wagley pone también de relieve que esa *landed gentry* logró, con la ayuda de la Iglesia, inculcar profundamente, y en muy poco tiempo, sus propios ideales a las clases inferiores, nativas o negras. Por otra parte, la cultura latinoamericana se ha caracterizado por un «racismo social», más bien que «biológico».

Las diferentes formas de colonización se reflejan aún en las tres zonas culturales en que el autor divide el gran bloque latinoamericano, a saber: 1. Afroamérica o América de las plantaciones, análoga al *Deep South* de los Estados Unidos, y que comprende las Antillas, Venezuela y Brasil. 2. Indoamérica o América mestiza, que se extiende por la zona montañosa, desde el oeste de los Estados Unidos hasta parte de Chile. 3. Iberoamérica, casi íntegramente europea, en la cuenca del Plata.

De todas formas, son enormes las transformaciones que el mundo latinoamericano ha sufrido últimamente. Por una parte, se ha formado una clase superior cosmopolita (= *cosmopolitan upper class*), profundamente distinta de la vieja *landed gentry*. Por otro lado, han aparecido correlativamente clases medias, sobre todo en Argentina, Uruguay, Chile y Costa Rica. Wagley concede mucha importancia a los problemas de este estrato social al que dedica el capítulo final de su libro.

Del análisis de Wagley se colige que las clases medias latinoamericanas experimentan con una intensidad inusitada lo que N. Wiley ha llamado reciente-

mente «inconsistencia de clase» (= *class inconsistencies*), y de ahí su actitud ambivalente ante una serie de puntos capitales. Por ejemplo: estas clases medias son tradicionalistas, pero urgen la modernización; aunque reclaman la igualdad de oportunidades, son celosas de sus actuales ventajas, y propugnan alternativamente el liberalismo y el intervencionismo. El autor nos convence de que más allá de esas contradicciones, existe nada menos que el dilema histórico global de Latinoamérica.

Recomendamos vivamente este libro no sólo por la agilidad de su estilo y la agudeza de sus observaciones, sino porque proporciona un buen telón de fondo para entender la historia, la cultura y la política latinoamericanas. Estamos seguros, además, de que el lector español encontrará abundantes puntos de reflexión.

La bibliografía contiene 142 títulos, casi exclusivamente antropológicos y sociológicos. En cambio, se echan de menos los numerosos testimonios literarios de que Wagley pudo haberse servido para dar mayor vivacidad a su exposición. El índice alfabético es bastante detallado.

LUIS V. ARACIL.

CITTOCAR ROSARIOS: *América latina, veinte Repúblicas, una nación*. Editorial Emecé. Buenos Aires, 1966; 278 págs.

«El diagnóstico de una existencia humana —de un hombre, de un pueblo, de una época— tiene que comenzar filiando el sistema de sus convicciones y, para ello, antes que nada, fijando su creencia fundamental, la decisiva, la que porta y vivifica todas las demás.» Una vez más, las palabras de Ortega y Gasset han desvelado parte del enigma que, en efecto, envuelve la vida de un pueblo: América latina.

El tema de nuestro tiempo es, den-

tro del horizonte ideológico de los países del Mediterráneo, el suceder político-sociológico de América latina, sin embargo, dogmáticamente nos atreveríamos a afirmar que, evidentemente, no conocemos con precisión, formal y verazmente lo que, en el fondo, es América latina, cabe, pues, preguntarse: ¿Un inmenso programa político? ¿Un problema socioeconómico? ¿Un laboratorio de experiencias humanas? Todo y nada puede ser América latina, pero, en especial, un pue-

blo constituido por hombres y, por supuesto, de hombres que tienen un alto sentido del honor, de la política, de lo económico o, simplemente, de la dignidad humana, más, al mismo tiempo, de hombres que franquean y violan con inconsciente complacencia las barreras de lo noble y adrede dan el salto vengativo y cruel del tigre en aras de su miedo personal.

Ottocar Rosarios nos habla en su apasionado y escéptico libro de la anhelada unidad de América latina, es decir, del viejo y nunca abandonado sueño de la doble integración: política y económica. Y, efectivamente, según el autor, *la unidad es posible porque es necesaria*. Y es necesaria, puntualiza, en un grado que debe llevar a superar todo obstáculo. Las naciones latinoamericanas carecen aún de una proyección mundial que las distinga. No pesan en el mundo porque todavía no actúan como un solo país.

Naturalmente, no puede eludir el autor el estudio de algunas —tal vez demasiadas— cuestiones que comienzan a transformarse en tópicos, por caso, *el problema agrario, el cambio de ideales políticos, la superación del comunismo* y, por supuesto, el tema de *los partidos políticos*. Por otra parte, el cambio político económico que el autor desea para los pueblos integrantes de América latina ha de realizarse de manera pacífica, pues, confiesa Ottocar Rosarios, «no soy, ni he sido, belicista: creo profundamente en la paz, tengo la certeza de que la convivencia en que pacíficamente se están confrontando los grandes sistemas eco-

nómico-políticos del mundo es la única posibilidad de sobrevivencia de esta Humanidad que ha alcanzado a utilizar la más formidable fuente de poder energético como arma eventual de guerra».

El libro de Ottocar Rosarios rompe con la vulgaridad y la monotonía que acusan una parte muy considerable de los trabajos dedicados al palpitante problema de América latina. Inquietud, originalidad y profundidad son, a nuestra manera de ver, las tres cualidades elementales de estas páginas en las que, de cuando en cuando, deja escapar el autor suspiros de auténtico y delicioso lirismo. Libro, evidentemente, de indisimulada amargura, pero, a la vez, quíerese o no, de esperanza: «El tiempo —escribe Ottocar Rosarios— ya está maduro. Quizá hace ochenta o cincuenta años era prematuro. Todavía era América latina el continente de la esperanza. La historia de cualquiera de nuestros países registra una amplia gama de regímenes políticos, de orientaciones económicas, en una permanente inestabilidad. Han buscado incansablemente, dramáticamente, una salida para su dolor. La han buscado en dictadores, en regímenes nominal o formalmente democráticos, en oligarquías, en demagogías, en el comunismo, en el mesianismo... Han golpeado muchas puertas pero no la que llevaba a la salida: la de la unidad.»

A pesar de la amargura, el desencanto y la desilusión que el autor vierte en estas páginas, creemos, queremos creer, que América latina, sin duda, es el continente de la esperanza.—J. M. N. DE C.

HISTORIA

ANTONIO LÓPEZ FERREIRO: *Galicia en el último tercio del siglo XV*. Editorial Compostela, Vigo, 1968; 294 págs. Tercera edición, corregida y presentada por Ramón FERNÁNDEZ POUSA.

Vuelve a salir este libro, que apareció por primera vez en 1883 y que ha resultado de enorme importancia para el estudio de la historia de Galicia. Próximo al siglo, no ha caído todavía en desuso. Su autor fue un canónigo de la catedral de Santiago, un hombre dotado de una curiosidad casi universal «bo gallego, bo sacerdote, bo historiador», como dice una lápida colocada en la casa donde nació, frente a la Universidad de Santiago.

Como a todos los libros de su género, hay que enjuiciar este colocándonos en la mentalidad y circunstancias de la época en que fue concebido y editado por primera vez. Por supuesto, no es un libro de Historia moderno, pero una visión de Galicia a fines del siglo XV bastante completa puede inducirse de la multitud de hechos concretos que pueblan el libro, a veces con excesiva prolijidad. Tiene veintinueve capítulos, uno de ellos titulado —no faltaría más— «Gallegos ilustres fuera de Galicia en este período».

Se dedican bastantes capítulos a describir la descomposición de la sociedad en Galicia hasta los Reyes Católicos y la política que estos siguieron. Son bastante conocidas las luchas fraticidas de los señores gallegos, que se prolongaban desde tiempo atrás, dando lugar a un profundo desbarajuste en el que se arruinaban la industria, el comercio y la agricultura, en medio de un completo desconocimiento hacia el poder público y el derecho ajeno. Hasta Galicia llegaba solamente una sombra del poder central,

que detentaba al principio de esta época Enrique IV. «Lo más singular del caso es que, mientras la nación así se destrozaba y moría, el Rey cazaba. Ninguna intimación, ninguna advertencia, ni aún siquiera el más ligero indicio de desaprobación y disgusto partió del Soberano para llamar a los revoltosos al orden; a no ser que tales quieran reputarse los títulos de nobleza expedidos en favor de los principales señores de Galicia.» Estos, plenos de energía no reprimida, «por cualquier lance insignificante ponían en conmoción y en armas todo el país». Aunque lamentable, esta situación era en parte lógica, como advierte el autor de la obra, porque nadie se preocupaba de encauzar su vigor tempestuoso. Dirá luego Zurita en los *Anales de la Corona de Aragón*: «Todas las gentes de aquella nación era unos contra otros muy arriscados y guerreros». Esta situación en la que la paz era excepcional produjo hechos como el destierro del arzobispo de Santiago, don Alonso de Fonseca Acevedo. Estaba en la villa de Noya, hacia la primera mitad del año 1465, cuando Bernald Yáñez de Moscoso «prendido por la barba... y tomole cuanto él tenía», atestigua Vasco da Ponte en su obra, fuente fundamental de este libro, *Recuento de las Casas antiguas del Reyno de Galicia*. Después, con el concurso de otros nobles, le fue impuesto el destierro. Era la época de mayor violencia.

Las cosas llegaban a ese grado cuando se produjo la sublevación de los hermandinos. Con móviles justos y sobrados motivos, «surgió en los débiles y opri-

midos la idea de buscar en la unión, como ya en otras ocasiones, el apoyo y la defensa que no podían obtener con solas sus fuerzas». Así nacieron pronto, en toda Galicia, las Hermandades. En principio, las integraban pecheros y burgueses, aliados con algunos señores y eclesiásticos, pero muy pronto ciertos nobles astutos se pusieron al frente del movimiento y lo dirigieron contra sus enemigos personales. Fueron destruidas gran número de fortalezas, pero, primero en la zona occidental y después en la comarca del Este, las Hermandades fueron desbaratadas y deshechas. El conde de Lemos, que las derrotó en Ponferrada, grabó en su escudo un pie apagando una tea.

No se había remediado nada, y al comenzar a reinar Fernando e Isabel, una vez asegurado el Trono, convocaron Cortes en Madrigal en 1476, en las que se legisló con vistas a reorganizar de modo estable (ya habían existido Hermandades en tiempos de Juan II y Enrique IV), una Santa Hermandad, permanente, cuyo fin —señala López Ferreiro citando a Modesto Lafuente— era «Perseguir y prender por los caminos a los malhechores y salteadores». Ante ella no había fueros ni exenciones territoriales, sus procedimientos eran sumarios y ejecutivos, con penas graves y rigurosas. «Con la Santa Hermandad —opina el autor— nacía el germen de la verdadera organización militar permanente.» Por lo disminuido de la población no llegó a tener en Galicia la importancia que en el resto de la nación.

Pero los Reyes Católicos fueron más allá de esa medida. «Con el restablecimiento de la Hermandad atendieron los Reyes a reprimir los malos hechos de los pequeños, con la institución de la justicia atendieron a contener los excesos de los grandes.» Fueron enviadas dos personas competentes e íntegras, Fernando de Acuña como gobernador y

virrey, y el licenciado Garci López de Chinchilla como corregidor. Indica algo el hecho de que llevaban una escolta de trescientos jinetes escogidos, mandados por el famoso guerrillero Luis Mudarra. Acuña y Chinchilla convocan Cortes en Galicia, en Santiago, hacia finales de 1480. Los diálogos entre ellos y los procuradores gallegos reflejaron con gran claridad lo calamitoso de la situación. La *Crónica de los Reyes Católicos*, de Hernando del Pulgar, cuenta cómo algunos procuradores «dubdaban de los recibir, porque no creían tener fuerzas la justicia contra los tiranos, que de tan antiguos tiempos estaban habituados a robar e tiranizar. De lo cual era la costumbre tan antigua, que los robadores adquirían ya derecho a los robos e los llevaban cada año de los pueblos; e los robados tanto tenían ya en uso de sufrir aquellos robos, que los consentían como cosa debida...» En otro lugar, añade motivos del temor de los procuradores: «Si todos los malfechores e tiranos se juntasen... eran muchos más sin comparación que la gente de armas que aquel don Fernando llevaba. E algunos que creían ser cosa imposible poner en justicia aquella provincia, respondieron: "que así como traían poder del Rey de la tierra, les era menester traer poder del Rey del Cielo para punir tantos tiranos e malfechores como en aquel Reyno había".»

Los enviados de los Reyes Católicos, con amplios poderes, comenzaron a hacer una justicia insobornable, atrevida y tan terrorífica que, según Pulgar, «en tres meses se absentaron de la tierra más de mil e quinientos ladrones e omicidas», y al cabo de cierto tiempo, «los moradores de aquella tierra, que no pensaban haber justicia ni libertad, como redimidos de largo cautiverio, daban gracias a Dios por la gran seguridad de que gozaban». Muchas mercedes fueron revocadas y se prohibió levantar nuevas for-

tales. Pronto empezó a actuar la Audiencia, con sede en Santiago, pero trasladándose continuamente a donde su presencia fuese requerida. Aunque eficaces, estas medidas no fueron suficientes y, en un rápido viaje, Fernando e Isabel llegan a Santiago a fines de octubre de 1486. En Galicia, dice la citada *Crónica*, todavía «remediaron grandes querellas e fuerzas fechas de mayores a menores... E como fueron informados de todas estas cosas, mandaron luego derribar fasta veinte fortalezas (y al menos cuarenta y seis lo habían sido antes), de las cuales fueron informados que se habían fecho algunas fuerzas e robos... E mandaron facer justicia de algunos malfechores; e quitaron las fuerzas e opresiones e tiranías que fallaron fechas de largos tiempos...» López Ferreiro dice: «Otras pruebas habían dado los Reyes Católicos de la paternal solicitud con que miraban a Galicia.» Y al viaje lo califica como «acto político de gran trascendencia... Por sus propios ojos pudieron reconocer los Reyes Católicos el estado miserable en que se hallaba el país.» Se reafirmó el sentimiento monárquico (no es que hubiera uno contrario) y las personas comenzaron a sentirse más seguras y a usar de sus derechos. En mucho por la novedad del hecho, la acogida del pueblo a los Monarcas fue «de vasallos súbditos y leales». Los nobles vacilaron antes de presentarse a los Reyes, pero al fin lo hicieron. Estos los perdonaron, alejando a muchos de Galicia como medida de seguridad. De este modo la vida fue normalizándose. Sorprende la facilidad con que los nobles se sometieron. López Ferreiro lo atribuye a una acción casi directa de la Providencia, en la que Fernando e Isabel serían los instrumentos.

En lo religioso, el estado de Galicia era el de corrupción de las costumbres, relajación de la disciplina eclesiástica y amortiguación de las creencias. Natural-

mente, no era exclusivo de esa región, pero en ella se manifestaba la crisis general con una intensidad grande. Tres eran los defectos principales del Clero: ignorancia, aseglaramiento e incontinencia. Las órdenes religiosas que mejor se hallaban eran los Mendicantes y el Císter. Como muestra, en la escritura de fundación del convento de San Pelayo, de Santiago, está la impresión producida al visitador de los benedictinos para Galicia, fray Rodrigo de Valencia, por monasterios de su Orden: «Por ser solitarias e pequeñas congregaciones, e por estar en encomienda e administradas de personas prophanas e no religiosas, no solamente no se aver cumplido lo que a servicio de nuestro Señor toca, y de su Santa Iglesia... más aun averse cometido e perpetrado grandes e abominables ofensas e blasfemias de Dios e de su bendita Madre, nuestra Señora...» Algo parecido se desprende del acta de la visita que en 1491 el abad de Claraval hizo por comisión del Papa al monasterio de Sobrado, con idéntica misión disciplinaria y de reforma. Tiene treinta y cinco disposiciones; es muy interesante por las penas que establece y los defectos que trata de corregir. Refleja una situación de gran relajamiento; lo mismo que la bula de Inocencio VIII, «*Guanta in Dei Ecclesia*», en la que, por ejemplo —va dirigida a los monasterios gallegos—, el Pontífice afirma que «en muchos conventos ha cesado del todo el culto divino». En las Cortes de Madrigal, 1480, los Reyes Católicos establecieron «la pugnición de las mancebas de los clérigos e frailes e casados». Tomaron algunas medidas más ellos mismos y solicitaron de los Papas otras, a través de sus embajadores, el conde de Tendido y don Diego López de Haro después. Inocencio VIII emanó también, destinada a los monasterios de Galicia, la «*Meditatio cordis nostri*». De Alejandro VI hay también varias bulas con el mismo fin, como la «*In apostoli-*

cae dignitatis speculo» (1493), que confirma las disposiciones de la incumplida «Meditatio cordis nostri». Queda probada la influencia de aquellos Monarcas españoles antes los Papas, su celo por Galicia y también su propósito de llevar a cabo una verdadera reforma completa. Pero ésta no tendría lugar hasta Trento, porque los resultados no fueron del todo satisfactorios.

Fernando e Isabel dieron a Galicia lo que a toda España, la paz y la justicia, y lo que éstas traen por añadidura. Así, uno de los resultados de la implantación de la justicia fue el terminar, en parte, con las vergonzantes relaciones de vasallaje y dependencia, al no necesitar los individuos otra protección que la del Derecho. Gracias también a la pacificación, pudieron ser reorganizados los concejos municipales, a los que los Reyes dieron un vigor renovado, y que venían desempeñando un pobrísimo papel en la vida pública. No hay que decir que económicamente los efectos fueron también benéficos.

Los capítulos restantes los dedica López Ferreiro a la economía, la cultura y el arte en Galicia. La ganadería, la agricultura y la industria, por efecto de las pasadas guerras, se hallaban en gran decadencia, por lo que hubo unos movi-

mientos migratorios a Andalucía y Extremadura. América, en principio, pasó casi inadvertida en Galicia. La pesca se hallaba en un período de abundancia.

El autor habla luego de las bibliotecas de las catedrales de Santiago, Orense, Mondoñedo y otras, y da listas de los libros que poseían, con la intención de deshacer la idea infundadamente peyorativa que había dejado Morales en su «Viaje Santo». Después se ocupa de la fundación del Estudio viejo de Santiago (1501) y del estado de las artes y las letras en ese período. «Funesta fue, ciertamente, esta época para el dialecto gallego, pues en ella descendió de la categoría de lengua culta para quedar sólo relegada a uso del vulgo. No sabemos que durante este período se haya escrito obra alguna en gallego (excepción hecha de la *Historia Iriense*, de Ruy Vázquez)... De esta manera el gallego, que durante el siglo XIV había alcanzado su edad de oro, desde el siglo XV entró en completa decadencia hasta nuestra época...» El libro —muy de 1883— escrupuloso y detallista, piadoso, a veces no completamente imparcial, interesante mezcla de reliquia histórica y texto aún vigente, termina con ese mencionado capítulo dedicado a los «Gallegos de la diáspora».—ANTONIO CARLOS PEREIRA DE MENAUT.

VÍCTOR ARANA GONDRA: *Clamor ante el Trono*. Editorial Afrodísio Aguado, S. A. Madrid, 1966; 379 págs.

¿Historia? ¿Biografía? ¿Ensayo? Es difícil conseguir una leal clasificación literaria de este libro, pues, incluso su mismo título nos desorienta y, sin embargo, hay que reconocer que mucho de historia, biografía y ensayo hay en sus páginas dedicadas, en su mayor parte, a narrar con indisimulable inquietud espiritual algunos de los grandes y graves acontecimientos que se sucedieron a partir del año 1931.

Sabido es que la historia de España presenta, a lo largo de su ciclo, personajes esclarecidos y personajes enigmáticos; esto, en realidad, no constituye para nadie motivo de asombro, no obstante, el período que se analiza en este trabajo sí nos da motivo para maravillarnos, en efecto, la floración de figuras que surgen en el mismo es extraordinaria no sólo por su filiación política sino, a la vez, por su notabilísima in-

teligencia. Sin duda, puede y debe hablarse de una época de oro en cuanto, por supuesto, se refiere al pensamiento político teórico, pues los nombres de Melquiades Alvarez, Joaquín Costa, Francisco Franco, el marqués de Hoyos, Alejandro Lerroux, Gregorio Marañón, Miguel Maura, Emilio Mola, José Ortega y Gasset y Miguel de Unamuno no necesitan panegírico alguno, al contrario, son nombres que, ciertamente, brillan con luz propia y ciegan con la claridad que emiten. ¿Quiénes son estos hombres? ¿Qué traen en sus almas? ¿Cómo sienten las cosas de España?

Arana Gondra ha construido un libro de positivo valor, emotivo, sincero y humano, cualidades todas que avalan, evidentemente, la pureza y seriedad de las intenciones del autor, pues un libro como el que comentamos siempre es peligroso de escribir, entre otras cosas, por la facilidad con que la pluma puede sentirse impulsada por el afecto, la admiración o la excesiva pasión en torno del grande hombre empañando la pupila e impidiendo ver la realidad, es decir, la perfección e imperfección del biografiado.

El autor, luego de un delicioso preámbulo en el que expone sus recuerdos infantiles sobre los acontecimientos políticos de su niñez —sería, en verdad, maravilloso que los niños pudiesen hablar de política—, revisa sucintamente las grandes fechas de la historia de España y acaba concentrando toda su atención en el año 1931 en el que, escribe, se llega al momento en que, no por la fuerza de las armas, ni por el cómputo de

votos, sino merced al clamor que se alza ante el Trono, se gana, no más que pidiéndolo, un Poder que —en la práctica— se encuentra vacante.

La afirmación anteriormente expuesta podría conducir fácilmente al lector a confundir la finalidad de este libro; por consiguiente, el autor considera que es preciso advertir que lo que ha pretendido es realizar un estudio histórico y no político, naturalmente, no ha sido posible eludir la política, pues, en caso contrario, este libro no hubiera tenido razón de ser ya que, en ocasiones, la historia es sólo la historia de la política.

Por otra parte, cabe preguntarse: ¿son las figuras aquí estudiadas las más representativas del grande y grave período histórico analizado? El autor afirma, al respecto, que «la selección, empero, es nuestra y no la negamos, pues es misión del autor elegir los personaje de una obra, cuando no los crea, dentro de aquel plantel que la historia le brinde. No podíamos, por tanto, renunciar a esta prerrogativa, ni eludir tal deber, dejando la dicha función abandonada al azar o capricho y no nos es dado, después de haber efectuado la tarea selectiva, olvidar nuestra intervención en ella ante el temor de que no sea acertada.»

En todo caso, estamos seguros, son infinitas las dificultades que el autor ha vencido para situar con precisión, sinceridad y justeza, dentro del marco de la historia y de la política hispana, lo que cada uno de estos hombres ha significado, significan y significarán en nuestro futuro.—J. M. N. DE C.

GEORGES DUBARBIER: *La China del siglo XX*. Alianza Editorial. Madrid, 1967; 250 págs.

Ciertamente, según el autor, China no ha surgido como nación modernamente, por el contrario, los poéticos movimien-

tos o períodos de su historia nos hablan de un fastuoso y espléndido pasado. Lo que acontece es que, sin duda, China se

ha constituido, se ha desarrollado y fortalecido como nación en nuestro tiempo es decir, en el siglo XX. Acertadamente, pues, considera Georges Dubarbier que China es una nación nueva que emerge florecientemente del pasado.

Todo problema de amplitud, pulcritud y refinamiento de las ideas y de las costumbres entraña un complejo problema de interpretación sociopolítica. Es, por consiguiente, esto lo que ha sucedido y acontece con China: un pueblo viejo que se encuentra con problemas nuevos, con encrucijadas, con laberintos en penumbra y, en especial, con el imperativo de dirigir la alta política interior y exterior al violento ritmo que, quíerese o no, marca la política de Occidente.

¿Qué es, por lo tanto, lo que Georges Dubarbier nos dice de China? En primer lugar, que la bellísima nación del Extremo Oriente ha dejado de creerse autónoma. China, como la mayor parte de las naciones hoy existentes, comienza a pensar en la posibilidad de la integración, la unidad, la colaboración supranacional. Señala el autor que, acaso, la raíz dolorosa del mundo chino radique, precisamente, en su extensión, pues, en efecto, China es grande, demasiado grande para que un Poder central pueda pretender unificarla eternamente; sin embargo se ha pensado en ello.

En el fondo, creemos, y este libro corrobora nuestra opinión, que China sigue apegada a su tradición, a su vida pasada y, por supuesto, a su quietismo estético que hoy, en cambio, yace roto, quebrado y disperso por infinidad de luchas interiores motivadas por la ambición del Poder y que, naturalmente, la han dividido, la han vuelto a reunir, nuevamente han fustigado su armonía política y, una vez más, la han reedificado.

Por cuanto antecede, este libro es un precioso documento de la vida pública de

una gran nación que, lamentablemente, a pesar del alto grado de sensibilidad y especialísima predisposición para las cosas del espíritu —la política es objeto esencial del espíritu— no ha tenido mucha suerte en el terreno de la política; terreno en el que, inevitablemente, han caído incontables dinastías.

No quisiéramos dejar en el olvido el importante capítulo que el autor dedica a *las relaciones internacionales que China mantiene con las potencias extranjeras*. Este apartado resume y contiene la esencia del quehacer diplomático chino. Es de destacar la referencia que Georges Dubarbier hace de la *Conferencia de Washington de 1921-1922*, en la que, acaso, por vez primera en su historia, China no encontró, dentro del campo de la política internacional, en esa posición de infinita tristeza que es el aislamiento, pues, en esa conferencia China encontró en los Estados Unidos ayuda material y moral. Los resultados de la Conferencia de Washington dieron a China cierta confianza en su destino y, desde luego, la clave para una renovación política y social que no llegó, como se sabe, a cristalizar. Ha sido esta la más clara y definitiva ocasión para que China cambiase muchísimas cosas, no obstante, todo quedó en proyecto, en esperanza.

Naturalmente, este libro recoge, aunque brevemente, algunos de los principales sucesos, de los que China ha sido principal protagonista en los primeros cincuenta años del siglo en curso, por ejemplo, *la revolución china del 10 de octubre de 1911; el conflicto chino-japonés; el Gobierno de la China popular* y, sobre todo, *la revolución cultural*.

China es, sin duda, una piedra de toque excepcional para el político y, en cierto modo, de conformidad con Ortega, el secreto mayor de la Historia oriental. J. M. N. DE C.

ADOLFS SILDE: *Die Sowjetisierung Lettland*. Bundesinstitut für Ostwissenschaftliche und Internationale Studien. Köln, 1967; tomo I, 162 págs., ciclost.

I. NAHAIEWSKY: *History of the Modern Ukrainian State, 1917-1923*. Ukrainian Free Univ. and Acad. of Arts and Sciences. Munich, 1966; 317 págs.

Conforme a la trayectoria histórica de los Países Bálticos, es decir, también de Letonia, es evidente su misión civilizadora del Este ruso-europeo en favor del mundo occidental, aunque a expensas de su propia existencia. Si junto a Finlandia, Estonia y Lituania, Letonia consigue conservar su razón de ser, también su cumbirá más de una vez como víctima de las conquistas de parte de los «grandes» que la rodean.

El país aprovecha el caos provocado por la revolución bolchevique en las antiguas Rusias y declara su independencia el 18 de noviembre de 1918. Entre enero y mayo de 1919 es implantado el primer régimen soviético-comunista, pero el Tratado de Riga, firmado el 11 de agosto de 1920, pone fin a esta situación. Lituania pasa a formar parte del mundo occidental como Estado libre e independiente. En 1922, los soviets declaran que renuncian a reivindicaciones territoriales frente a su pequeño vecino y diez años más tarde, los Gobiernos de ambos países firman, incluso, un pacto de no agresión.

El peligro soviético empieza a agudizarse en 1939. Después del Pacto germano-soviético, de agosto de 1939, en octubre del mismo año la U. R. S. S. impone a Letonia un «Pacto de asistencia y ayuda mutuas». Acto seguido, sus tropas invaden el territorio letón el 17 de junio de 1940. El 21 de junio es formado el Gobierno Kirchenstein y el 25 de agosto es aprobada la Constitución de la República Socialista Soviética de Letonia. El país es anexionado por los soviets. Entre 1941 y 1944, Letonia vuelve al campo anticomunista con ayuda de las tropas alemanas. A partir de aquel mo-

mento vuelven las tropas soviéticas en su marcha hacia el territorio del III Reich y la ocupación de Letonia perdura hasta la actualidad. Es entonces cuando empieza la soviétización del país. Aparte de unos 115.000 letones que en 1944-1945 abandonan su patria en busca de refugio en Occidente, ya en 1940 fueron deportados unos 36.000 letones al interior de la U. R. S. S. y entre 1944 y 1945 la cifra se eleva hasta 270.000 personas. En cuatro años, Letonia perdió medio millón de habitantes. Mientras tanto, en 1935, la población contaba con un 76 por 100 de letones y un 12 por 100 de rusos. En 1959, la proporción es de un 62 por 100 para letones contra el 31 por 100 de rusos. La capital, Riga, cuenta con unos 270.000 letones y 240.000 rusos. Este es el resultado de la rusificación y soviétización de Letonia.

La soviétización del Este europeo es un hecho irrefutable y puede que se extienda a otras zonas del mundo, en caso de no tomar en serio los objetivos perseguidos con toda la máquina propagandística por el Kremlin. Letonia es tan sólo uno de tantos ejemplos y hechos consumados, dentro y fuera de la Unión Soviética.

Sólo entre 1917-18 y 1922-23 Ucrania consiguió constituirse en Estado relativamente independiente al estilo occidental. Este sería el «Estado moderno» de Ucrania, aunque antes y después formara parte del imperio ruso zarista o comunista. Hoy día es una de las Repúblicas Socialistas Soviéticas y cuenta con una población de cerca de cuarenta millones de personas.

Históricamente, los ucranianos contribuyen grandemente a la formación del

Estado ruso, para ser arrastrados y dominados por su hermano mayor, debido a que Ucrania, esencialmente campesina, no disponía de una clase intelectual capaz de llevar a cabo los anhelos naturales de su pueblo en forma de un Estado independiente. Los pocos intelectuales ucranianos son rusificados, voluntaria o involuntariamente, y la conciencia nacional queda vinculada a la aldea en estado de subdesarrollo total. Los problemas sociales vienen surgiendo con toda su agudeza, hasta enfrentarse los utópicos, socialistas y revolucionarios de todo color entre sí, desviando la atención de la cuestión nacional. No hubo un liderazgo político unido y decidido, hecho que hará fracasar la idea de una independencia nacional del país, a pesar de los esfuerzos aislados en favor de la unidad nacional y en contra de las tendencias polacas o rusas. En lugar de una Ucrania nacen dos: la de la *Rada Central* y la del *Hetman*, sin que ninguno de los dos bandos pudiera reivindicar el pleno derecho de presentar al

pueblo de Ucrania en su conjunto. El derecho de autodeterminación no se realiza por sí sólo, sino que necesita de unidad de acción política y conciencia nacional positiva.

Los cinco años de independencia de la «moderna Ucrania» constituyen un fondo para cómo forjar la unidad nacional en vista de su organización política, pero también para sacar ciertas conclusiones de cómo evitar errores que, al fin y al cabo, impiden que un país llegue a incorporarse al mundo moderno. Si la evolución ucraniana tomó otro rumbo del que se perfilaba en 1917-18, es porque la poca duración de aquel Estado se debió, en gran parte a sus propios creadores. La situación actual de Ucrania, dentro de la U. R. S. S., es el reflejo de aquel intento justo y moralmente justificado de separar al país del Kremlin, pero que no pudo consumarse a largo plazo por la insuficiente toma de conciencia nacional e internacional de parte de sus dirigentes.—S. GLEJOURA.

D E R E C H O

GIORGIO DEL VECCHIO: *Nuova Silloge di temi giuridici e filosofici*. G. Giapichelli-Editore. Torino, 1967; 200 págs.

Tras los muchos años en que Giorgio Del Vecchio ha servido con insuperable magisterio a la Filosofía del Derecho y sus grandes problemas, nos viene prodigando, después de su jubilación, numerosos ensayos de los temas más diversos y de «vario argumento» en los que predominan, no obstante, algunas ideas fundamentales, reiteradamente presentes en sus escritos. Tales son su «personalismo jurídico» y su innegable iusnaturalismo a los cuales quiere subordinar problemas secundarios.

En esta publicación de ahora —la últi-

ma, que sepamos, del ilustre maestro— reúne y recoge una veintena de estos estudios, muchos de ellos ya publicados anteriormente, pero que conservan en él la frescura y actualidad que les da su eterna permanencia. Son los problemas eternos y siempre los mismos, del Hombre y del Derecho, de la Justicia y de la convivencia en el mundo. Sobre estos problemas no cabe, a veces, otra cosa que la consideración de nuevos aspectos y matices que Del Vecchio sabe siempre encontrar para presentarlos, con precisión y justeza, en función de las cir-

cunstancias cambiantes de los tiempos.

Nos fijamos, en primer lugar, en *Parallelismo trascendentale*, que en otras ocasiones había presentado con el título *L'uomo e la natura*. Es un estudio en el que renueva «con mayor claridad» aquella especie de profesión de fe filosófica que sintetiza con la fórmula que le da título: *parallelismo trascendentale*. Si el hombre —sujeto— forma parte de la naturaleza —objeto— trasciende a la naturaleza, porque obrar como sujeto y no como objeto, no es para el hombre sólo una actitud psicológica, sino una exigencia ética. Y si el hombre fuese simplemente un fenómeno, no se daría para él el problema ético, ni tendría sentido el *imperativo* en que consiste toda norma. Y la norma fundamental del obrar humano se deriva de la esencia misma del hombre en cuanto supera la naturaleza física, esto es, de su naturaleza espiritual. Esta es una de las que llamamos ideas fundamentales del Del Vecchio y en la que se afirma su personalismo jurídico.

Por eso las normas del obrar humano, tanto morales como jurídicas, tienen un carácter deontológico, esto es, expresan un deber ser y se distinguen claramente de los datos de las ciencias físicas, que estudian la Naturaleza. El naturalismo y el fiscalismo jurídicos debieran, decimos nosotros, tener muy en cuenta esto.

En el ensayo *Unità fondamentale dell'Etica nelle forme della Morale e del Diritto*, afirma Del Vecchio que si tanto la moral como el Derecho concierren al obrar, pertenecen una y otro a la ética y constituyen dos ramas de la misma. Ambas normas consideran las acciones en su integridad y «son erróneas las doctrinas según las cuales la moral considera solamente los motivos y el Derecho solo los efectos externos de las acciones». La diferencia está, según que se consideren las acciones respecto al sujeto mismo que debe cum-

plirlas, o en relación a las de otros sujetos. De aquí la «subjetividad o unilateralidad de los preceptos morales» y la «objetividad y bilateralidad de los jurídicos». Pero moral y Derecho, sin confundirse, forman una integración recíproca, porque ni una ni otro son suficientes por sí para regir completamente el obrar humano. La insuficiencia del Derecho como regla de vida resulta de su misma naturaleza y límites; el uso de la propia facultad «puede y debe ser prescrita por la moral», y los principios morales sumariamente reclamados por las leyes jurídicas «deben encontrar amplio desenvolvimiento en los tratados de moral y ser tenidos en cuenta en la interpretación de aquellas leyes». El error de «disociar» la moral del Derecho fue claramente denunciado por notables filósofos del Derecho. Y es superfluo citar obras —dice el autor en *Coordinazione tra morale e Diritto*—, en las cuales «las relaciones ideales y reales entre esas dos ramas de la ética han tenido amplias demostraciones».

En *Norme etiche e norme tecniche*, afirma Del Vecchio que la moral no desdén la técnica y que el Derecho la necesita para atender a la complejidad, cada día mayor, de sus cambiantes problemas. Por eso dice que hay una cierta interferencia entre el reino de la moral, del Derecho y de la técnica, en cuanto que, en las relaciones sociales, la observancia de las reglas técnicas es como contenido de las normas morales y jurídicas. La moral manda, en general, observar las técnicas establecidas en orden al cumplimiento de la justicia, y el Derecho es, evidentemente, técnica jurídica aunque no sea sólo eso. No se plantea aquí expresamente Del Vecchio el problema Derecho-ética Derecho-técnica, pero bien podríamos asegurar que en este dilema Del Vecchio optaría, sin duda alguna, por el Derecho-ética, pero advirtiendo que no se excluyen. La téc-

nica y ciencia del Derecho es un medio eficacísimo para su progreso. Pero el progreso sustancial del Derecho ha de atender, antes que nada, al contenido de justicia.

Dispute sul Diritto naturale y *Ancora sul Diritto naturale*, son dos ensayos íntimamente relacionados aunque los separen en el tiempo casi veinte años (el primero fue publicado en 1948 y el último reproduce un discurso, *Sul Diritto naturale*, a la Facultad de Jurisprudencia de Buenos Aires en 1967).

Nada es más grato a Del Vecchio en estos últimos años que tratar del Derecho natural, exponer su doctrina sobre el Derecho natural, esencia, inmutabilidad, principios, etc., y defender al Derecho natural contra sus impugnadores contemporáneos. Porque la idea del Derecho natural y su influencia en el Derecho positivo, del que es su «justificación» y fundamento, es, diríamos, algo obsesante en las más recientes publicaciones del maestro. Siempre Del Vecchio, como buen espiritualista y defensor de la persona humana y de su dignidad y derechos, ha sido iusnaturalista, pero el iusnaturalismo de Del Vecchio desde hace casi treinta años tiene una raíz metafísico-teológica que le acerca mucho a las más depuradas teorías iusnaturalistas de la filosofía jurídica católica. En nuestro libro *Concepciones iusnaturalistas Actuales* (Madrid, 1967), si no enmarcamos decididamente a Del Vecchio en las direcciones neoescolásticas —tomista y agustiniana—, sí decimos que se inspira en ellas mucho más que en sus antiguas tendencias neokantianas. Del Vecchio es, sin duda alguna, un iusnaturalista católico defensor aguerrido de la más sana doctrina tradicional de la *philosophia perennis*.

Es «problema fundamental común el de la universalidad del Derecho y su valor absoluto, en cuanto deriva de la naturaleza, expresión de la divina sabidu-

ría». Porque la esencia espiritual de la persona participa por su naturaleza del absoluto, es el valor supremo del Derecho. Y ninguna ley *ab hominibus inventa* puede abolir aquélla que está impresa en nuestra naturaleza. Las aberraciones del arbitrio humano pueden violar esta ley, pero no destruir el valor ideal, que permanece intacto sobre cualquiera violación. Las locas presunciones de aquellos príncipes o gobernantes, que habiendo llegado en su Estado al mayor poder se consideraron desligados de todo vínculo, e impusieron su voluntad como ley absoluta, «chocó necesariamente contra la conciencia de los pueblos, que no tardó mucho tiempo en sublevarse en nombre de una ley más alta y verdadera».

La máxima de justicia, fundada en la ley natural, se especifica en tantas cuantas son las direcciones de la actividad humana. De aquí los derechos naturales del hombre formulados por los pensadores y declarados por las Asambleas. Y todavía sobre el Derecho natural, porque «los principios del Derecho, implícitos en la naturaleza humana como vocación ideal, han sido y vienen todavía progresivamente actuando, a través de innumerables esfuerzos, a veces cruentos y no siempre victoriosos».

Y nada mejor que estos principios de la ley natural y las exigencias del Derecho natural y de los derechos del hombre para fundamentar la paz en el mundo.

Per la pace del mondo es el artículo en el que recoge el autor algunas consideraciones ya desarrolladas en trabajos anteriores sobre *Europeísmo* y *cosmopolitismo*. Y ningún título más apropiado que éste que da ahora Del Vecchio, porque a la paz en el mundo, tan deseada por todos y tan necesaria para la humana convivencia, sólo puede llegarse, aparte de la indispensable paz en los individuos, no olvidada por el ilustre maestro y afirmada, después de San Agustín, por

los más notables humanistas y sancionada por el supremo magisterio del Concilio Vaticano II (así lo decimos en nuestro trabajo *La actualidad del pensamiento de humanismo estoico-renacentista español*, Madrid, 1967), por la unión de los pueblos —los pueblos de Europa y los pueblos todos del mundo— hasta lle-

gar a hacer verdad la unidad afirmada por Dante: «Totum humanum genus ordinatur ad unum» y «genus humanum maxime Deo adsimilatur quando maxime est unum», o a la «comunidad universal» afirmada por Francisco de Vitoria y Suárez: «Totus orbis aliquo modo est una respublica».—EMILIO SERRANO VILLAFANE.

JUAN VALLET DE GOYTISOLO: *La libertad civil según los juristas de las regiones de Derecho foral*. Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. Discurso leído en la inauguración del curso 1967-68 el día 4 de diciembre de 1967. Madrid, 1967; 55 págs.

Vallet de Goytisolo, notario de Madrid, académico y publicista insigne, es un jurista de sólida formación que ha pretendido recoger la venerable tradición foral de autores como Costa y Durán y Bas —cuyas obras no siempre se localizan con facilidad—, ofreciéndola a los hombres de hoy en forma de apretado resumen de lo que se entiende por libertad civil en la doctrina foral. Para Vallet la libertad civil consiste en la zona de autonomía de la persona y de la familia; pero no debe entenderse algo abstracto, sino un conjunto de libertades concretas. Un jurista de nuestros días, el profesor López Jacoiste, traduce así la idea en el Derecho navarro: «Palpita así una urgencia social a que todo el Derecho privado sea un Derecho de la libertad civil. No es que el Derecho privado sea un Derecho de la libertad civil, sino que postula, estimula e insta a la persona, al sujeto del derecho, para que la ejercite, para que la ponga a contribución en la esfera de su personalidad, en su ámbito personal, familiar y patrimonial, en los actos jurídicos que

otorgue, en el contenido y en la formulación de su voluntad negocial».

La libertad civil encontró eficaz tutela en las costumbres, como lo refleja para Aragón el principio *standum est consuetudine*, complementario del *standum est chartae*. Para Vallet este principio está asentado en el realismo cristiano tradicional, siendo incompatible con el liberalismo. Lo define, en resumen, como un conjunto de libertades concretas, guiadas por la Ley Divina, canalizadas por la naturaleza, forjadas en la historia peculiar por la tradición y concretadas en usos y costumbres.

Además, la libertad civil requiere una especial estructura de la sociedad, que Prat de la Riva configuraba como organización corporativa, y Vallet como un régimen de cuerpos intermedios que hace compatible con toda clase de regímenes monárquicos, aristocráticos o democráticos, pero incompatibles con el totalitarismo de todas clases. Estas opiniones se apoyan en la cita de autores modernos como el filósofo Marcel de Corte.—GABRIEL GARCÍA CANTERO.

LUIS JORDANA DE POZAS y OLIVIER MÉRLIN: *Dictionnaire Juridique (Français-Espagnol et Espagnol-Français)*. Editions de Navarre. París, 1968; un vol. de 298 págs.

Una de las serias dificultades que ofrecen siempre los estudios de Derecho extranjero y de Derecho comparado es la ausencia de una terminología jurídica común y la disparidad de contenido, según los países, de palabras que parecen equivalentes. Hace ya no pocos años, un ilustre historiador español, preocupado por los trabajos comparativos, don Rafael Altamira, propuso a la Academia Internacional de Derecho Comparado la confección de un Diccionario jurídico internacional. La empresa, que sería, después, importante, ofrece tales obstáculos que todavía no se ha intentado siquiera realizarla en el plano mundial. La única tarea posible —y, por cierto, tampoco sencilla— parece, hoy por hoy, la de ir redactando Diccionarios «bilaterales» en cada uno de los cuales se contraste las voces jurídicas de dos determinadas lenguas.

No han faltado, en esa línea, algunos trabajos en España: el comparatista español Felipe de Solá Cañizares, tan conocido fuera de España y recientemente fallecido, ensayó, en 1951, con su breve obra *Francés Jurídico*, publicada en Buenos Aires, agrupar un vocabulario de términos jurídicos franceses para uso de juristas españoles; y, de forma más ambiciosa, el también llorado penalista español Antonio Quintano Ripollés realizó, en colaboración con Juana Halpern, un extenso *Diccionario jurídico hispano-alemán*, que fue publicado en Madrid por la Editorial Revista de Derecho Privado. Es, sin embargo, en Francia, donde (consecuentemente con el interés que allí suscitan en general los Diccionarios, de los que tan copiosa variedad existen sobre todos los temas) se advierte mayor atención hacia estos trabajos. Una editorial parisién, Editions de Navarre, ha lan-

zado así, en los últimos años, tres *Diccionarios jurídicos comparados* (el franco-alemán, el franco-inglés y el franco-italiano) y publica ahora, dentro de la misma serie, el primer *Diccionario jurídico franco-español*.

La ardua tarea que la confección de aquél suponía ha sido llevada a cabo por dos destacados juristas: uno, español, el profesor don Luis Jordana de Pozas, administrativista ilustre, que por sus publicaciones y por su actuación en la U. N. E. S. C. O. goza de prestigio mundial; el otro, francés, M. Oliver Merlin, que por ser graduado de París y Salamanca está especialmente capacitado para estudios comparativos de los dos Derechos.

Con visión de profesionales prácticos y, al propio tiempo, con rigor de científicos, Jordana de Pozas y Merlin han agrupado y contrastado millares de voces de los dos idiomas. De cada una de ellas han recogido sus posibles acepciones jurídicas distintas en ambos ordenamientos. Tan minuciosa ha sido en este aspecto su labor que, por ejemplo, de un solo término, la voz *action*, vemos mencionadas hasta ochenta y siete aplicaciones diversas.

Tres prólogos abren el libro. El primero, del profesor Castán Tobéñas, después de poner de relieve la influencia perturbadora en el Derecho de las variedades de la terminología jurídica mundial, estudia el ingrediente francés en el Derecho español y la influencia de la literatura jurídica francesa en España. El segundo prólogo, del profesor Guillermo A. Borda, alude de modo especial a la influencia del Código francés en la Codificación latinoamericana; el ilustre civilista argentino, hoy ministro del In-

terior de su país, insiste también en la importancia de la precisión idiomática en la exposición del Derecho y señala el valor del idioma francés como lengua viva. El tercer prólogo ha sido redactado por el doctor Marcel Waline, profesor de la Facultad de Derecho y Ciencias Económicas de París, quien, tras subrayar la proximidad de las culturas jurídicas francesa y española, hijas ambas del Derecho romano, destaca la dificultad y la necesidad de la Empresa que era la confección de este libro.

Razón tiene, sin duda, el profesor Waline al proclamar la dignidad y la uti-

lidad del nuevo Diccionario, del que podrán beneficiarse no sólo los juristas teóricos para sus estudios doctrinales, sino también los prácticos del Derecho y aún los hombres de negocios, para quienes en un momento dado es necesario conocer el sentido de los términos de un contrato, de una correspondencia comercial o de un acto procesal. El mundo jurídico de habla francesa y el de habla española tiene, pues, con este Diccionario, un instrumento más para la relación y la comprensión, que puede ser eficaz en un tiempo de contactos crecientes.—
JOSÉ MARÍA CASTÁN VÁZQUEZ.

JOSÉ LUIS LACRUZ BERDEJO y FRANCISCO DE ASÍS SANCHO REBULLIDA: *Derecho inmobiliario registral*. Librería Bosch. Barcelona, 1968; un vol. de 394 págs.

Los profesores Lacruz Berdejo y Sancho Rebullida, civilistas cuya atención hacia el Derecho hipotecario es bien conocida, brindan a la Universidad, con este nuevo libro, un texto redactado con primordial preocupación didáctica. En sus páginas se encierra el contenido típico de un curso de Derecho inmobiliario, expuesto con claridad y agilidad para poner a nivel del estudiante los problemas de esa disciplina, que de antiguo lleva fama de árida y oscura.

Interés especial ofrece, desde el ángulo de esta REVISTA, el modo con que Lacruz y Sancho enmarcan la publicidad registral en el Estado moderno: aquélla constituye en éste «una actividad organizada administrativamente y de naturaleza semejante a la jurisdicción voluntaria, destinada a dar a conocer la situación jurídica de los bienes inmuebles, mediante su descripción en libros oficiales practicada siguiendo el procedimiento legalmente establecido».

Interés desde el mismo ángulo ofrece acaso también el enfoque que Lacruz y Sancho dan a la trascendental cuestión de si la inscripción en el Registro de la

Propiedad voluntaria hasta hoy en España, debe convertirse en obligatoria y constitutiva. A su juicio, hay serias razones (como son, fundamentalmente, la situación real de la propiedad en España, lo oneroso de la inscripción para la pequeña propiedad e incluso la falta de conexión entre el Registro y la realidad topográfica de las fincas) para no reformar el sentido tradicional de nuestro Derecho. «Si bien —afirman— en un Estado totalitario, colectivista o no, la necesaria vigilancia por el Estado de la actividad del individuo recomendaría la inscripción obligatoria de la propiedad inmobiliaria (en su caso, la permitida); en cualquier otro sistema las conveniencias del tráfico y las del crédito con garantía real se satisfacen con la protección al titular inscrito, al modo español, si bien puede haber otras razones prácticas, como la prueba de la propiedad o el conocimiento, por los acreedores personales (o quienes van a serlo), del patrimonio inmobiliario del deudor, que aconsejen, a cierto nivel del desarrollo económico, y en relación con un Registro muy seguro

en cuanto a la consistencia física de las fincas, la inscripción constitutiva al estilo alemán, para cuya introducción deben tenerse en cuenta las atinadas sugerencias de López Medel.»

Todos los temas clásicos de la materia registral son, por lo demás, expuestos

con tanto sentido pedagógico como rigor científico por Lacruz Berdejo y Sancho Rebullida, quienes, por el viejo y útil sistema de letra grande y letra pequeña, matizan lo que es esencial a su exposición y lo que, sin serlo, la completa o aclara. J. M. C. V.

CHRISTOPH MÜLLER: *Das imperative und freie Mandat. Überlegungen zur Lehre von den Repräsentation des Volkes*. A. W. Sijthoff. Leiden, 1966; 265 págs.

Documentada monografía sobre uno de los temas clásicos del Derecho político, el relativo al carácter, imperativo o no, que asume el mandato del pueblo a sus representantes. Centrada sobre la problemática constitucionalista alemana, el autor parte del artículo 38 de la vigente Constitución de Bonn según el cual los miembros del Bundestag deben ser representantes de todo el pueblo, sometidos sólo a su conciencia, y no vinculados a órdenes ni a encargos de tipo alguno. Como la Alemania federal está gobernada por un régimen de partidos políticos el autor se pregunta por la forma de conciliar éste con la indicada norma. Realiza, primero, un planteamiento en términos de doctrina política actual, exponiendo diversas interpretaciones del «Frei Mandat», con especial referencia a las de Leibholz y Carl Schmitt, sometiendo a idéntico tratamiento a la teoría del mandato imperativo. Con acierto no se agota aquí la investigación sino que la prolonga ofreciendo un planteamiento empírico con amplias referencias

al Derecho comparado (Francia, Alemania, Suiza, Holanda, Polonia, Estados Unidos, Democracias populares e Inglaterra) y a la realidad jurídica; en este punto destacaré las breves pero sugestivas referencias a la función del mandato imperativo en las constituciones federales y en las unitarias, así como a los condicionamientos políticos del mandato libre. Sigue una exposición histórica de las teorías relativas a la representación popular, dedicándose gran extensión al desarrollo del mandato libre en Inglaterra y del mandato imperativo en Francia, aludiéndose, por último, a la tipología sociológica de ambas formas de representación política. El último capítulo reúne un apretado haz de conclusiones que interesan fundamentalmente a todo cultivador de la ciencia política. La investigación ha sido conducida con gran rigor científico, utilizando ampliamente, además de las fuentes alemanas, las francesas y anglosajonas. — GABRIEL GARCÍA CANTERO.

LINO RODRÍGUEZ-ARIAS BUSTAMANTE: *De la propiedad privada a la propiedad comunitaria*. Anuario de Derecho. Panamá, 1967; 50 págs.

En la encíclica *Pacem in terris* recordaba el inolvidable Pontífice Juan XXIII que el derecho de propiedad privada en-

traña una función social. Acaso, esa función que señalaba el Pontífice de feliz memoria era, no nos atrevemos a afir-

marlo dogmáticamente, la propiedad comunitaria.

Uno de los más graves defectos de la sociedad y, por supuesto, del pensamiento intelectual de nuestro tiempo es la frivolidad, la ligereza y la imprecisión con la que se manejan los conceptos más comprometidos y trascendentes, por ejemplo, el de la propiedad.

La propiedad, la justicia, la dignidad humana, la comunidad familiar y, en definitiva, el tema del hombre en su realidad abstracta y concreta constituyen las instituciones sobre las que, inevitablemente, gira, en los últimos años —véase el trabajo del profesor Castán Vázquez, «La propiedad privada y la propiedad pública, según la doctrina del Concilio», publicado en el número 150 de la REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS—, la inquietud de los filósofos, sociólogos, juristas y políticos. Por otra parte, son temas lo suficientemente flexibles como para permitir al especialista toda clase de especulación.

La propiedad está unida a ese destino, por consiguiente, no nos sorprende que, en la ocasión que nos ocupa, sea un profesor de Universidad el que se haya adentrado por el campo iusfilosófico tras la apreciación directa de lo que la propiedad significa y es para el Derecho, por supuesto, lejos del planteamiento clásico del *jus utendi, fruendi y abutendi*.

El profesor Rodríguez-Arias no ha olvidado que el concepto de propiedad, el auténtico, hay que buscarlo a través de las diferentes etapas de su evolución, por lo tanto, fácilmente se comprenderá que haya revisado a fondo el concepto según los dictados del *pensamiento cristiano, la concepción mantenida por la Revolución francesa, la orientación colectivista en los regímenes comunistas* y, por supuesto, el impacto causado por la interpretación sociológica de la propiedad

en el *pensamiento cristiano contemporáneo*.

El estudio de la función social de la propiedad sirve al autor de punto de apoyo para proclamar que el Derecho, como consecuencia de las nuevas exigencias de la realidad social, está en crisis. Y, en efecto, de las muchas y fecundas conclusiones que de este trabajo podemos extraer hay una que nos ha impresionado sobre manera, el resurgimiento de algo que creíamos definitivamente olvidado: el florecimiento del *principio de solidaridad*.

Lamentablemente, no contamos con una mayor amplitud de espacio, por ende, tenemos que pasar velozmente por alto la mayor parte de las afirmaciones del profesor Rodríguez-Arias. Algunas de ellas, a nuestra forma de ver, trascienden bien por su novedad y originalidad, bien por su acierto como, por ejemplo, aquella en la que considera que, «a la filosofía del "yo" ha venido a sustituirla la filosofía del "nosotros"». ¿Es esto cierto? Sigue el autor, en parte, el pensamiento del profesor Salleron, ello, naturalmente, le inclina a decir que, «la sociedad actual se encamina hacia un socialismo, que si permanece democrático será anémico, y si quiere ser dinámico y creador se transformará en totalitario: por lo tanto, la posibilidad de eludir una de estas dos alternativas es mediante la conjugación de las formas tradicionales de la propiedad individual con las nuevas formas de la propiedad corporativa».

Pudiera, pues, pensarse que, necesariamente, ante cuanto antecede el autor se obligaba a adoptar una u otra de las posiciones ya conocidas: propiedad individualista o socialismo. Por el contrario, el profesor Rodríguez-Arias entrevé, felizmente, una solución aceptable: «Nuestra sociedad comunitaria —escribe el ilustre profesor— estará basada en el principio de solidaridad que hará que la propiedad gire en torno del principio

de relación y no el de exclusión, como vimos sucede en el sistema capitalista. Y estamos plenamente convencidos que la Historia se encamina hacia su instauración como una exigencia del desarrollo de la personalidad humana, pues de lo contrario tendríamos que pensar que el estadio ulterior que espera a la Humanidad

sería de involución o de retroceso, visión pesimista que rechazamos fundados en los recursos vitales y espirituales del hombre que le hacen capaz de superar las más graves crisis y adversidades de la vida, por ser motor y sujeto de la Historia con un sentido trascendente.»—
J. M. N. DE C.

IAN BROWNLIE: *Principles of Public International Law*. Clarendon Press. Oxford, 1966; XXXI-646 págs.

Son veintiséis los capítulos que componen la presente obra y su misión fundamental consiste en ser una fuente referencial y de orientación para cuantos se interesen en la actualización de los problemas básicos en relación con los que hacen ofreciendo, por consiguiente, una exposición de conjunto muy apropiada para la enseñanza universitaria. Por cierto, abundan tratados de Derecho internacional, pero la excepcional dinámica de la vida internacional implica que se vayan completando con nuevos hechos en vista de enfrentarse con los problemas del futuro.

El autor ha tenido bien presente esta realidad y estructurado su obra conforme a la misma ofrece, al mismo tiempo, criterios personales de investigación que, tratándose de un campo de actividad humana tan complicado, merece, así lo creemos, la mayor atención de parte de los estudiantes y profesores de Universidad.

Estructuralmente, I. Brownlie prestó atención a: fuentes y relaciones entre derecho interno e internacional, sujetos, condición de «Estado», reconocimiento de Estados y Gobiernos, soberanía territorial, su origen y transferencia, derecho

marítimo, cooperación en la explotación de recursos comunes, soberanía e igualdad jurídica de Estados, privilegios e inmunidades de Estados soberanos, competencia jurisdiccional, limitaciones a la soberanía, nacionalidad, corporaciones, responsabilidades, admisibilidad de reivindicaciones, ilegalidad y *ius cogens*, protección de individuos y grupos, los derechos humanos y autodeterminación. Asimismo se incluyen cuestiones relativas al aspecto jurídico de los tratados y a la representación. Tampoco quedan fuera de sus consideraciones las correspondientes organizaciones internacionales y los tribunales, tanto permanente como de arbitraje. El texto de la Carta de la O. N. U., los Estatutos del Tribunal Internacional de Justicia y la Constitución de la O. I. T. completan esta excelente exposición junto a una bibliografía selecta, capaz de orientar al interesado sobre todo en los primeros años de su formación y perfeccionamiento profesionales.

Se trata, pues, de una nueva aportación positiva al estudio del Derecho internacional público.—S. GLEJDURA.

ECONOMÍA

RAMÓN TAMAMES: *Introducción a la economía española*. Editorial Alianza. Madrid, 1967; 501 págs.

Ciertamente la fuerza económica mueve, quierase o no, la vida de las naciones; por eso, siempre hemos considerado oportuna, adecuada y necesaria, la idea de la interpretación económica de la Historia. Fue, creemos, el sociólogo Max Weber, uno de los primeros pensadores que se decidieron a tomar en serio esta idea, así, en uno de los libros que dedicó —*Causas sociales de la decadencia de la cultura antigua*— a establecer diferencias entre la cultura antigua y la nuestra, no encontró mayor divergencia, diferenciación y contraste que la concepción de los factores económicos mantenida por una u otra civilización.

En efecto; pocas cosas son o pueden ser más elocuentes, sinceras y expresivas que las cifras de la economía de un pueblo. La Historia, pues, está llena de pequeños y grandes acontecimientos financieros y, por lo tanto, ya nadie se sorprende de que, en la época clásica, por ejemplo, en Roma o en Grecia, la idea imperial, es decir, la razón de Estado, en el fondo, no fue la conquista militar sino, por el contrario, los fines de una alta economía. Queda, por ello, en claro cómo sociólogos e historiadores, en nuestros días, cuando desean tener el conocimiento más diáfano, preciso y veraz de un hecho o de una época, eligen, entre las diferentes causas sociales, como objeto de su análisis a la economía.

Cuanto antecede era preciso decirlo si, en verdad, queremos comprender el libro del profesor Tamames, es decir, el delicioso compendio que la Editorial Alianza pone, ahora, en manos del gran público. Desde hace más de un lustro

la obra del profesor Tamames se ha convertido en libro de cabecera de los economistas españoles. ¿A qué se debe? Quizá a una sola razón: la intuición fresca y abierta a lo real que mantiene el autor. La *Estructura económica de España* ha sido desde su nacimiento —año 1960— un libro importante, esto es, un libro que nos ha enseñado a observar y sentir los problemas económicos con la misma predisposición espiritual con que, en ocasiones, observamos y sentimos los problemas humanos. Y es que, naturalmente, en la economía influye todo, desde lo más próximo a lo más remoto. Ha entendido el autor —he aquí la razón que justifica la existencia editorial de este compendio— que el español —sea estudiante, técnico, funcionario, empresario u obrero— necesita como telón de fondo de su actividad un conocimiento del contexto económico en que se encuentra. El profesor Tamames ha querido, por la razón aludida, ofrecer, al menos, en un volumen asequible y manejable algo más que una antología de ideas arrancadas de las páginas del manual anteriormente citado; por el contrario, según el autor, el lector que se acerque a uno u otro libro encontrará, en efecto, sensibles diferencias, puesto que mientras el manual va dirigido al iniciado, al especialista y al estudioso, el compendio responde a la idea de proporcionar al lector una formación de base para situarlo en condiciones de proseguir sus estudios o de hacer permanente su interés por los temas que aquí se tratan.

A grandes rasgos, el libro comprende cinco partes en las que, minuciosamente,

se analizan, entre otros, los conceptos y problemas referentes a la *población*, *sistemas productivos*, *comercio exterior*, *renta nacional*, *sistema fiscal* y *planificación del desarrollo*.

Luego de la lectura de este libro com-

prendemos mejor y de manera más nítida el por qué de la decadencia de algunos pueblos, pues, efectivamente, les falta la idea de la representación política de sus problemas económicos.—J. M. N. DE C.

FILOSOFÍA

JOSÉ CORTS GRAU: *Los humanismos y el hombre*. Editorial Prensa Española. Madrid, 1967; 274 págs.

También las palabras —dice Windelband, refiriéndose a la filosofía— tienen su estrella y algunas, a través de lo largo de los siglos, han producido en la conciencia de los hombres resonancias innegables, han desencadenado energías culturales, sociales y políticas fabulosas. *Bonum commune*, *Ragioni di Stato*, *Liberté*, *Egalité*, *Sozialismus*. Pero acaso pocas hayan adquirido una sanción tan extendida y disparmente sentida como la de *Humanismo*.

Desde que la Academia Francesa hizo aparecer en su Diccionario la palabra *humanisme*, que definió como «movimiento de retorno a los estudios griegos y latinos que se produjo en la Europa occidental durante los siglos XVII y XVIII»; desde que Pedro Nollac la introdujera en la lengua oficial de la Universidad en 1886, y seis años después se publicara en la propia Francia, *Petrarca y el Humanismo*, ha sido éste uno de los términos sobre cuyo significado más se ha escrito, no siempre, por cierto, con gran acierto.

Pero, diríamos —si prescindimos de esa definición concreta del Diccionario francés—, que se trata de un nombre históricamente nuevo para un contenido muy antiguo. Desde la especulación socrática del hombre hasta el humanismo existencialista de nuestros días; desde el humanismo agustiniano hasta el persona-

lismo de Mounier y de Maritain y el humanismo nuevo del Concilio Vaticano II, se habla hoy de humanismo científico, humanismo moderno, humanismo cristiano, indú, chino, árabe, etc., extraños muchos de ellos a aquel concepto académico.

Profundo en el contenido y siempre elegante y magnífico en la forma, Corts Grau nos brinda este libro que presentamos cuyo título, aunque no comprenda todo el contenido de la obra, en la que figuran otros interesantes trabajos, diríamos que le «imprime carácter» porque, en definitiva, unos y otros giran en torno a problemas de un alto sentido humano como son la personalidad, la verdad, la justicia, el amor, la libertad, el trabajo, la convivencia humana, etc.

Pero *Los humanismos y el hombre*, al cual nos vamos a referir aquí casi exclusivamente, es el primero y más extenso de esos trabajos, texto de una conferencia pronunciada por el profesor Corts Grau en el Instituto de Estudios Políticos, en el que el autor nos va presentando los momentos históricos del «Humanismo», subrayando con precisión en cada uno los caracteres que lo distinguen.

El término «Humanismo» —dice— se nos ofrece cada día más equívoco y comprometido debido a las varias y en-

contradas versiones históricas: «Hay un humanismo en Sócrates y un humanismo en los sofistas, un humanismo estoico y un humanismo epicúreo, un humanismo agustiniano y un humanismo pelagiano»; son humanistas —sigue diciendo—, Maquiavelo y Vives, Montaigne y Pascal. Pero a través de tantas versiones, «persiste una noción de sabiduría enquistada en el conocimiento del hombre, en la conciencia de dignidad y en la entrañable conexión entre verdad y vida».

Tres elementos primordiales ve Corts en este humanismo clásico: el principio helénico de la libre indagación intelectual, el principio romano de la universalidad del Derecho y el principio cristiano del valor sobrenatural de la persona humana.

Se fija el autor brevemente en el humanismo cristiano de Luis Vives en el que el antropocentrismo del Renacimiento pagano, que se desentendía de Dios, encontrará un correctivo en las fuentes bíblicas y escolástica y hasta en el humanismo estoico, «cuya vena queda sometida a una radical y constante transfusión cristiana». Luis Vives, dice ahora su ilustre paisano, «no se contagia ni de euforias paganizantes ni del endiosamiento erasmista». La sabiduría, como la teología, nos lleva a una vida virtuosa —la *vita beata*, de Cicerón, San Agustín y San Isidoro—. El saber socrático «para la vida», es en Vives un saber para la verdad y la virtud porque en eso hace consistir, precisamente, la *vera sapientia* o sabiduría filosófica.

Distante de Vives en el tiempo, y más distante aún en la doctrina, Comte y Proudhon emancipan al hombre de Dios o negándole, o sustituyendo la religión por el culto a la Humanidad. De «indigencia mental» o demencial califica Corts acertadamente este vano intento positivista. Pero por esa pendiente desquiciada se marcha hacia un «sedimente humanis-

mo antiteísta» en Marx, Nietzsche y el existencialismo de Sartre, llegando así a un *humanismo* «que sustituye la blasfemia y el refinamiento narcisista (de Nietzsche) por la náusea, y que reivindica al hombre como árbitro de su destino, sin otra ley que la fidelidad a sí mismo, ni otras normas que los cauces que vaya abriéndole su omnimoda y abrumadora libertad».

Precisamente aquí —subraya Corts— «surge la polémica entre el existencialismo y el marxismo, que le reprocha a aquél su actitud individualista» (existir —había dicha Kierkegaard— «significa, ante todo, ser un individuo»; «el infierno son los demás», afirma en frase nihilista Sartre). Pero ¿qué humanismo propugna por su parte el marxismo? Así como Comte había dado arbitrariamente por caducado el «estadio teológico o metafísico», ahora Marx eliminará los «fantasmas religiosos» sobre todo los del cristianismo, por ser los más eficientes, y esta eliminación implicará la extinción de una moral universal para sustituirla por una «moral de clase» cuyo eje es la «solidaridad del proletariado» y cuya empresa inmediata e integral es la revolución.

El proletariado va a compendiar todos los sufrimientos, afanes y esperanzas del hombre; va a encarnar como gran víctima los valores supremos. Proletariado y socialismo quedan entonces definitivamente compenetrados: «Un socialismo no proletariado —dirá Merleau-Ponty— es la cuadratura del círculo» (pág. 16). Desaparecerá así, en esa utópica y paradisiaca sociedad comunista (y que no pasa de utópica bien claro está) las desigualdades e injusticias humanas. No han pensado los marxistas —decimos nosotros— que al hacer estas gratuitas afirmaciones y convertirlas en la meta final de sus aspiraciones, lo que hacen es no crear un nuevo humanismo, sino negar al hom-

bre sin el cual ningún humanismo es concebible.

Pero hay algo inequívoco y que denuncia con trágico acento Corts y que ya había preocupado a Gabriel Marcel: hay una juventud que considera a Sartre (y a Marx) sus filósofos, que ven en sus doctrinas la expresión de un estado de ánimo que hacen de sus tesis una mística, un sentimiento dominante. Sin embargo, ¿puede elevarse a filosofía —se pregunta Corts— un estado de ánimo? ¿Cabe pensar que la aventura humana postule necesariamente el desgajamiento y la desesperación?

Es preciso el retorno a unos valores en los que la aventura humana encuentre orientación y contenido. Es preciso plantear de nuevo el tema del «humanismo cristiano» con un sentido teológico de la vida. Porque nosotros entendemos que el humanismo, frente al subjetivismo sartreano en el que el hombre no puede sobrepasar su subjetividad, es tendencia, aspiración. Y esto porque la naturaleza humana se halla irresistiblemente impulsada a crecer y desarrollarse, por lo que se convierte así el humanismo en una relación del hombre a lo infinito. Tendencia y aspiración al arte, ciencia, belleza, bien, al amor, sociedad, infinito. Nuestra naturaleza, «transformada por la gracia» tiende, aspira a su Creador y Fin: Dios.

Un humanismo cristiano «comprende como nadie a aquel Platón que propugnaba pensar y vivir a lo divino, y a aquel Aristóteles que en la *Ética a Nicómaco* advertía que proponerle al hombre sólo lo meramente humano es traicionarle». «Desde este humanismo —sigue diciendo Corts— captaron un Clemente de Alejandría o un Agustín las verdades y, sobre todo, la sed de verdad. Desde este humanismo hay que devolverle al hombre su personalísima hondura y desbordar los cauces del individualismo, a sabiendas de que no se revolucio-

naran las estructuras si no se renueva el corazón. Desde este humanismo hay que sentir las llamadas del infinito» (página 23).

¿Y puede pensarse que, acaso, ese encuentro con Dios desvirtúe la personalidad? ¿Son, acaso, quienes viven más cerca de Dios, unos hombres frustrados?

Así sigue Corts dándonos una verdadera «lección magistral» de teología arropada en un lenguaje entre metafísico, místico y poético (que la poesía es mística y la mística es poesía sublime) en la que nos hace ver que la religación es la mayor grandeza del hombre y en la que la posibilitación de la existencia lejos de despersonalizarse, encuentra la suprema razón de su ser.

Cierto que el humanismo cristiano parte de la *animalitas* al definir filosóficamente al hombre, pero añade el elemento formal constitutivo de la persona humana, la *rationalitas* y con ello no desvirtuaba su dirección hacia la *humanitas*. Pero el sentido teleológico y teológico del hombre, «creado a imagen y semejanza de Dios», con un fin espiritual trascendente, no es otra cosa que el desarrollo del hombre en el orden de su perfección personal. Lo que equivale, por tanto, a proceso desde el ser del hombre hasta el deber ser del mismo. Y considerar al hombre constituido esencialmente de alma y cuerpo, de naturaleza y sobrenaturaleza, no equivale a escindir al hombre, ya que la perfección de ambas significa el verdadero humanismo.

No es, pues, en la órbita del ordenamiento divino donde peligra la personalidad. «La persona peligra, como tal, cuando el hombre se desvincula de aquellas realidades y normas —verdad, justicia y amor— que son su apoyo». Porque la gracia —que perfecciona a la naturaleza— es amor, y el amor hasta el abandono es apertura a una suprema vitalidad.

Esos humanismos históricos no cristia-

nos han pretendido «liberar» al hombre de lo divino para atarle y hacerle esclavo de lo humano, demasiado humano, en el que lo espiritual y la religión o no existen o no cuentan. ¡Cuanto ingenio —decía Voltaire refiriéndose al hombre de Rousseau— para hacernos andar a cuatro patas!

¿Es que, acaso, Dios, principio y fin del hombre es una barrera para el hombre, o es el amor que, porque el amor no puede vivir sin libertad, pide nuestro consentimiento para arrebatarlos?

«Importa —termina el autor— que nos detengamos a pensarlo más allá de los libros, porque no sólo de los libros vive el hombre... En la historia, como en la vida de cada cual, la tragedia no estriba en que nuestra humanidad haya sido desvirtuada por la gracia: la tragedia estriba en que, por infidelidad a la gracia, desvirtuemos nuestra humanidad.»

Bellamente, como empezó, como ha seguido exponiendo todo este trabajo, ter-

mina el profesor Corts Grau *Los humanismos y el hombre*, que si no son todo el libro, bien merece una consideración especial, un estudio detenido de las verdades que contiene, de las ideas y soluciones, siempre cristianas, que propugna.

Otros trabajos (*Personalidad y narcisismo*, *Revisión de la inquietud humana*, *El magisterio de Séneca*, *Filosofía moderna y filosofía cristiana*, *El sentido católico de la comunidad española*, *Los conceptos cristianos de verdad, justicia, amor y libertad*, *Hacia el sentido humano del trabajo* y *El jurista y el mundo*) constituyen el contenido del libro que presentamos, en los que el autor se nos revela como es bien conocido: filósofo profundo, brillante expositor y, sobre todo, hombre cristiano que bajo esa perspectiva insobornable ve los problemas y propone sus soluciones. — EMILIO SERRANO VILLAFANE.

BERTRAND RUSSELL: *Ensayos filosóficos*. Traducción de Juan Ramón CAPELLA. Editorial Alianza. Madrid, 1968; 236 págs.

Bertrand Russell es, sin duda, una de las figuras humanas más destacadas de nuestro tiempo. Sabio matemático, hábil sociólogo, pensador profundo y experto político, ha producido —y sigue produciendo al filo de sus noventa y seis años— importantes libros que, en no pocas ocasiones, han originado agrias polémicas debido —acaso— al matiz pragmático que caracteriza todas sus actuaciones. Sin embargo, podemos afirmarlo dogmáticamente, Bertrand Russell no es un filósofo pragmático aunque su obra —técnica e ideológica— tiende a la obtención de un fin práctico, real y sincero. Por cuanto antecede, la personalidad del pensador inglés interesa al intelectual de

todas las latitudes geográficas aunque, difícilmente, el pensamiento austero de Bertrand Russell fascina y recluta —de forma espontánea— adeptos.

Bertrand Russell, por otra parte, no se ha preocupado de dos cosas que, a nuestra modesta forma de ver, podemos considerar fundamentales: la formación de una escuela filosófica y el integrar su concepción filosófica dentro de un sistema, lo que, naturalmente, no supone obstáculo alguno para situar su pensamiento entre las concepciones de vanguardia más incisivas. El que Bertrand Russell no haya querido subordinar su pensamiento a los moldes, siempre estrechos, de un sistema, supone para el intérprete

la exigencia, llegado el momento de juzgar su aportación filosófica, de tener a la vista la totalidad de su obra.

Ensayos filosóficos constituye un libro que representa —mejor que otro alguno— la primera fase del pensamiento de Bertrand Russell, es decir, su preocupación por formular el concepto de lo ético no como suelen entenderlo los moralistas sino, por el contrario, como lo suelen entender los filósofos. El Bien y el Mal son, según el autor, dos constantes de la conducta del hombre que demandan un estudio serio, científico y veraz.

En realidad —creemos—, en este delicioso librito el lector atento apreciará, sin esfuerzo alguno, la inquietud, es decir, la fuerza espiritual que andando el tiempo ha llevado al autor a dar a la imprenta sus páginas sobre *La conquista de la felicidad*, *Ensayos sobre educación* y *Caminos de la libertad*. Ciertamente, muchas de las posiciones que Bertrand Russell adopta en el libro que comentamos han sido —su edición príncipe data de 1910— superadas incluso por el propio autor en trabajos posteriores. No obstante, su ensayo sobre *La concepción de la verdad* de William James conserva, sin duda, su vigencia originaria puesto que nadie como Bertrand Russell ha mostrado más honda preocupación,

por lo que en la filosofía de nuestro siglo ha supuesto el fenómeno del pragmatismo. Merecedor, desde luego, de mayor fortuna de la alcanzada. El pragmatismo revela con toda nitidez que, efectivamente, la filosofía y su historia es en gran medida la síntesis de los choques y contrastes de los diferentes temperamentos humanos.

No es, pues, inactual el concepto que de la filosofía nos es dado apreciar a través de las páginas de este libro puesto que, independientemente de otros matices, advertimos que Bertrand Russell se acerca a la realidad de las cosas sin apoyarse en lo que autores y escuelas precedentes han dicho. Su pensamiento, que no está, por ello, afiliado a modas pasajeras, permanece firme, señero y vigente.

Para las jóvenes generaciones universitarias este libro constituirá la revelación del quehacer filosófico de un hombre que al igual que los clásicos helenos se obsesionó con y por la verdad. Conseguir la conquista de la verdad humana: verdad filosófica, religiosa o política —nos dice— implica, ante todo, el esclarecimiento previo de las bases en que cada una de esas verdades descansa. ¿No es altamente sugestivo este programa?—J. M. N. DE C.

WALTER KAUFMANN: *Hegel*. Traducción de SÁNCHEZ DE ZAVALA. Editorial Alianza. Madrid, 1968; 453 págs.

Walter Kaufmann, profesor de Filosofía en la Universidad de Princeton y autor afortunado del libro del cual damos noticia, ha querido ofrecernos en estas páginas una interpretación total del fenómeno hegeliano. ¿Lo ha conseguido? Siguiendo las principales directrices de su libro tenemos que decir que no. Hegel es un pensador inquieto, profundo, amplio y, por añadidura, situa-

do en una fecha histórica crucial. En Hegel, además, existen otras situaciones tan importantes e incluso mucho más que su faceta filosófica: la interpretación de la historia, de la sociedad, de la política y del derecho. Hegel, en definitiva, no puede quedar encerrado —valga la expresión— en un solo volumen por amplio y profundo que éste sea.

No se puede comprender ninguna de

las etapas del pensamiento hegeliano sin estudiar, aunque solamente se haga superficialmente, los principales acontecimientos político-sociales de su tiempo, las aportaciones literarias de los hombres de su generación y, especialmente, el brusco giro que, ateniéndonos a la perspectiva de los valores espirituales, experimentó el mundo desde 1789 en adelante, es decir, en la época en la que Hegel acaba de completar su formación universitaria. Lo que acabamos de enunciar lo advierte también el autor —pág. 29— y, sin embargo, no pone en práctica estos dictados aunque, ciertamente, estudia con algún detenimiento las relaciones artístico-sociales del filósofo con algunos de los hombres más representativos de su tiempo: Lessing, Goethe, Hölderlin y Beethoven. No hay, pues, que sorprenderse de advertir en la obra filosófica de Hegel cierto matiz romántico fruto, por supuesto, de la época histórica que le tocó en suerte vivir.

El profesor Kaufmann apenas si se detiene en el análisis de todo lo que está sucediendo en vida de Hegel —solamente hace alguna que otra alusión a acontecimientos tan importantes como, por ejemplo, la Revolución francesa— e incluso prescinde, en todo lo posible de todos sus datos biográficos que, por el contrario, trata de sintetizar en dos posiciones a las que considera fundamentales: su aparente ateísmo (juvenil) y su anhelo de libertad. Ese anhelo de libertad es la bandera que Hegel enarbola desde la edad más temprana y, naturalmente, ese anhelo le hace exclamar —exclamación recogida por Kaufmann—: «Algunos no se dan cuenta de que la libertad, en la que con toda razón ponen la esencia de la belleza, no es ilegalidad, sino armonía de leyes, ni arbitrariedad, sino suprema necesidad interior.»

El autor, en cambio, recoge con enviable habilidad cada una de las impresiones que en el ánimo del filósofo

de Stuttgart originaron los fenómenos religiosos, artísticos, sociológicos y filosóficos. El libro, claro está, destaca preferentemente el aspecto filosófico de la obra hegeliana. Llegado a este punto no se puede ocultar la inteligente labor que ha desarrollado el profesor Kaufmann puesto que, como es sabido, el pensamiento de Hegel es de una dificultad que sólo puede —como ha dicho Julián Marías— compararse con su importancia. Es la culminación, en su forma más rigurosa y madura, de todo el idealismo alemán.

Las páginas más conseguidas del libro son las consagradas al estudio de la *Fenomenología del espíritu* y, efectivamente, según el profesor Kaufmann, la idea básica de esta obra es la de que el filósofo no ha de limitarse a las tesis que se hayan podido sostener, sino que ha de penetrar detrás de ellas, hasta la realidad humana que reflejen: no bastaría con tomar en consideración las proposiciones, ni siquiera el contenido de la conciencia, habría que preguntarse en cada caso qué tipo de espíritu admitiría proposiciones, sostendría tales tesis y tendría semejante conciencia. Dicho de otro modo —puntualiza Kaufmann—: es preciso no meramente estudiar cada perspectiva intelectual como una posibilidad académica, sino como una realidad existencial. Por eso, luego de analizar lo que de verdad, originalidad y profundidad se contiene en la obra hegeliana, el autor pasa a preguntarse: ¿Qué es lo que da razón de esta peculiaridad de estilo de la *Fenomenología*? Ciertamente —responde—, ni consideraciones políticas ni ningún oscurantismo deliberado: en el fondo se trata del mismo impulso que acalla e invita al sueño a la inteligencia crítica en algunos diálogos de Platón y en algunos escritos de Nietzsche, por más que de ellos pretendieran, por encima de todo, hacer que pensásemos críticamente: el impulso poético.

Tiene muchísima razón el autor de este libro cuando afirma, ya en las páginas finales, que la mejor manera de entender muchos aspectos de la historia intelectual a partir de los tiempos de Hegel es como una serie de rebeliones contra su influencia. En nuestros días, efectivamente, estamos asistiendo a una rebelión más: la preocupación marxista por romper los lazos que le unen, quíerase o no, con el fenómeno hegeliano, aunque, a nuestra forma de ver —este libro refuerza nuestra creencia—, Hegel es, y será eternamente, el interlocutor obligado de todo pensador marxista consecuente.

Como recapitulación de cuanto antecede, digamos que estamos en presencia de un libro interesante, científico y veraz al que, en cambio, ha perjudicado un tanto la pretensión de su autor de penetrar y exponer en toda su amplitud el pensamiento hegeliano sin tener pre-

sente que cada una de sus facetas tiene límites inexorables que no se pueden, claro está, violar fácilmente. Por eso —como indica Kaufmann—, el esfuerzo principal de estos capítulos se ha orientado a dar al lector alguna idea de la variedad, las profundidades y la pasión de Hegel: lo fundamental no era mostrar que era tal o cual cosa en particular, ni que, por encima de todo debería considerársele la persona que ha propuesto alguna grandiosa doctrina: Hegel ha sido, más bien, uno de los pocos filósofos que en varias de sus obras nos ha ofrecido una visión del mundo trabajada en considerable detalle. He aquí, pues, por qué —según Ortega— la máxima preocupación de Hegel la constituye el hecho de encontrar un punto de vista que no sea uno cualquiera, sino que sea aquel único desde el cual se descubre la verdad entera, la verdad absoluta. J. M. N. DE C.

KARL MARX: *Manuscritos (Economía y Filosofía)*. Traducción, prólogo y notas de Francisco RUBIO LLORENTE. Alianza Editorial. Madrid, 1968; 251 págs.

Con el descubrimiento de los *Manuscritos* —permanecieron ignorados cerca de un siglo— hizo su aparición una concepción de Karl Marx que, probablemente, ni los más acérrimos de sus partidarios se habían atrevido a sospechar. Era la imagen de un hombre joven al que la filosofía romántica de Hegel había henchido de lícitas ilusiones. En esta primera hora de Marx —por ironía del destino la que más tarde se ha conocido y, por supuesto, la que menos se ha estudiado— su programa revolucionario apenas si se puede vislumbrar. Ciertamente, son páginas de rebeldía, de inconformidad y de espera. Todo Marx interesa —como interesa la obra total del hombre que logra conmover los cimientos de la vida humana en cualesquiera de sus variopintas facetas— pero, especialmen-

te, resulta doblemente atractivo este Marx de primera época en el que nos es dado advertir muy importantes cualidades: su honda formación filosófica y económica.

Lógicamente, los *Manuscritos* carecen de sistemática, son, a nuestra forma de ver, esbozos de ensayos y proyectos que Marx no llegó, claro está, a realizar en su totalidad. Es más, el lector que conozca con cierta profundidad sus escritos posteriores observará cómo muchas de las ideas aquí contenidas le van a servir de fundamento para la formulación de sus más trascendentes programas político-económicos. Si en Marx existe la posibilidad de un humanismo filosófico no dudáramos nunca en considerar a estas páginas como el exponente máximo del mismo. Marx comienza ya

aquí a tratar de que, efectivamente, el hombre —como apuntara el griego clásico— sea la medida de todas las cosas. Para ello, Karl Marx, como buen hegeliano, no recurre a la acción por la acción, sino, por el contrario, a la acción y a la praxis, es decir, a la acción reflexiva.

Un análisis detenido de los *Manuscritos* nos permite, entre otras cosas, advertir algo que es consustancial a su obra toda, a saber: que Marx no es un improvisador sino un hombre que desde su juventud descubre muy pronto que la especulación —como recientemente ha escrito Manuel Ballesteros— es, en el fondo, una mediación mística. Por otra parte, en los *Manuscritos* se muestra Marx preocupado por el Derecho y proyecta la dedicación de una obra en la que el tema central esté constituido por la conexión entre Derecho, economía política, moral y sociedad. Para ello, el autor analiza —aunque muy tímidamente— la dialéctica que une y separa a la dualidad sociedad-Estado.

No obstante, la preocupación que desde la perspectiva filosófica el autor muestra por el concepto de Estado esta preocupación —de evidente matiz político— muy pronto pasa a un lugar secundario y su pensamiento se obsesiona por lo estrictamente económico. Lo económico, sabido es, es la primera, y casi nos atreveríamos a pensar que es la única constante inalterable de toda la obra de Marx. Sin método alguno expone a lo largo de estos manuscritos la crítica del pensamiento económico clásico. En realidad a Marx no le interesó volver sobre estos viejos papeles dado que, en *El Capital*, refundió y perfeccionó la mayor parte de las alusiones críticas que sistemáticamente aparecen en estas páginas. Conviene, sin embargo, hacer notar que la diferencia que separa a ambas etapas de su pensamiento es muy notoria. En esta primera etapa la crí-

tica de Marx tiene un matiz ético, y la segunda, en cambio, tiene un fundamento científico, técnico y deshumanizado.

La lectura de los *Manuscritos* —sería imperdonable no destacar la magnífica versión y edición que el profesor Rubio Llorente y Alianza Editorial nos ofrecen— pone, una vez más, de relieve, que una cosa es Karl Marx en su aspecto científico —naturalmente el que más nos interesa—, y otra, el Karl Marx que adoran los marxistas puesto que, como ha escrito alguien tan poco sospechoso como el economista Schumpeter en su libro *Grandes economistas: De Marx a Keynes*: «En los últimos veinte años se ha producido un resurgimiento del marxismo sumamente interesante. El gran maestro del credo socialista tenía forzosamente que ser ensalzado en la Rusia soviética. Nada hay en ello de extraordinario. Pero el proceso de canonización consiguiente ha motivado que entre el verdadero significado del mensaje de Marx y la práctica e ideología bolcheviques exista un abismo tan profundo como el que existió, durante la Edad Media, entre la religión de los humildes galileos y la práctica e ideología de los príncipes de la Iglesia y de los señores feudales.»

Es claro que, al menos en sus comienzos, los presupuestos marxistas —como ha dicho un escritor contemporáneo— fueron logrados en virtud de un trabajo racional sobre materias también racionales. En sus *Manuscritos*, lógicamente, asoma la idea en germen del hombre nuevo con el que siempre Karl Marx había soñado, es decir, el hombre auténtico, el hombre liberado de su autoalienación, o el hombre total y perfecto obtenido en la síntesis de sus "abstracciones" parciales o simples versiones mutiladas. Esto es, su gran utopía en la que sus adeptos siguen, a pesar de todo, creyendo.—J. M. N. DE C.

BRIAN M. FOSS (Ed.): *New horizons in psychology*. Penguin Books. Harmondsworth (Middlesex), 1967; 448 págs.

El sociólogo corre el peligro de olvidar que su vecina, la psicología, es una ciencia en desarrollo. No sólo ha sido vertiginosa su evolución en los pasados cien años, sino que todavía se ha acelerado últimamente.

La compilación que nos ocupa presenta la psicología de una manera actual y dinámica. En vez de exponer doctrinas consagradas, prefiere esbozar ante el lector el panorama de los frentes en que la investigación está avanzando. Los veintidós artículos reunidos explican los desarrollos más recientes, enuncian los problemas e insinúan incluso algún logro inmediato.

El libro comprende cinco partes: 1. «Percepción, pensamiento y comunicación» (págs. 13-182). 2. «Orígenes del comportamiento» (págs. 183-234). 3. «Estados fisiológicos y psicológicos» (páginas 235-284). 4. «Aprendizaje y entrenamiento» (págs. 285-358). 5. «Personalidad y psicología social» (págs. 359-416). El compilador ha estructurado el conjunto y ha redactado una introducción general y diversos preámbulos especiales.

No pudiendo dar cuenta detallada del contenido tan diverso del libro, haremos algunas observaciones generales, basándonos, sobre todo, en cuatro artículos: «Psicolingüística» (E. Dalrymple-Alford); «Creatividad» (M. Tyson); «Teorías de la personalidad y terapia del comportamiento» (H. R. Beech), y «Una nueva teoría de la personalidad» (D. Bannister).

La psicología no se desenvuelve hoy como treinta o cuarenta años atrás. Entonces predominaban dos orientaciones antagónicas: la conductista o conexionista y la cognitiva o de la forma (= *Gestalt*), con sus homólogas dentro de la llamada psicología profunda (S. Freud *versus* A. Adler). La situación recordaba

la de los siglos XVII y XVIII, cuando se enfrentaron la tradición epicúrea o empirista (Locke) y la racionalista (Leibniz).

Hace treinta o cuarenta años se admitía, generalmente, que la orientación cognitiva era «poco científica», y que la conductista podía bastarse a sí misma. Sin embargo, lo que las dos orientaciones oponían no era, en el fondo, objetividad y subjetividad, ni antimentalismo y mentalismo, sino más bien análisis (=reduccionismo atomístico) y síntesis (=comprensión holística), o quizá «materia» y «forma». Allport ha demostrado, además, que la antinomia real no era determinismo *versus* libertad, sino papel pasivo del organismo *versus* papel activo de la persona.

Una ojeada al estudio del aprendizaje revela que, en efecto, hubo un malentendido, puesto que cada orientación hablaba de hechos diferentes. Por un lado, es cierto que hay comportamientos —como las fobias— que se explican bastante bien en términos de asociación o condicionamiento. Determinada pauta de comportamiento (=respuesta) se repite así invariablemente en ciertas condiciones (=estímulo). Sin embargo, las situaciones reales son cambiantes, y la persona necesita anticipar e innovar. La mera experiencia previa no basta, sino que hay que trascenderla mediante la reorganización y el discernimiento (= *insight*), y es así como emergen pautas nuevas. La creatividad (=imaginación, intuición o inventiva) no es, pues, superflua, sino indispensable para el avance humano.

El equívoco consistió en que cada una de las dos orientaciones enfocaba un nivel diferente de integración. Comprendiéndolo, E. C. Tolman trató de salvar el abismo mediante un conductismo in-

reccionista que enfocaba el comportamiento molar en términos más adecuados, intercalando entre estímulos y respuestas las variables mediadoras (= *intervening variables*) y los mapas cognitivos.

El panorama cambió, poco después de la segunda guerra mundial. Modelos teóricos más elaborados vinieron en ayuda de la orientación cognitiva —aunque quizá de una manera que los paladines de ésta no habían sospechado. Al mismo tiempo, la orientación conductista renovó y unificó sus enfoques. J. C. Dollard, N. E. Miller, O. H. Mowrer y H. J. Eysenck, pudieron así replantear el problema de las neurosis y propugnar la terapia del comportamiento, como una alternativa ventajosa a la psicoterapia. El perfeccionamiento de los enfoques conductistas permitió abordar más sistemáticamente los niveles superiores de integración del comportamiento.

En todo caso, cada vez fue mayor el repertorio de nociones compartidas por los psicólogos, y la investigación pasó a ser más una complementación de enfoques que una guerra entre doctrinas. En vez de dividir los esfuerzos, especializaciones nuevas —como la psicolingüística— ofrecieron al contrario oportunidades insospechadas de síntesis. Los modelos de Noam A. Chomsky sobre las estructuras sintácticas han venido a ocupar un lugar estratégico dentro de la psicología más reciente, al demostrar cómo es posible articular lógicamente intuición y comportamiento. Chomsky ha esquivado así la antinomia entre el mecanicismo lingüístico (L. Bloomfield) y el idealismo (B. Croce, C. Vossler), dando una forma consistente a lo que este último entrevió sólo de una manera torpe y caprichosa. Más aún: la gramática transformacional generativa (= T. G. G.) ha permitido concebir la autonomía del comportamiento individual dentro de la trama de estructuras sociales.

Pero la síntesis más amplia y prometedora es acaso la llamada «nueva teoría de la personalidad» (= *personal construct theory*), que G. A. Kelly ha propuesto como superación de las pasadas antinomias. El postulado capital de esta teoría es que «los procesos psicológicos de una persona son canalizados por la manera como ella prevé (= *anticipates*) los acontecimientos». La clave son, por tanto, las expectativas. Por otra parte, «una persona prevé los acontecimientos imaginándolos (= *by construing their replications*)». Como las situaciones son siempre nuevas, no basta la mera experiencia, sino que ésta ha de ser reorganizada y superada intuitivamente. Cada cual desarrolla así, a lo largo de la vida, su propio *construct system*, mediante el cual forja expectativas, en un juego dialéctico entre experiencia e intuición. Anotemos que la *personal construct theory* explica con plausible sencillez fenómenos como la emoción, el sentimiento de culpa y la hostilidad. Además, su énfasis sobre las expectativas permite articularla con la teoría sociológica de los roles y enfocar de un modo más coherente el proceso de socialización. También es fácil articular la construcción de Kelly con la teoría de los juegos y de las decisiones, tan importante para la ciencia política.

La indiscutible analogía entre la *personal construct theory*, de Kelly, y la T. G. G., de Chomsky, y los puntos de contacto de ambas con los estudios acerca de la creatividad, son tan sólo una muestra del amplio movimiento de convergencia que se perfila dentro de la psicología de hoy. La novedad de esos desarrollos no debe hacernos olvidar sus precedentes. Salta a la vista que los enfoques de ahora se acercan mucho a la concepción —bastante poco divulgada— de Alfred Adler. Los modelos de Chomsky corresponden a una psicología del uso (= *Gebrauchspsychologie*), y el *construct*

system es homólogo del plan o estilo de vida (= *Lebens-Schlabone*), con la importante diferencia de que los investigadores pueden dar hoy a la teoría una coherencia lógica que no estuvo al alcance del antagonista de Freud.

La fecundidad de las ideas de Adler justifica que se recomiende su lectura. Pero, dejando aparte la justicia póstuma, lo que interesa es que la «psicosíntesis» prevalece más y más sobre el «psicoanálisis». De hecho, la síntesis es el único modo de abordar los niveles de

mayor integración, que son también los distintivamente humanos.

La impresión que se desprende del conjunto del libro es que, efectivamente, la psicología está a punto de dar un salto adelante. En todo caso, queda fuera de dudas que la compilación dirigida por Foss es muy rica en estímulos para el estudioso de las ciencias sociales.

El volumen incluye una lista de 349 referencias bibliográficas y un índice alfabético bastante detallado. — LUIS V. ARACIL.

V A R I O S

El derecho a la verdad. Doctrina de la Iglesia sobre Prensa, Radio y Televisión.
B. A. C. Madrid, 1968; 504 págs.

Si a la Iglesia, por divina ordenación, compete la misión docente e infalible de la verdad y la dirección de las almas al perfeccionamiento individual y al fin último y espiritual, a nadie puede extrañar que la Iglesia se halle presente siempre que haya verdades que enseñar, errores que refutar, almas que conducir. Y que para todo esto la Iglesia no desdeña los modernos adelantos que la ciencia y el arte, la técnica y el progreso pone al servicio del hombre y de su vida. Pero, eso sí, si la Iglesia está pronta a aplaudir los adelantos que constituyen un auténtico progreso y a respetar y no inmiscuirse en los llamados «derechos del Arte», su celo apostólico la obliga a salir al paso de la aplicación de todos esos instrumentos técnicos y de procurar, con su doctrina, que sean un verdadero medio al servicio de la verdad y del bien y de evitar los peligros a que tantos intereses en juego pueden conducir.

Los medios de comunicación, la Prensa y el cine, la radio y la televisión abren hoy al hombre nuevos e insospe-

chados horizontes. «¿Quién no se regocijará —dice el Papa en reciente mensaje— con motivo de la jornada mundial de los medios de comunicación social de un progreso semejante? ¿Quién no verá en él el camino providencial para una promoción de toda la Humanidad? Todas las puertas están abiertas a la esperanza —sigue diciendo Pablo VI— si el hombre sabe dominar estas técnicas nuevas; pero, en cambio, todo podría estar perdido si se olvidase de su responsabilidad.»

Esta sabia ponderación del actual Romano Pontífice puede aplicarse a las de tantos de sus predecesores, que, custodios también del bien de las almas, no podían tener presentes los «medios de comunicación» que tan vivamente pueden contribuir a la «esperanza» o a la «perdición» de los hombres. Ciertamente muchos de estos medios de comunicación social son de invención reciente y de creciente difusión, pero desde que la Imprenta y la Prensa hablan de lo divino y de lo humano, de la verdad y

la mentira, de la virtud y del vicio; y desde que la tinta y la pluma, el grabado y la imagen, las ondas electromagnéticas y la telegrafía sin hilos, la fotografía y el cine hicieron su aparición, desde todos estos elementos se han exaltado o vituperado los más nobles y respetables valores.

Por eso la Iglesia ha estado siempre atenta, y con derecho indiscutible lo ha hecho, porque tiene mucho que decir y lo ha dicho sobre el empleo de estos medios de comunicación con los que tanto bien y tanto daño puede hacerse a las almas.

A demostrar esta preocupación de los Papas viene este libro que presentamos, *El derecho de la verdad*, en el que con cuidado esmero y acertado criterio se compilan nada menos que 230 textos de documentos pontificios, desde la Encíclica *Mirari Vos*, de Gregorio XVI en 1831 hasta 1938, de doctrina de la Iglesia sobre Prensa, radio y televisión. La Biblioteca de Autores Cristianos, en un alarde más de técnica puesta siempre al servicio de los nobles ideales que la animan al servicio de la Iglesia, que es decir al servicio de la verdad, lanza este libro en un formato «de bolsillo» y una impecable impresión y encuadernación, en edición preparada por el doctor Jesús Iribarren, que a su calidad de teólogo profundo añade la de ser ágil y experto periodista, por lo que puede abordar, con perfecto conocimiento de causa, los problemas de la deontología de los medios de comunicación social, de actualísima preocupación en nuestros días.

En una introducción general sobre la moral y teología de comunicaciones sociales, Iribarren plantea «los problemas de la moral publicística», moral de la averiguación, del proceso de comunicación, del contenido de la noticia, de la empresa periodística y de la publicidad

y de los deberes de los profesionales de los medios de comunicación con la sociedad y con el Estado. Y como la teología es la base positiva de la moral, la moral de los medios de comunicación llega lógicamente, y con razón, Iribarren dice que falta todavía una moral de los medios de comunicación social, y es de esperar que ante esta realidad tan creciente que globalmente es la comunicación social en un alarde de competencia y progreso entre los variados medios técnicos de que dispone —lo que hace más necesaria su regulación y orientación doctrinal—, los numerosos estudios parciales monográficos, ensayos y discursos serán sistematizados y ordenados, constituyendo un verdadero cuerpo doctrinal o ciencia deontológica de los medios de comunicación social. No le faltan a esta construcción, que deseamos y se hace imprescindible, principios básicos y fundamentales sobre los que asentar sólidamente el edificio roquero de un buen tratado moral para los profesionales de los medios de comunicación y para toda la sociedad, que, en definitiva, es la destinataria de la Prensa y de la radio, de la televisión y de la publicidad.

Palabra, letra impresa, imagen y música han combinado su eficacia sobre la opinión pública, reflejándola, creándola, dándole alimento de noticias y ofreciéndole placer estético. Del cartel mural a la Exposición de arte, del disco al desfile de modas, del *ballet* a la actitud servicial de un ejército de azafatas, del escapatismo o el embalaje a la canción de protesta y al sondeo callejero, se ha venido a sumar en nuestros días —dice el autor— el turismo, que, entre los *medios de comunicación de masas*, ya no presenta las cosas ante el público o las busca entre él, sino que «pasea y descansa al público entre las cosas, paisajes o personas».

Muchos y muy interesantes, jurídica

y moralmente, son los problemas que plantea el moderno proceso de comunicación y que el autor - compilador sabe captar e ir dejando caer en su sitio a través de la instrucción general: la moral de la averiguación en la que a la antigua cuestión de la moralidad de la tortura como procedimiento de obtener confesiones ha venido a añadirse la técnica del chantaje, el narcoanálisis, el control oficial o privado de teléfonos, el empleo de micrófonos, fotocopias, etcétera; el concepto impreciso de propiedad intelectual y su más imprecisa y eficaz garantía; la casuística de la adquisición de ideas y noticias, de derechos de autor (quien a veces ha vendido, sin quererlo, el silencio de su obra si así conviene al comprador que pagó); el derecho del director o editor a modificar el texto de un artículo o libro que lleva firma; el problema de los monopolios de las fuentes informativas, «scan directamente estatales, protegidos por concesión oficial o surgidos por conspiración y copo técnico».

No es extraño que se subraye la «grave preocupación para los moralistas, ocupados en señalar los límites de lo lícito y de lo ilícito» en todo cuanto se refiere a la deontología de los medios de masas.

De mayor importancia, si cabe, es la moral del contenido de la noticia, ya que aquí no son los medios o instrumentos en sí, sino el objeto o materia misma sobre la que de hecho se produce la mentira, la sugerencia difamatoria o la pornografía, que constituyen, respectivamente, ataques contra la verdad, el honor personal, la moralidad pública. Y todo ello con los más hábiles y científicos disfraces, y en no pocas ocasiones con el mayor desenfado o desvergüenza.

En la moral de la Empresa periodística hace Iribarren muy atinadas obser-

vaciones, como quien conoce bien el terreno, sobre los muy variados aspectos e intereses de las Empresas periodísticas, que pueden ser otros tantos capítulos de deontología profesional específica.

El rápido incremento de los medios de difusión, la extensión vertiginosamente creciente de la publicidad, en la que hay tantos intereses en juego; el hecho de ser potenciales sujetos en la publicidad de una u otra forma todos los hombres; la publicidad, que puede «orientar» o «desorientar» el camino; que descubre necesidades reales o las crea ficticias, que tanto contribuye a la expansión económica y elevación del nivel de las masas, que cambia las costumbres y hasta «puede servir de instrumento de un colonialismo económico o cultural y a una despersonalización de la Patria, cuyo ser debería valorar». Esta realidad social de la publicidad moderna postula sin demora una deontología publicitaria en cuanto ésta no sería otra cosa que la aplicación de los principios de la moral general a los casos concretos publicitarios.

Pero todos los medios de comunicación tienen, junto al carácter individual de cada profesional que los emplea, el aspecto social que no puede olvidarse, de servicio a la comunidad, lo que se traduce en deberes y derechos para con la sociedad y el Estado, en cuyos fines encuentran, además de en otras razones superiores, su limitación.

Pero toda esa ética profesional de los medios de comunicación tiene, en definitiva, un fundamento último teológico, superador del vacío imperativo «formal» o de la moral ateológica del positivismo o existencialismo.

La Iglesia ha cuidado con atención especial esta teología de las comunicaciones. Por eso en esos ciento treinta y siete años a que se extiende el libro:

que presentamos, los Papas, con su supremo magisterio, han sabido enseñar y orientar, interpretar y adoptar los principios generales de la ética cristiana y de la teología a las situaciones históricas que en sus respectivos pontificados iban apareciendo, y sabido es que el Concilio Vaticano II consagró a los medios de comunicación social un documento específico que, más que iniciador, puede considerarse continuador de la «teología de las comunicaciones».

Sin embargo, esta doctrina de la Iglesia sobre la moral de los medios de comunicación social no constituye un título sistemático ni de moral ni de teología. No es oficio de los Papas —dice Iribarren— escribir tratados sistemáticos. Pero bien podría, sobre la doctrina contenida en esos 230 textos de los documentos pontificios recogidos en el libro *El derecho a la verdad*, construirse, ya

lo creo, un buen tratado de deontología de los medios de comunicación.

Porque —y terminemos con el autor— la palabra de los Papas tiene una triple eficacia: la de un tratado no sistemático —pero sí riquísimo— de deontología de los medios de comunicación (Iribarren carga siempre el acento sobre la profesión periodística), la de una historia de la evolución y desarrollo doctrinal y la de esa apuntada teología de las comunicaciones sociales que oriente y sea medio de difusión de su verdad en el mundo.

Seguros estamos de que este nuevo libro de la Biblioteca de Autores Cristianos, cuyas prestigiosas publicaciones recorren el mundo geográfico y de la cultura, será un éxito más de los muchos que viene sumando al servicio de la Iglesia, que es decir al servicio de la verdad.—EMILIO SERRANO VILLAFANE.

LUIS GÓMEZ DE ARANDA: *Conferencia sobre el X aniversario de la ley de Principios Fundamentales del Movimiento, en La Coruña (17 de mayo de 1968)*. Ediciones del Movimiento. Madrid; 46 págs.

El décimo aniversario de la ley de Principios Fundamentales del Movimiento ha tenido muchos panegiristas que han llevado por todo lo ancho y largo de la geografía entrañable de España la importancia de esos Principios.

De entre esos panegiristas hay que destacar a Gómez de Aranda, no sólo por haber sabido comunicar a sus oyentes de La Coruña (y luego a muchos lectores gracias a Ediciones del Movimiento) esa importancia fundamental de dichos Principios, sino el haber sabido calar en toda su intensidad política (tomando esta palabra en su más alto prometedor sentido) las directrices que se derivan de la ley que hace diez años fue promulgada.

Habló de cómo esta conmemoración fue oportuna y que ya con diez años de

vida posee una perspectiva suficiente para su estudio. Y que dicha ley se ha perfeccionado, se ha completado con la Ley Orgánica del Estado, con la ley del Movimiento y su Consejo Nacional y con la ley que regula el Recurso de Contrafuero. «Las Declaraciones de Principios han de inspirar a la parte orgánica, a las instituciones, y la parte orgánica ha de asegurar la realización de los principios».

A continuación explicó lo que representó el acontecimiento político del 14 de diciembre de 1966: el Referéndum, que fue algo tan maravilloso, tan grande, que «es natural que algunos no hayan podido digerirlo todavía». Analiza el porqué de este volcarse de los españoles a favor de Franco, de sus realizaciones, de sus actos políticos.

Siguió hablándonos del valor y la oportunidad de la Ley Orgánica definiéndola como «la clave del arco del edificio constitucional de España». Y esto es muy cierto; porque en ella «se dispone la distribución de la carga de las diferentes tensiones, el contrapeso de las fuerzas, juego total de las instituciones. Ahí está el futuro de nuestros Principios.» Recuerda que nada hay más sencillo que redactar una Constitución, sin preocuparse de que resulte o no hacedera; y cómo el abate Siéyès las fabricaba de encargo en la época de la Revolución francesa: Franco no quiso engañarse ni engañarnos.

Hizo un rápido, pero sustancioso, estudio de la experiencia Constitucional española, explicando que ninguna fue capaz de asegurar la convivencia pacífica entre los españoles. De aquí que el nuevo proceso institucional invite a la serena meditación y a la prudencia. Que se haga una «Constitución abierta», montando las piezas institucionales precisas y posibles, necesarias en cada momento. Y otorgando preferencia a la «telocracia» (de «telos», fin) sobre la nomocracia

(de «nomos», norma); esto es, que el imperio de los fines se anteponga al imperio de las normas.

En magníficos párrafos nos habló de cómo hay que dar cauce, forma, perfil jurídico a la realidad social. Porque «el Derecho es la ciencia de las formas y la Política el arte de dar forma al futuro». Y de cómo hay que conseguir la institucionalización que la Ley Orgánica supone, no organizando a los hombres como «los ladrillos en un muro», sino reunirlos como «las notas de una sinfonía», porque hacen falta «alma, inspiración y aliento».

Estudió y analizó con profundidad los Principios Fundamentales del Movimiento Nacional, el contraste de pareceres, la exclusión del partidismo, la «doctrina» y no «ideología» del Movimiento, el esquema constitucional, etc. Y de cómo son necesarias ciertas reformas, porque la postura del Movimiento no es, ni conservadora, ni inmovilista.

Terminó su valiosa conferencia invitando a los españoles a esa gran tarea política dentro de una justa y fecunda convivencia.—TOMÁS ZAMORA.

ZEPH STEWART: *The Ancient World: Justice, Heroism and Responsibility*. Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, Inc., 1966; 180 págs.

La colección «Fuentes de la civilización occidental» que editan C. Brinton y R. L. Wolff, tiene publicados ya varios volúmenes, aunque éste es el primero que se remonta a los textos de la antigüedad clásica; de los períodos históricos que comprenden los demás el más antiguo es el de la «Crisis de la Iglesia y del Estado», en los siglos XI a XIII, de B. Tierney.

La dificultad de estas obras está en la selección de los textos, aun cuando se pretenda restringirla mediante la localización en los mismos de algunas ideas

básicas, como puedan serlo las de justicia, heroísmo y responsabilidad que sirven de subtítulo a este volumen. Así, las selecciones de Platón (la defensa de Sócrates y el mito de la caverna) son, con toda seguridad, obligadas, mientras que la descripción de la epidemia de peste en Atenas durante las guerras del Peloponeso, su tremenda fuerza descriptiva aparte, es poco significativa de Tucídides y de la época que refleja su historia. Igualmente, de la inmensa obra de Aristóteles podría, con toda seguridad, haberse elegido algo más representati-

vo que los párrafos sobre la megalopsiquía de la *Ética a Nicomaco*. Es excelente, en cambio, la selección del pasaje de *La Iliada* (el diálogo entre Príamo y Aquiles para el rescate del cuerpo de Héctor) como representativo de un viejo diálogo entre humanos, y lo son también las escenas de *La Antígona*, de Sófocles, como representativas de la grandeza clásica del hombre («muchas son las maravillas, pero ninguna tan maravillosa como el hombre») y de su dignidad ante la ley injusta («... ni pensé que sus órdenes fueran de tal fuerza que un mortal pudiera derogar las leyes imperecederas no escritas que nos vienen de los cielos»).

Respecto de los textos romanos, la semblanza de *Catón el Censor*, de Plutarco, con que se abre, y los párrafos antiaristocráticos de los *Anales*, de Tácito, son un gran acierto, asimismo; no lo es tanto el discurso de Gálgacus, también Tácito, sobre las libertades británicas, poco comprensible fuera de su contexto y revelador del «anglosajonismo» al que se inclinan los autores norteamericanos incluso en su selección de estudios clásicos, al parecer. Tan es esto así que el autor nos pide disculpas seguidamente al decirnos que, «sería poco realista concluir con una narración tan crítica de la Roma Imperial» (pág. 172), para lo cual se insertan en el epílogo las consideraciones de Cicerón sobre la buena fe como fundamento de la justicia (de

De Officiis) y el proemio del libro primero de la *Instituta*, de Justiniano, sobre la justicia y la división del Derecho. Intercaladas aparecen selecciones de muchos textos de los cuales son de gran significación la idealización de Polibio sobre la constitución de Roma y, quizás más aún, el archiconocido y espléndido diálogo de Terencio (*Heautontimoroumenos*) en que se explaya la idea *homo sum, humani nil a me alienum puto*.

Son interesantes, aunque muy restringidas para que se las pueda dar valor significativo las catorce páginas iniciales sobre el Oriente Medio antiguo. Por ejemplo, el pasaje del Libro II de Samuel sobre la cólera de Dios por el homicidio indirecto del hitita por David, no es más uno entre los infinitos que podrían haberse elegido de la Biblia. Probablemente es un desacierto la inclusión de este capítulo inicial que queda en mera curiosidad.

Con las salvedades que quedan hechas, el libro es, cuando menos, de una gran amenidad, que resulta de la belleza y fuerza incomparables de la mayoría de los textos seleccionados. Las traducciones proceden en su mayoría, de ediciones anteriores completas de las obras de las que se hacen la selección; algunas de ellas, y no las más sencillas —el diálogo de *La Iliada* citado y una de las Odas de Píndaro— son del autor, profesor de latín y griego de la Universidad de Harvard.—M. ALONSO OLEA.

AUGUST F. THIENEMANN: *Vida y mundo circundante: de la economía de la naturaleza*. Eudeba. Buenos Aires, 1965; 256 págs.

Las urgencias de la época contemporánea han impulsado el desarrollo de la demografía y de la geografía humana. El estudio de las poblaciones humanas y de sus relaciones con el medio natural ha sido promovido en gran medida como técnica al servicio de la Administración

y, aún más, de la planificación económica. Al margen de sus aplicaciones a la práctica política, la posición teórica de la demografía y de la geografía humana es crucial. Ambas disciplinas se articulan con las ciencias sociales —con la Historia, más bien que con la sociología es-

tricta—, al mismo tiempo que con la biología general. Las poblaciones humanas se relacionan con su medio natural de una manera que, en principio, podemos suponer análoga a la de las demás especies. A fin de cuentas, demografía y geografía humana no son sino parcelas de una ecología que viene a ser la «economía general de la Naturaleza».

Con brillantez, y hasta con apasionamiento, A. F. Thienemann presenta al lector los puntos básicos de esa ecología general, y destaca a menudo su importancia para la vida de la Humanidad. Según el autor, la investigación ecológica parte de dos postulados: que «las propiedades del espacio en nuestro Planeta se convierten en condiciones o en obstáculos para la vida: un mundo circundante (=medio) del mundo vivo, y el espacio mismo, en espacio vital», y que «el hecho fundamental... es que la vida sólo se produce en comunidades de individuos de diferentes especies». Ambos principios pueden reducirse al dístico de Goethe: «Así como todo se teje en un todo, /lo uno obra y vive en lo otro.» En cuanto a la dimensión utilitaria de la ecología, Thienemann recuerda el axioma según el cual «la Naturaleza sólo se deja dirigir y dominar si se respetan sus leyes intrínsecas».

El autor concibe así la ecología como una aventura intelectual y técnica, y facilita interesantes noticias sobre sus avances a partir de finales del siglo XVIII. De su planteamiento se desprende que la ecología de hoy ha venido a integrar dos campos de estudio: el de las relaciones generales de la vida con su medio y el de la organización de los seres vivos en comunidades de individuos y especies.

El estudio del condicionamiento ambiental de la vida fue iniciado prácticamente en 1809 por Leam Lamarck (1744-1829). Pero fue Auguste Comte quien

sistematizó en 1837 la teoría del *triple milieu*: inorgánico, orgánico y social. Sintetizando la concepción de Comte, Herbert Spencer (1820-1903) mantuvo en 1864 que «la vida es la continua acomodación de las relaciones internas a las externas». A la vez, Claude Bernard (1813-78) hizo del *milieu intérieur* la noción clave de la fisiología (1865). En los primeros años de este siglo, Jakob von Uxhüll contrapuso los conceptos de *Innenwelt* (= mundo interno) y *Umwelt* (= mundo circundante). Finalmente, en 1932, Walter B. Cannon (1871-1945) introdujo el término homeostasis y puso de relieve que los mecanismos de control interno son esenciales para el funcionamiento de cualquier organismo.

En cuanto a las comunidades biológicas, el entomólogo K. Bonnet intuyó, ya en 1773, la organización global de la biosfera: «Entre todas las partes de este edificio del mundo reina, pues, la más estrecha unión. El sistema general está compuesto de una reunión de sistemas particulares... Un insecto, una planta es un sistema particular: una ruedecita que pone en movimiento otras ruedas mayores». Poco más tarde (1798), Thomas R. Malthus (1776-1834) estableció su famoso «principio de la población». En 1805, Alexander von Humboldt (1769-1859) llamó la atención sobre las comunidades biológicas: «El concepto de asociación se funda en que, en diferentes lugares de la Naturaleza, vuelven a encontrarse con gran regularidad las mismas combinaciones de especies, ordenadas según ciertas reglas, y por lo común, en una relación cuantitativa más o menos constante.» Charles R. Darwin (1809-82) expuso luego su teoría de la selección natural (1859), parcialmente inspirada en la tesis de Malthus. Ernst Haeckel (1834-1919) acuñó casi simultáneamente (1866) el vocablo ecología para designar «la teoría del conjunto de las

relaciones del organismo o de los organismos con el mundo exterior». Kori Möbius introdujo, a su vez (1877), el concepto de biocenosis, entendiendo por tal «una comunidad de seres vivos constituida por un número y selección —dependientes de las circunstancias exteriores medias— de especies e individuos que se condicionan mutuamente y que, reproduciéndose, perduran en un espacio limitado». En un sentido casi idéntico, Friedrich Junge usó (1885) la expresión *Lebensgemeinschaft* y concibió la Tierra como un todo orgánico en que cada miembro recibe y da, depende del conjunto y actúa sobre él. Después, S. Tschulok incorporó ese enfoque a una biología sistemática (1910). Finalmente, H. Gams inició la *Biozonologie*, al mismo tiempo (1918) que G. E. du Rietz esbozaba una *Pflanzensoziologie* análoga en varios sentidos a la *sociologie animale* que Alfred Espinas (1844-1922) propugnaba.

Es obvio que la investigación de las relaciones entre organismo y condiciones ambientales y el estudio de las comunidades de organismos y especies dentro de un ámbito geográfico son forzosamente interdependientes. Pero, además, coinciden en puntos esenciales, como es la existencia en uno y otro caso de procesos y mecanismos de control que aseguran el indispensable equilibrio Thienemann insiste así en que «la autorregulación es una propiedad fundamental de la comunidad biológica, como lo es del individuo aislado». El equilibrio ecológico (= eustasia) se logra a través de una serie de ciclos bioquímicos en que la síntesis y la destrucción de la materia viva se compensan periódicamente. De esa manera ocurre que «en cada lugar del gran espacio vital de la Tierra todos los organismos conservan entre sí —en cuanto a individuos, cantidad y número de especies— una relación definida». Pero el autor se apre-

sura a advertir que «ese equilibrio biológico no es fijo y rígido, sino móvil, lábil: un continuo oscilar alrededor de una posición media siempre perseguida, pero nunca alcanzada».

La eustasia ecológica y la homeostasis fisiológica son, pues, paralelas. La única diferencia consiste en que en la primera «la adaptación (= *Anpassung*)... no tiene por finalidad la supervivencia del mayor número posible, sino la conservación —a costa de enormes pérdidas— de un equilibrio determinado de la estructura colectiva». Subrayemos que «ese equilibrio se manifiesta en la clase y número de especies que componen una biocenosis, en el número de individuos de cada especie, en la repartición de dichas especies e individuos y en el modo de vivir de cada especie». Hay que suponer que, al menos en parte, la estructura de los grupos y el comportamiento de los individuos están condicionados por la circunstancia ecológica y son atribuibles, en última instancia, al funcionamiento de la biocenosis, la cual es «un sistema dinámico que se mantiene por el juego de sus propias fuerzas». Podemos anotar incidentalmente que estudios hechos con ratas y con ciervos han demostrado que una excesiva densidad de población, aunque los alimentos no escaseen, altera el comportamiento de los individuos, produce *stress* y tiende a reducir la natalidad a la vez que incrementa la mortalidad —efectos claramente compensatorios—. De todas formas, el desequilibrio (= *astasia*) es también posible, por efecto de perturbaciones bióticas —como las plagas— o necróticas. Incluso caben transformaciones irreversibles, muchas de ellas producidas por la intervención humana. Sea como fuera, el desajuste conduce invariablemente a un nuevo equilibrio que, una vez establecido, tenderá a mantenerse.

El libro de Thienemann es mucho

más denso de lo que su poca extensión sugiere. Aparte de exponer con gran viveza los temas dominantes de la ecología y de recalcar su importancia para la vida humana, dedica un capítulo a enumerar concisa y sistemáticamente los sesenta «Caracteres fundamentales de una ecología general». Además de los índices temático y onomástico, la obra

incluye también un glosario de tecnicismo y una guía bibliográfica de 162 títulos.

El estilo de Thienemann es terso y convincente. El traductor castellano, Héctor Mayer, ha desempeñado muy bien su cometido, aunque quizá con demasiada fidelidad a la letra del original alemán.—LUIS V. ARACIL.

LUCIEN GERARDIN: *La biónica*. Guadarrama. Madrid, 1968; 252 págs.

Los avances de la biología han repercutido enormemente en las ciencias vecinas. La observación de alto tan complejo y dinámico como la vida obligó a forjar nociones —organismo, interdependencia, medio, adaptación, función, disfunción, desarrollo, evolución, etc.— que, aparte de enriquecer el magro repertorio de la lógica tradicional, pudieron en seguida extenderse al estudio de la sociedad. Las analogías organicistas —primero toscas y superficiales, luego profundas y más elaboradas— han tenido un papel decisivo en la historia de las ciencias sociales. Son muy antiguas figuras retóricas como «cuerpo político». Pero fue seguramente Aristóteles el primer pensador que supo convertir esas metáforas en instrumentos conceptuales. Más próximo a nosotros, fue el fundador de la sociología quien dio al «organicismo» un sentido filosófico, sentido que sus sucesores adulteraron y trivializaron. Después, la cibernética ha seguido la misma tradición, sólo que transformando los conceptos en modelos teóricos y constructivos. Decimos esto porque la vanidad modernista enconde a veces una ingente ignorancia de la Historia.

El libro de Gerardin, sin embargo, no adolece de miopía histórica. El autor nos informa de que el término «biónica» fue inventado por Jack E. Steele —comandante médico de la aviación norteamer-

icana— una tarde de agosto de 1958, y la nueva ciencia hizo su aparición oficial a mediados de septiembre de 1960. Ahora bien; Gerardin añade que, en su sentido amplio, «la biónica es tan vieja como el mundo, y que muchos sabios y técnicos han desarrollado la biónica sin saberlo».

Dejando aparte querellas cronológicas y terminológicas, lo que los investigadores actuales han hecho ha sido reorganizar un conjunto de problemas en torno a una hipótesis central. La biónica parte sencillamente del supuesto de que, a través del larguísimo proceso de evolución y selección, los seres vivos no han tenido más remedio que resolver problemas muy difíciles y proveerse de mecanismos sumamente complejos. La historia biológica ha sido un vastísimo campo de experimentación, al que no puede parecerse ningún laboratorio *ad hoc*.

Muchos problemas que el hombre ha tenido que resolver penosamente —por ejemplo: el de navegar y el de volar— estaban ya resueltos mucho antes por otras especies. Otro tanto cabe decir del radar, del que ya disponían los murciélagos. En todo caso, conscientemente o no, la técnica humana ha imitado a menudo las soluciones que la escala biológica ofrecía. Desde luego, el hombre, ha abordado otras veces problemas intactos, o bien ha encontrado soluciones ori-

ginales. Pero, aún así, todavía hoy puede esquivar dificultades en muchos terrenos si aprovecha las lecciones de la biología.

La biónica es una disciplina eminentemente práctica. Consiste en un repertorio muy heterogéneo de temas, cuyo único denominador común es el hecho de estar relacionados con la organización y el comportamiento de los seres vivos. Concretamente, un campo muy prometedor parece ser el de la información, y Gerardin subraya que «quizá es aquí donde la biónica puede mostrar toda su eficacia ya que, si los seres vivos saben analizar muy bien la masa de informaciones que reciben, saben, sobre todo, adquirir de modo notable esas informaciones, seleccionando las que les son útiles de entre una masa de informaciones parásitas simultáneas». Sintetizando, podemos decir que la biónica sigue fielmente el aforismo según el cual el «arte» —aquí la técnica— debe imitar a la Naturaleza. Esa fuente de inspiraciones caracteriza a la biónica, según la definición misma de Steele: «Es la ciencia de los sistemas que tienen un funcionamiento copiado de los sistemas naturales o que presentan las características de los sistemas naturales o análogas a las de éstos.»

Sería arriesgado mantener que la biónica es tan sólo una técnica o una ciencia aplicada. La biónica es casi una ingeniería en la medida en que está preocupada por las aplicaciones y por la eficacia. En efecto: según Gerardin, «el campo de acción abierto a la biónica es el estudio y la construcción de sistemas artificiales, de máquinas en particular, copiadas de modelos vivos o inspiradas en ellos». Con todo, es evidente que el «estudio» no puede separarse de la «construcción». La biónica, pues, no se limita a aplicar rutinariamente las soluciones disponibles ni a ejecutar de manera servil proyectos elaborados por otras ciencias; al contrario: debe resolver por

sí misma los problemas que encuentra y llevar adelante sus propios programas de investigación. El tercer capítulo del libro —«Sistemas y modelos»— nos lleva a concluir que la biónica es una verdadera ciencia, si nos atenemos a su elevado nivel de elaboración intelectual.

Gerardin aclara la situación de la nueva ciencia cuando afirma que «en el campo en que se mezclan las ciencias de la vida y las técnicas del ingeniero, no es la biónica la única ciencia de encrucijada. Ha sido precedida, y muy especialmente, por la cibernética. Esta última... es un posible término de comparación excelente. Cibernética y biónica se presentan así como las dos caras opuestas y complementarias de una misma visión de las cosas: la biónica estudia y realiza sistemas mecánicos análogos a los seres vivos; la cibernética estudia los sistemas vivos por analogía con los sistemas mecánicos». Según eso, cibernética y biónica comparten el mismo objeto —en términos de Wiener, «los mecanismos de comunicación y de control en los seres vivos y en las máquinas»—, sólo que los enfoques respectivos son simétricamente contrapuestos. Sin embargo, la biónica está todavía lejos de alcanzar el estilo formalizado y sistemático de su complementaria. Es menos coherente —o más abierta, según se mire— que la cibernética.

Sea como fuere, la biónica es uno de los desarrollos más recientes y expansivos de la ciencia contemporánea. Sería ingenuo ponerle límites *a priori*. Incluso su relación con las ciencias sociales es, por ahora, dudosa. En cambio, confina ya con la psicología en varios puntos: percepción, memoria, inteligencia, decisiones, etc. Por otra parte, cabe esperar que la biónica se convierta rápidamente en una fecunda proveedora de instrumentos y máquinas. En ese caso, su explotación utilitaria —¿al servicio de qué

y de quién?— supondrá un cambio tecnológico que no dejará de tener consecuencias sociales.

Directa o indirectamente, la biónica suscita ya cuestiones de interés para la so-

ciología y la ciencia política. El lector atento a la actualidad encontrará en el libro de Gerardin informaciones frescas que le permitirán formar su propio juicio.—LUIS V. ARACIL.

GREINER (Red.): *Slowakei V/1-2(8)*. Matús-Cernák Institut. München-Köln, 1967; 128 págs.

PAUCO (Edit.): *Slovakia XVIII*, 41. The Slovak League of America, Jednota Press. Middletown, Pa., 1968; 176 págs.

Los acontecimientos de Checoslovaquia, especialmente desde el 5 de enero de 1968, día en que un eslovaco, Alexander Dubcek, sube a la jefatura del PC de Checoslovaquia, por vez primera desde el año 1921, en que se empezó a crear dicho partido, provocaron en Occidente una viva reacción en cuanto al llamado proceso de liberalización del régimen comunista, y posiblemente, de secesión respecto a la supremacía del Kremlin. Esta reacción, por muy lógica que fuera, no responde, sin embargo, a la realidad, ya que la Prensa occidental se fija, en general, y en primer lugar, más en hechos y manifestaciones de segundo grado que en el fondo del problema. Y entre miles de «documentos» facilitados por diversos centros internacionales de información (en la mayoría de los casos reproduciendo y copiándose mutuamente) constan algunos que no ocultan el deseo de que se produjeran hechos parecidos a los del levantamiento magiar de 1956. Es lamentable que exista una diferencia tan insalvable entre la realidad y el sensacionalismo informativo. Porque si bien existen problemas relacionados con una crisis económica, por un lado, y otra de carácter político e ideológico, por otro, el hecho no pasa del campo existencial de la población en un país bajo comunismo como para confundirlo con el exaltado materialismo capitalista, con el afán de beneficios comerciales «a favor» de los pue-

blos abandonados conscientemente por el Occidente a raíz de la segunda conflagración mundial en 1944-45. Porque hay otros problemas *fundamentales* que, excepto alguna fuente francesa, alemana o anglosajona, apenas son registrados como tales.

Los problemas económicos, políticos y sociales de la Checoslovaquia socialista se deben, sustancialmente, al abismo que entre los checos y los eslovacos reina desde la creación de ese Estado artificial, el 28 de octubre de 1918, sustituyendo literalmente al Imperio austro-magiar como edificio multinacional en que imperaban, hasta el 5 de enero del presente año, los checos frente a los alemanes, eslovacos, las minorías étnicas magiar, ruteno-ucraniana o polaca. Ni más ni menos, esas son las «tradiciones democráticas» de los checos, incesantemente evocadas durante estos últimos meses por la Prensa occidental. De repente, en Checoslovaquia se plantea el problema de la *federalización* del Estado de checos y eslovacos, hecho ignorado por los círculos políticos internacionales, pero que, a nuestro juicio, es, en efecto, el problema *fundamental* del actual desarrollo de las sociedades checa y eslovaca. Se trata de una federalización impuesta por los eslovacos, y su futura estructuración, aunque dentro del socialismo-comunismo ruso-soviético, se verificará, según parece, a todos los niveles: nacional (reconocimiento legal de

una nación checa y de una nación eslovaca); hecho que implica la formación de dos Estados nacionales (checo y eslovaco) dentro de una federación checo-eslovaca, con organizaciones sociales, culturales y probablemente hasta deportivas propias, excepto la defensa, las finanzas y la política exterior. Mientras tanto, directa o indirectamente, los occidentales siguen defendiendo el concepto del checoslovaquismo de los demócratas liberales de Masaryk y Benes...

En relación con la primera publicación, intervienen dos destacados especialistas en eslovacología, Durica (Italia) y Vnuk (Australia), precisamente respecto a la política eslovaca de los años 1938-39, los más críticos para la política internacional. Durica se refiere al período del doctor J. Tiso a la luz de su pensamiento político, poniendo de relieve el aspecto histórico del camino, que culminaría el 14 de marzo de 1939 con la proclamación de la independencia de Eslovaquia. Vnuk, por su parte, refuta las anomalías que un autor germano-occidental, Hoensch, propaga en su libro *Die Slowakei und Hitlers Ostpolitik*, Köln-Graz, 1965, Böhlau-Verlag, 390 páginas, en relación con la política del Partido Popular Católico Eslovaco durante aquel período. Pone en su debido sitio histórico y político los acontecimientos en Europa, que ni siquiera los grandes de entonces, Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia, se arriesgaban en pronosticar el posterior desarrollo político-internacional.

El papel de Eslovaquia como país y nación es postergado sistemáticamente por los que la dominan: antes del año 1918, por los magiares; desde entonces, por los checos. Mientras tanto, es un país centroeuropeo y su misión está predestinada por ciertos factores geopolíticos e históricos. Sobre esta cuestión versa A. Mrázna, de Ginebra, poniendo de relieve que el papel de

Eslovaquia en la «Mitteleuropa» es esencialmente el de puente natural entre Este y Oeste, Sur y Norte. Se trata de una misión europea y europeísta, una vez como baluarte, otra vez como catalizador y finalmente como receptor, reestructurador y difusor de los valores de la civilización occidental. En este sentido, cabe resaltar las tradiciones democráticas de los eslovacos a lo largo de la Historia, dentro de la convivencia con los demás pueblos de la Europa central, exposición que corre a cargo de J. Kubina, excelentemente familiarizado con la cuestión eslovaca. Los famosos Fugger llegaron también a poner pie en Eslovaquia, en la explotación minera del país (E. Maschat). La actual situación en Checoslovaquia es precedida de un Congreso de escritores checos y eslovacos celebrado en junio de 1967 en Praga, y cuyo magistral informe corre a cargo de K. Greiner. Otros informes y notas completan los trabajos de *Slowakei*, tratándose de una fuente importantísima destinada a facilitar datos y documentos a publicistas de la más variada orientación política.

Puesto que el 28 de octubre del pasado año Checoslovaquia cumple su cincuentenario, la segunda publicación (*Slovakia*) recuerda, en forma de un hondo estudio del papel que en este sentido desempeñó la emigración eslovaca en Norteamérica, y que es conocido con el nombre de Convenio de Pittsburgh de 30 de mayo de 1918, Convenio en que se basaba la creación de Checoslovaquia como Estado de checos y eslovacos a base de una estructura estrictamente federal. El trabajo, de cincuenta páginas, procede de uno de los más destacados forjadores de la libertad eslovaca, doctor Peter P. Hletko. Sin este Convenio, firmado entre representantes eslovacos y checos de América, Checoslovaquia no habría nacido. Es de notar, aunque tan sólo al margen, que

los federalistas comunistas de la Eslovaquia actual no toman siquiera nada de este hecho. Están con cincuenta años de retraso...

El autor ofrece el fondo histórico que precedió la firma de dicho Convenio, los esfuerzos de autoconservación de los eslovacos durante el régimen magiar de antes de la primera guerra mundial, y también otros hechos importantes que conducen hacia un mejor conocimiento de la llamada cuestión eslovaca. Si tal cuestión existe desde 1848, a través de las fechas como son las de 1918, 1938, 1945 y últimamente en 1968, es porque nunca había sido solucionada de acuerdo con los modernos principios del derecho de autodeterminación. En efecto, el papel de la emigración eslovaca a favor de la causa de su patria de origen es uno de los más brillantes capítulos de la historia nacional de un pueblo que lucha por su existencia dentro del orden legal del Estado, o de los Estados, en que está obligado a vivir contra su voluntad y sin poder expresarse libremente sobre su porvenir. A través de sus organizaciones nacionales, culturales, religiosas, y disponiendo de su propia Prensa y hasta emisiones ra-

diofónicas y otros medios de divulgación, la emigración eslovaca no cesa en destacar su voluntad con hechos concretos, en defender la libertad, la justicia y la paz para Eslovaquia; asimismo defiende su valiosa contribución a la grandeza de Estados Unidos y Canadá (compruébese: Kirchbaum: *La Prensa eslovaca en Canadá; Jednota y la Orden religiosa de SS. Cirilo y Metodio*, de M. E. Petrášek, o *Los pioneros de la Prensa eslovaca en América*, de M. M. Tybor). Además, el interesado encontrará en la página cuarta la fotocopia del original del texto del Convenio de Pittsburgh, precedido de unas acertadas observaciones del presidente de la Liga Eslovaca en América, S. J. Tkach.

En ambos casos nos encontramos ante publicaciones y trabajos que actualizan convenientemente el problema de Eslovaquia, de esa Eslovaquia que con tanta simplificación es presentada por los medios de información y documentación internacionales con el nombre de «régimen checo». ¿Hasta qué límite? La respuesta depende del propio interesado. Porque el régimen checo es una cosa, y Eslovaquia, otra.—S. GLEJURA.

